

El Libro de Job: ¿Por qué sufren los justos?

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Sufrimiento](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

En el campo de los estudios bíblicos, existen cinco libros que normalmente son incluidos bajo el título de “literatura de sabiduría” o “los libros poéticos del Antiguo Testamento”. Estos son los libros de Proverbios, Salmos, Eclesiastés, Cantares de Salomón, y Job. De estos cinco libros, hay uno que sobresale, manifestando diferencias significativas respecto a los otros cuatro. Ése es el libro de Job. La sabiduría que se encuentra en el libro de Job no es comunicada en forma de proverbio. Más bien, el libro de Job trata las cuestiones de la sabiduría en el contexto de una narrativa que trata la profunda angustia y el dolor insoportable de Job. El escenario de esta narrativa es el tiempo de los patriarcas. Se han levantado preguntas acerca de la intención autorial de este libro, en cuanto a si estaba destinado a ser una narración histórica de un individuo real o si su estructura básica es aquella de un drama con un prólogo, incluyendo una escena de apertura en el cielo, conteniendo un discurso entre Dios y Satanás, y moviéndose de una forma gradual al epílogo, en el que son repuestas las profundas pérdidas sufridas por Job durante sus pruebas. En cualquier caso, en el corazón del mensaje del libro de Job está la sabiduría respecto a la respuesta a la pregunta de cómo Dios está involucrado en el problema del sufrimiento humano. En cada generación protestas son levantadas diciendo que si Dios es bueno, entonces no debería haber dolor, ni sufrimiento o muerte en este mundo. Junto con estas protestas contra cosas malas que le suceden a gente buena, también han habido intentos de crear un cálculo de dolor, por el cual se asume que el umbral de sufrimiento en un individuo es directamente proporcional al grado de su culpa o del pecado que ha cometido.

Una respuesta rápida a esto es hallada en el capítulo noveno de Juan, donde Jesús responde a la pregunta de los discípulos acerca del origen del sufrimiento del hombre ciego de nacimiento. En el libro de Job, el personaje es descrito como un hombre justo, de hecho el hombre más justo que se puede encontrar en la tierra, pero a quien Satanás afirma que él es justo únicamente para recibir bendiciones de la mano de Dios. Dios ha puesto un cerco alrededor de él y lo ha bendecido más que al resto de los mortales, y como resultado el Diablo acusa a Job de servir a Dios solo por la generosa retribución que recibe de su Hacedor. El reto viene del malvado, a que Dios quite el cerco de protección y compruebe si Job empezará entonces a maldecir a Dios. A medida que la historia se desarrolla, el sufrimiento de Job va en una rápida progresión de mal a peor. Su sufrimiento es tan intenso que él se encuentra a si mismo sentado en un montón de estiércol, maldiciendo el día que nació, y gritando a los cuatro vientos su dolor incesante. Su sufrimiento es tan grande que incluso su esposa le aconseja que maldiga a Dios, para que se pueda morir y ser aliviado de su agonía. Lo que se desarrolla mas adelante en la historia es el consejo dado a Job por los amigos de Job, Elifaz, Bildad y Zofar. Su testimonio muestra cuán hueca y superficial es su lealtad por Job, y lo presuntuosos que son al asumir que la innumerable miseria de Job se debe a una degeneración radical en carácter de Job. El consejo a Job alcanza un nivel más alto con algunas consideraciones profundas de Eliú. Eliú da varios discursos que tienen muchos elementos de sabiduría bíblica. Pero la sabiduría final que se encuentra en este gran libro no viene de los amigos de Job ni de Eliú, sino de Dios mismo. Cuando Job

demanda una respuesta de Dios, Dios le responde con esta reprensión, “¿Quién es este que oscurece los consejos con palabras sin conocimiento? Vístete para la acción como un hombre; Yo te preguntaré, y tú me harás saber” (Job 38:1–3). Lo que sigue a esta reprensión es la interrogación más intensa al que un hombre ha sido llevado por el Creador. A primera vista casi parece que Dios está provocando a Job, tanto que Él dice, “¿Dónde estabas tú cuando yo echaba los cimientos de la tierra? (v. 4). Dios levanta pregunta tras pregunta de esta manera. ¿Puedes atar las cadenas de las Pléyades? ¿O aflojar el cinturón de Orión? ¿Puedes conducir a los Mazzaroth en su temporada, o puedes guiar la Osa con sus hijos?” (v. 31–32). Obviamente, la respuesta a estas preguntas retóricas que vienen con la rapidez de una ametralladora es siempre, “No, no, no.” Dios machaca en la inferioridad y subordinación de Job con Su interrogatorio. Dios continua con pregunta tras pregunta acerca de la habilidad de hacer cosas que Job no puede hacer pero que Dios claramente puede hacerlas. En el capítulo 40, Dios finalmente le dice a Job, “¿Debería un criticón luchar contra el Todopoderoso? Él que reprende a Dios, responde a esto” (v. 2). Ahora, la respuesta de Job no es de demanda desafiante de respuestas a su miseria. Más bien dice, “He aquí, yo soy insignificante; ¿qué puedo yo responderte? Mi mano pongo sobre la boca. Una vez he hablado, y no responderé; aun dos veces, y no añadiré más.” (v. 4–5). Y una vez más Dios prosigue la interrogación y va aún más profundo en el fuego rápido de la interrogación que muestra el contraste abrumador entre el poder de Dios, quien es conocido en Job como El Shaddai, y contrastante la impotencia de Job. Finalmente, Job confiesa que esas cosas eran demasiado maravillosas. Él dice, “He sabido de ti sólo de oídas, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza.” (42:5–6).

Lo que se debe notar en este drama, es que Dios nunca responde directamente a las preguntas de Job. No dice, “Job, la razón por la que has sufrido es esta o aquella”. Más bien, lo que Dios hace en el misterio de la iniquidad de un sufrimiento tan profundo, es que Él responde a Job con Sí mismo. Esta es la sabiduría que responde a la pregunta del sufrimiento — no la respuesta de porqué tengo que sufrir de un modo particular, en un momento particular, y en una circunstancia particular, sino dónde descansa mi esperanza en medio del sufrimiento. La respuesta a esto proviene claramente de la sabiduría del libro de Job, que concuerda con las demás premisas de la literatura de sabiduría: el temor del Señor, la asombro y la reverencia ante Dios, es el principio de la sabiduría. Y cuando estamos perplejos y confundidos por cosas de este mundo que no podemos entender, no buscamos respuestas específicas a preguntas específicas, sino que buscamos conocer a Dios en Su santidad, en Su rectitud, en Su justicia, y en Su misericordia. He aquí la sabiduría que se encuentra en el libro de Job.

Ordeñando al Carnero

De entre todas las formas de legalismo, ninguna es más mortal que aquella que reemplaza la fe con obras o la gracia con mérito como base de la justificación. La Reforma del siglo dieciséis fue una batalla a muerte respecto a este tema. Fue una lucha por el verdadero Evangelio, el cuál había sido eclipsado durante la iglesia medieval. Sin embargo, la erosión de la doctrina de la justificación por fe solamente no comenzó en la Edad Media. Tenía sus raíces en la era del Nuevo Testamento con la aparición de la “Herejía de los Gálatas”. Los agitadores Gálatas, quienes buscaban quitar la autoridad del apóstol Pablo, argumentaban por un evangelio que requería de obras de la ley no meramente como

evidencia de la justificación sino como prerequisites para ella. El neo-nomianismo, o “nuevo legalismo” fue una contradicción directa a las enseñanzas de Pablo a los romanos: “Ahora bien, sabemos que cuanto dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se calle y todo el mundo sea hecho responsable ante Dios; porque por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de El; pues por medio de la ley viene el conocimiento del pecado” (3:19–20).

Los denominados Judaizantes de Galacia buscaban añadir obras a la fe como base necesaria para la justificación. Al hacerlo, corrompían el Evangelio de gracia gratuita por el cual somos justificados solamente por la fe. Esta distorsión provocó en Pablo su más vehemente repudio respecto a cualquiera de las herejías que alguna vez combatió. Después de haber afirmado que no había ningún otro evangelio que aquél que él proclamaba y de haber declarado anatema a aquel que predicara “cualquier otro evangelio” (Gal. 1), luego corrigió a los Gálatas: “¡Oh, gálatas insensatos! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado públicamente como crucificado? Esto es lo único que quiero averiguar de vosotros: ¿recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? . . . Y que nadie es justificado ante Dios por la ley es evidente, porque el justo vivirá por la fe” (Gal.3:1–2,11) Al principio de la epístola, Pablo expresó su sorpresa ante la rapidez con la que los Gálatas se habían separado del verdadero Evangelio y habían aceptado un evangelio “diferente” que no era evangelio en lo absoluto. Sin embargo, la voz seductiva del legalismo ha sido poderosa desde el principio. Confabulaciones de justificación por obras han suplantado al Evangelio en cada era de la historia de la iglesia. Pensamos en el Pelagianismo en el siglo cuarto, el Socinianismo en el siglo dieciséis, y el Liberalismo y Finneyismo en el siglo diecinueve, tan solo para nombrar algunos. Pero ninguno de estos movimientos ha sido tan complejo y sistemático en su abarcamiento del punto de justificación legalista como lo ha sido la Iglesia Católica Romana. Roma, agregando obras a la fe y mérito a la gracia como prerequisites para la justificación, ha reavivado las llamas de la herejía Galacia.

A pesar de que Roma, contra el puro Pelagianismo, insiste que la gracia es necesaria para la justificación, niega que la gracia sola justifica. Aunque enseña que la fe es necesaria como la iniciación, el fundamento, y la raíz de la justificación, niega que somos justificados solo por la fe. Agrega obras a la fe como un requisito para la justificación. Para que Dios nos declare justos, debemos ser inherentemente justos, conforme a Roma. Roma agrega mérito a la gracia de dos formas distintas. En primer lugar, existe un “mérito congruente” (meritum de congruo), mérito que una persona adquiere desempeñando obras de satisfacción dentro del contexto del sacramento de la penitencia. Estas obras, hechas con la ayuda de la gracia, hacen que sea “congruente” o “adecuado” para Dios justificar a dicha persona.

En segundo lugar, existen las obras de supererogación. Estas obras se encuentran por encima y más allá del llamado del deber, de este modo, ceden al mérito en exceso. Roma dice que cuando los santos logran mayor mérito que el que necesitan para entrar al cielo, el exceso se deposita en el “Tesoro del Mérito”. Roma lo denomina “bienes espirituales de la comunión de los santos”. A partir de este tesoro, la iglesia puede dispensar mérito a aquellos que carecen de él en cantidad suficiente. Esto se realiza mediante “indulgencias”. El Catecismo de la Iglesia Católica define la indulgencia de la siguiente manera: “Una remisión ante Dios del castigo temporal debido a pecados cuya culpa ya ha sido perdonada, que el cristiano fiel quien debidamente dispone de

ganancias conforme a determinadas condiciones prescriptas a través de la acción de la iglesia – que, como ministro de redención, dispensa y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos”. Durante la Reforma, creció una gran controversia alrededor de las indulgencias. Los Reformistas insistían que la única persona cuyas obras tuvieron verdadero mérito ante Dios fue Cristo. Es por Sus obras y Su mérito solamente que podemos ser justificados. El valor del mérito de Cristo no puede ser aumentado ni disminuido por las obras de otros. Sin embargo, en el sistema romano, nuestras obras no solamente avalan nuestra propia justificación, sino que si son suficientemente buenas, pueden ayudar a los que están en el purgatorio que carecen de mérito suficiente para entrar al cielo.

Martín Lutero declaró que el punto de vista del mérito de Roma no era más que vanos productos de su imaginación y especulaciones de sueño acerca de cosas sin valor. Argumentaba que cualquier punto de vista que incluyera nuestras obras en nuestra justificación no sólo era blasfemia sino también ridículo. Él dijo: “Buscar ser justificados por la Ley es como si un hombre, ya enfermo y débil, fuera en busca de algún mal mayor por medio del cual tuviera la esperanza de curarse, mientras que, obviamente, le traería la ruina completa, como si un hombre afectado con epilepsia agregara la pestilencia a esta . . . He aquí como lo expone el proverbio, uno ordeña al carnero mientras que el otro sostiene un cernidor por debajo”.

El proverbio de Lutero declara una insensatez doble. Intentar ordeñar a un carnero es lo suficientemente tonto. Pero traer un cernidor para poner la leche meramente acrecenta la necesidad. Del mismo modo, intentar ser justificado por cualquier forma de legalismo es tan necio como intentar ordeñar leche de un carnero – pero con mucho más severas consecuencias. La gran tragedia de nuestros días no yace tan sólo en que el Catolicismo Romano ni en otras religiones, tales como el islamismo, codifican obras como una base necesaria para la justificación. En términos prácticos, temo que la gran mayoría de los protestantes también dejan sus esperanzas en sus propias obras. Hasta que no perdamos las esperanzas de buscar nuestra justificación por las obras, no habremos entendido el Evangelio.

Nuestro Padre

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Oración](#)
Una parte de la serie **Article**

Mi primera clase en Free University de Ámsterdam echó por tierra mi autocomplacencia académica. Fue un shock cultural, una prueba de contrastes que comenzó en el momento en que el profesor, el Dr. G.C. Berkouwer entró en la sala. Cuando apareció por la puerta, todos los estudiantes se pararon firmes mientras subía los peldaños del estrado, abría su cuaderno de notas y en silencio, asentía para que los estudiantes se sentaran. Entonces, comenzaba a dar su clase y los estudiantes, en un silencio sagrado, escuchaban obedientemente y tomaban notas durante una hora. Nadie se atrevió nunca a interrumpir o distraer al profesor atreviéndose a levantar la mano. La sesión estaba dominada por una sola voz: la voz a la que todos prestábamos atención. Al terminar la clase, el profesor cerraba su cuaderno, descendía del estrado y se iba apresuradamente, no sin que antes los estudiantes se hubiesen puesto una vez más de pie en su honor. No había conversaciones, no había citas para después, no había cotilleos. Ningún estudiante se dirigió nunca al profesor excepto en los exámenes orales privados

que estaban programados. Cuando tuve mi primer examen de ese tipo estaba aterrorizado. Fui a la casa del profesor esperando pasar un calvario. Pero a pesar de lo exigente del examen, no lo fue. El doctor Berkouwer se mostró amable y acogedor. Como si fuera mi tío, me preguntó por mi familia. Se mostró muy preocupado por mi bienestar y me pidió que le preguntase lo que quisiera.

De cierta manera, esta experiencia fue como probar un poco del cielo. Naturalmente, el profesor Berkouwer era mortal; pero era un hombre con una inteligencia titánica y conocimientos de enciclopedia. Yo no me encontraba en su casa para enseñarle o para discutir con él: él era el profesor y yo el estudiante. Tal vez no había nada del mundo de la teología que él pudiera aprender de mí, y aún así, me estuvo escuchando como si realmente pensase que yo podía enseñarle algo. Se tomaba muy en serio mis respuestas ante sus sagaces preguntas. Era como si un padre cariñoso le estaría preguntando cosas a su hijo. Esta situación es la mejor analogía humana en la que puedo pensar para darle respuesta a la vieja pregunta de: Si Dios es soberano, ¿para qué hay que orar? No obstante, tengo que decir que esta analogía no es comparable. Aunque Berkouwer me sobrepasaba con su conocimiento, éste no era infinito sino limitado. En ningún caso era omnisciente.

De forma contraria, cuando hablo con Dios, no estoy hablando simplemente con un Gran Profesor en el Cielo. Estoy hablando con alguien que posee todo el conocimiento, alguien que no va a aprender nada de mí que Él no sepa ya. Él conoce todo lo que se puede conocer, incluyendo todo lo que tengo en mi cabeza. Él ya sabe todo lo que tengo que decirle antes de que se lo diga. Él sabe lo que va a hacer antes de que lo haga. Su conocimiento es soberano porque Él es soberano. Su conocimiento es perfecto, inalterable. Aunque a veces la Biblia se limita al lenguaje humano expresando la idea de que Dios cambia su parecer, cede o se arrepiente de Sus planes, en otros lugares ésta nos recuerda que las formas de expresión humanas son sólo eso, y que Dios no es hombre para que se arrepienta. En Él no hay atisbo de cambio. Su consejo permanece por siempre. Él no tiene un plan B. Un plan B es un plan “de emergencia”, y aunque Dios conoce todas las situaciones de emergencia, para Él mismo no existen tales.

La gente se pregunta: ¿la oración cambia la voluntad de Dios? Hacer esa pregunta es responderla. ¿Qué clase de Dios podría verse influenciado por mis oraciones? ¿Cómo podrían mis oraciones cambiar Sus planes? ¿Puede ser que yo le dé a Dios alguna información que Él no tenga ya? O ¿podría persuadirle de hacer algo de una forma más excelente gracias a mi sabiduría superior? Por supuesto que no. No estoy capacitado en absoluto para ser el mentor de Dios o su asesor en la toma de decisiones. Por tanto, la respuesta es sencillamente que la oración no cambia la voluntad de Dios. Pero supongamos que preguntamos sobre la relación entre la soberanía de Dios y nuestras oraciones de una manera ligeramente distinta: ¿La oración cambia las cosas? La respuesta ahora se convierte en un enérgico “¡Sí!”. Las Escrituras nos dicen que “La oración eficaz del justo puede lograr mucho” (Santiago 5:16). Este texto declara que la oración es efectiva, no un ejercicio piadoso de inutilidad. Lo que es inútil no logra nada. Sin embargo, la oración logra mucho. Lo que logra mucho nunca es inútil. ¿Qué logra la oración? ¿Qué cambia? En primer lugar, mis oraciones me cambian. El propósito de la oración no es cambiar a Dios. Él no cambia porque no necesita cambiar, pero yo sí. Igual que las preguntas del doctor Berkouwer no eran para su beneficio sino para el mío, mi tiempo con Dios es para mi edificación, no para la de Él. La oración es uno de los grandes privilegios que se nos dio junto con la justificación. Una de las

consecuencias de nuestra justificación es que tenemos acceso a Dios. Hemos sido adoptados en Su familia y hemos recibido el derecho a dirigirnos a Él llamándole Padre. Somos alentados a acudir a Su presencia confiadamente (existe por supuesto una diferencia entre confianza y arrogancia). Pero la oración también cambia cosas. En términos prácticos, podemos decir que la oración funciona. Aquello que es efectivo es aquello que provoca o produce efectos. En teología, se distingue entre causalidad primaria y secundaria. La causalidad primaria es la fuente de poder de todas las causas. Cuando la Biblia dice "porque en Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hechos 17:28), indica que sin la providencia de Dios que nos sustenta, no tendríamos ninguna fuerza para vivir, movernos o existir. Toda la fuerza que nosotros tenemos es secundaria; siempre depende de Dios para su eficacia final, pero aun así, es real. La oración es uno de los medios que usa Dios para que se cumpla la voluntad que Él dispone. Esto quiere decir que Dios no solamente dispone propósitos, sino también los medios que Él usa para que se cumplan esos propósitos.

Dios no necesita que prediquemos para salvar a Su pueblo. Aun así, ha elegido obrar mediante la predicación. Él es el que da poder a nuestra predicación humana mediante Su propio poder. Él da poder a nuestras oraciones para que después de que hayamos orado, podamos apartarnos y ver cómo desata Su poder en y por medio de nuestras oraciones. Oramos con esperanza y confiadamente no sólo por la soberanía de Dios, sino a causa de ella. Lo que sería una pérdida de aliento y de tiempo sería orar a un dios que no fuera soberano.

Traición Cósmica

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Naturaleza del Pecado](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

La pregunta, "¿Qué es pecado?" se plantea en el Catecismo Menor de Westminster. La respuesta que se le da a esta pregunta catequística es simplemente que "El pecado es cualquier falta de conformidad o transgresión a la ley de Dios." Veamos algunos de los elementos de esta respuesta catequística. En primera instancia, el pecado se identifica como algún tipo de falta o carencia. En la Edad Media, los teólogos cristianos trataron de definir el mal o el pecado en términos de privación (*privatio*) o negación (*negatio*). En estos términos, el mal o pecado se define por su falta de conformidad a lo bueno. La terminología negativa asociada con el pecado puede ser observada en palabras bíblicas, tal y como la *desobediencia*, *impiedad*, o *inmoralidad*. En todos estos términos, vemos que se hace énfasis en lo negativo. Otros ejemplos incluyen palabras tal y como, *deshonor*, *anticristo*, y otros.

Sin embargo, para obtener una visión completa de pecado, tenemos que ver que este incluye más de una negación a lo bueno, o que es más que una simple falta de virtud. Si el pecado es definido exclusivamente en términos negativos, podríamos inclinarnos a pensar que es simplemente una ilusión. Pero los estragos del pecado demuestran dramáticamente la realidad de su poder, realidad que no podría explicarse basándose en una mera ilusión. Los reformistas agregaron a la idea de *privatio*, la noción de la realidad o actividad, de manera que el mal puede observarse en la frase, "*privatio actiosa*". Esto enfatiza el carácter activo del pecado. En el catecismo, el pecado se define no sólo como una falta de conformidad, sino como un acto de transgresión, una

acción que implica el sobrepasar o violar un parámetro.

Para poder entender plenamente lo que significa el pecado, no podemos definirlo fuera de la relación que tiene con la ley, pues es la ley de Dios la que determina lo que es pecado. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo, en Romanos especialmente, elabora el punto de que hay una relación inseparable entre el pecado y la muerte, y entre el pecado y la ley. La fórmula sencilla es la siguiente: "No pecado" es igual a "no muerte". "No ley" es igual a "no pecado". El apóstol afirma que donde no hay ley, no hay pecado, y donde no hay pecado, no hay muerte. Esto se basa en la premisa de que la muerte invade la vida humana como un acto de sentencia divina en juicio al pecado. El alma que peca es la que morirá. Sin embargo, sin la ley no puede haber pecado. La muerte no puede entrar en la experiencia humana, hasta que primero la ley de Dios sea revelada. Es por esta razón que el apóstol afirma que la ley moral estaba en efecto antes de que Dios le diera a Israel el código Mosaico. El argumento se basa en la premisa de que la muerte ya estaba en el mundo antes del suceso del Sinaí, y que reino desde Adán a Moisés. Esto sólo puede significar que la ley moral de Dios le fue dada a sus criaturas mucho antes de que las tablas de piedra le fueran entregadas a la nación de Israel.

Esto da alguna credibilidad a la afirmación de Immanuel Kant sobre un imperativo moral universal que él denominaba el *imperativo categórico*, que se encuentra en la conciencia de toda persona sensible. Dado que es la ley de Dios la que define la naturaleza del pecado, solo nos queda el afrontar las terribles consecuencias de nuestra desobediencia a la ley. Lo que el pecador requiere, a fin de ser rescatado de los aspectos punitivos de esta ley, es lo que Solomon Stoddard denomina una justicia de la Ley. Habiendo definido el pecado como una falta de conformidad o transgresión a la Ley, el único antídoto para tal transgresión es la obediencia a la ley. Si poseemos tal obediencia a la Ley de Dios, ya no estaremos en peligro de ser juzgados por Dios.

Solomon Stoddard, el abuelo de Jonathan Edwards, escribió en su libro, *La Justicia de Cristo*, el siguiente resumen sobre el valor de la justicia de la Ley: "Es suficiente para nosotros si tenemos la justicia de la ley. No hay peligro de extravío, si tenemos esa justicia. La seguridad de los ángeles en el cielo es debida a que tienen la justicia de la ley, y es una seguridad suficiente para nosotros si tenemos la justicia de la ley. Si tenemos la justicia de la ley, no estamos sujetos a la maldición de la ley. No somos amenazados por la ley, no estamos provocando a la justicia; la condenación de la ley no puede apoderarse de nosotros; la ley no tiene nada que objetar en contra de nuestra salvación. El alma que tiene la justicia de la ley está fuera del alcance de las amenazas de la ley. Donde hay respuesta a la demanda de la ley, la ley no encuentra ninguna culpa. La ley solo maldice la falta de obediencia perfecta. Además, donde hay la justicia de la ley, Dios se ha comprometido a dar vida eterna. Dichas personas son los herederos de la vida, de acuerdo con la promesa de la ley. La ley los declaró herederos de la vida, Gálatas 3:12, 'El hombre que hiciere estas cosas vivirá por ellas'" (*La Justicia de Cristo*, p. 25).

La única justicia que satisface los requerimientos de la Ley es la justicia de Cristo. Es sólo por la imputación de esta justicia que el pecador puede tener la justicia de la Ley. Esto es crítico para nuestro entendimiento hoy en día cuando la imputación de la justicia de Cristo está siendo ampliamente atacada. Si abandonamos la noción de la justicia de Cristo, no tenemos ninguna esperanza, porque la Ley nunca es negociada por Dios. Mientras la Ley exista, estamos expuestos a su juicio a menos que nuestro pecado esté

cubierto por la justicia de la Ley. La única cobertura que podemos poseer de tal justicia, es la que nos viene como resultado de la obediencia activa de Cristo, quien Él mismo cumplió toda jota y toda tilde de la Ley. Su cumplimiento de la Ley en Sí mismo, es un acto vicario por el cual Él obtiene la recompensa que proviene de tal obediencia. Esto lo hace no para Sí mismo, sino para Su pueblo. Es en la base de esta justicia imputada, este rescate de la condena de la Ley, esta salvación de los estragos del pecado, que está el telón de fondo de la santificación del cristiano, en el que debemos mortificar el pecado que permanece en nosotros, ya que Cristo murió por nuestros pecados.

El Deber y El Honor

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Verdad](#)

Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

Hace muchos años, participé en una reunión con unos empresarios en Jackson, Misisipí. En el transcurso de la conversación, uno de ellos hizo referencia a otro hombre que no estaba presente allí. Dijo: “Él es un hombre honrado.” Al escuchar este comentario, aguzé el oído ya que, por un momento, pensé que estaba escuchando una otra lengua hablado. Entonces me di cuenta de que estaba en el medio del Profundo Sur, donde las viejas costumbres no han sido erradicadas por completo y, sin embargo, aún no podía sobreponerme al hecho de que alguien, en estos tiempos que corren, había usado la palabra *honor* como un término descriptivo para referirse a otro hombre. El término *honor* se ha convertido en una palabra un tanto arcaica. Tal vez recordemos el famoso discurso que dio el General Douglas MacArthur en West Point, titulado “Deber, Honor, País,” pero eso fue hace más de medio siglo. Actualmente, la palabra honor casi ha desaparecido de la lengua inglés. Prácticamente, sólo veo esta palabra impresa es en pegatinas de parachoques que exponen que el dueño del automóvil tiene un hijo que está en el “cuadro de honor,” pero el “cuadro de honor” es, tal vez, el último remanente vestigial de un concepto olvidado.

Hablo sobre el honor porque el diccionario enumera este término *honor* como el principal sinónimo para la palabra *integridad*. En este artículo me interesa preguntar: ¿cuál es el significado de integridad? Si vemos las definiciones comunes que nos dan los lexicógrafos, como por ejemplo, las del diccionario Webster, podemos encontrarnos con varios sentidos. En primer lugar, la integridad es definida como “la adherencia inflexible a principios morales y éticos.” Segundo, integridad significa “firmeza de carácter.” Tercero, integridad significa “honestidad.” Cuarto, integridad refiere al “todo y completo.” Quinto y último, integridad significa ser “irreprochable en su propio carácter.” Ahora, estas definiciones describen personas que son casi tan raras, como lo es el uso del término *honor*. En el primer caso, la integridad describiría a alguien que podríamos llamar “una persona de principios.” Esta persona de principios es, según como lo define el diccionario, alguien que es inflexible. La persona no es inflexible en cada negociación o discusión sobre asuntos importantes, pero sí lo es respecto a principios éticos o morales. Esta es una persona que pone los principios por delante de los beneficios personales. El arte del compromiso es una virtud en una cultura políticamente correcta, pero lo políticamente correcto es, en sí mismo, modificado por el adjetivo calificativo político. Ser *político* es, con frecuencia, ser una persona que compromete todo, incluyendo a los principios.

También vemos que la integridad refiere a la firmeza de carácter y honestidad. Cuando miramos el Nuevo Testamento, por ejemplo, en la Epístola de Santiago, Santiago proporciona una lista de virtudes que deben volverse manifiestas en la vida cristiana. En el capítulo 5 de esa carta, en el verso 12, él escribe: “Y sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni con ningún otro juramento; antes bien, sea vuestro sí, sí, y vuestro no, no, para que no caigáis bajo juicio.” Aquí, Santiago eleva la fiabilidad de la palabra de una persona, un simple sí o no, al rango de una virtud que está "sobre todo." Lo que Santiago está estableciendo, es que la integridad requiere de un tipo de honestidad que indica que cuando decimos que vamos a hacer algo, nuestra palabra es nuestro lazo. No deberíamos necesitar juramentos o promesas sagradas para ser fiables. Puede confiarse en las personas íntegras solo en base a lo que dicen.

En nuestra cultura vemos, una y otra vez, la distinción entre un político y un estadista. Una persona que conozco los distinguí en los siguientes términos: Un político es una persona que mira hacia la próxima elección, mientras que un estadista es una persona que mira hacia la próxima generación. Reconozco que hay cierto cinismo inherente a esa diferenciación, que tiene que ver con la idea de que los políticos son personas que comprometerán las virtudes o los principios con el fin de ser elegidos o para mantener su cargo. Esa carencia de virtud no sólo se observa en los políticos sino que puede encontrarse también, diariamente, en las iglesias, que a veces parecen estar llenas de pastores que están preparados para comprometer la verdad del Evangelio por el bien de su propia popularidad. Esta es la misma ausencia de integridad que destruyó la nación de Israel en el Antiguo Testamento, donde los falsos profetas proclamaban lo que sabían que la gente quería escuchar en lugar de lo que Dios les había mandado decir. Esa es la quintaesencia de la falta de integridad. Cuando llegamos al Nuevo Testamento, nos encontramos con el más alto ejemplo de falta de integridad en la sentencia dada a Jesús por el procurador romano, Poncio Pilatos. Luego de examinar e interrogar a Jesús, Pilatos hizo el anuncio a la ruidosa multitud. “No encontré ninguna culpa en él.” Sin embargo, tras realizar esta declaración, Pilatos estaba dispuesto a entregar al Hombre Impecable a los manos de la furiosa muchedumbre. Este fue un claro acto de compromiso político en el que los principios y la ética fueron arrojados al viento para calmar a una multitud embravecida.

Miremos nuevamente en el Antiguo Testamento, la experiencia del profeta Isaías en su visión registrada en el capítulo 6 de ese libro. Recordemos que Isaías vio al Señor elevado en lo alto, como así también al serafín cantando el Trisagio: "Santo, Santo, Santo." En respuesta a esta epifanía, Isaías gritó, “Ay de mí,” anunciando una maldición sobre sí mismo. Él dijo que la razón de su maldición era que él estaba “perdido” o “arruinado.” Lo que Isaías experimentó en ese momento fue la desintegración humana. Antes de esa visión, Isaías era visto como el hombre más correcto de la nación. Se paraba seguro y confiado sobre su propia integridad. Todo se mantenía unido gracias a su virtud. Se consideraba a sí mismo como una persona entera, íntegra, pero tan pronto como vio el último modelo y estándar de integridad y virtud en la personalidad de Dios, experimentó la desintegración. Se desmoronó, al darse cuenta que su sentido de integridad era, como mucho, una pretensión.

Calvino indicó que esto es lo común en la mayoría de los seres humanos quienes, mientras mantienen su mirada fija en el nivel de la experiencia horizontal o terrestre, se felicitan a sí mismos y se consideran, con halagos, apenas un poco menos que semi-dioses. Pero una vez que alzan la mirada hacia el cielo y consideran, aunque sea por un

momento, qué clase de ser es Dios, se paran temblando, siendo completamente desmentida cualquier ilusión de integridad. El cristiano debe reflejar el carácter de Dios. El cristiano debe volverse inflexible con respecto a los principios éticos. El cristiano es llamado a ser una persona de honor en cuya palabra puede confiarse.

La Ascensión

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Jesucristo](#)
Una parte de la serie [Tabletalk](#)

Estos hombres estuvieron 3 años en un estado de alegría inexplicable. Ellos fueron testigos de lo que ningún ser humano jamás hubo visto en todo el curso de la vida. Sus ojos se asomaron abiertamente a cosas que los mismos ángeles han ansiado ver pero no han sido capaces. Sus oídos escucharon lo que antiguos santos hubieran deseado ferozmente oír con sus propios oídos. Estos hombres fueron los discípulos de Jesús de Nazaret. Ellos fueron sus estudiantes. Ellos fueron sus compañeros. Donde Él iba, ellos iban. Ellos escuchaban, lo que él decía. Lo que él hizo, ellos lo vieron con sus propios ojos. Estos fueron los testigos verdaderos del ministerio terrenal del Hijo de Dios.

Pero un día, estos hombres escucharon de la propia boca de su maestro la peor noticia posible. Jesús, les dijo que los iba a dejar. Les dijo que sus días en este mundo de acompañamiento personal estaban rápidamente terminando. Imagínense el trauma y el pánico profundo que llenó los corazones de estos discípulos cuando Jesús les dijo que todo estaba por terminar. En Juan 16 leemos lo que dijo Jesús: “Dentro de poco ya no me verán; pero un poco después volverán a verme”. Así que algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros: “¿Qué es esto que nos está diciendo?; “¿Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; y porque yo voy al Padre?”. Entonces ellos estuvieron diciendo: “¿Qué quiere decir con “dentro de poco?. No sabemos que qué está hablando”. “Jesús sabía que ellos querían preguntarle, así que les dijo: ¿se están preguntando entre ustedes qué quiero decir con “Dentro de poco ya no me verán; pero un poco después volverán a verme?”. Realmente, realmente, les digo que llorarán y se lamentarán, pero el mundo se alegrará, sentirán pena pero esta pena se convertirá en alegría. Cuando una mujer da luz a un niño, ella siente pena porque la hora ha llegado, pero cuando ya nace el bebé ya no recuerda la angustia, ahora hay alegría porque un ser humano ha nacido en el mundo. Así que ahora ustedes sienten pena, pero los veré otra vez, y sus corazones se alegrarán y nadie les quitará esa alegría” (Juan 16:16-22).

Poco después de esta enigmática declaración, Jesús dijo a sus discípulos: “Pero ahora voy a Él, quien me envió, y ninguno de ustedes me preguntará ¿A dónde voy?, pero como les he dicho estas cosas a ustedes, pena ha llenado sus corazones. Sin embargo, te digo la verdad: es por sus beneficios que me voy, si no me voy, el salvador no vendrá a ti. Pero si me voy se los enviaré a ustedes” (vv.5-7). En primer lugar, Jesús dice que sus corazones no serán simplemente llenados de pena y dolor, o de decepción, sino que habrá un límite de dolor que saturará las cámaras del corazón. Ellos serán vencido por el dolor. El sufrimiento alcanzará los límites de la capacidad humana. Pero Jesús dice que lo que experimentarán será temporal, y que la sensación de abandono que pueden sentir por un momento dará lugar a una alegría inexplicable.

Jesús también explicó porque Él debía dejarlos. Él dice que es conveniente o necesario para él irse para que los discípulos puedan llenarse del Espíritu Santo. Lo que ahora

suenan como una desventaja absoluta, Jesús promete que se convertirá en una ventaja. En Hechos 1:9-11 leemos, "Y después que había dicho estas cosas, Él fue levantado mientras estaban viéndolo, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, se unieron ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, "¿Por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" Los discípulos vieron como Jesús los dejaba. Ellos contemplaron, mirando fijamente e intensamente en los cielos hasta que sus ojos dejaron de verlo, en ese momento dos ángeles vinieron y les preguntaron porque estaban viendo fijamente al cielo. Los ángeles entonces les dijeron que ése mismo Jesús cuyo cuerpo visiblemente ascendió vendría de la misma manera en otro momento.

Lucas nos dice en su relato de la ascensión en el evangelio (24:50-53): "Después los llevó Jesús hasta Betania; allí alzó las manos y los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se alejó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, entonces, lo adoraron y luego regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban continuamente en el templo, alabando a Dios". Notamos acá el total cumplimiento de lo que predicó Jesús. La abundancia de sus penas que sumieron totalmente en la audiencia sobre la noticia de su partida, les dio no sólo paso a la satisfacción, no sólo a la aceptación, no sólo a la alegría, sino a una gran alegría. Ellos retornaron con sus corazones llenos de júbilo de la última vez que vieron a Jesús. ¿Cómo pudo esto ocurrir?; la respuesta obvia está en que los discípulos vinieron a entender la significancia de la ascensión. Así como fue tan difícil entender, ellos vinieron a creer que la ausencia de Jesús de ellos fue más beneficiosa que su presencia física; estando el motivo en el lugar donde él iba y de lo que él estaba a punto de encargarse.

En Juan 3:13 Jesús declaró: "Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo" Este verso suena difícil a primera vista cuando nos damos cuenta que en el viejo testamento Enoc ascendió a los cielos con el sentido de que el fue transportado allá, así como Elijah cuando un carruaje de fuego lo subió a los cielos. Cuando Jesús habla de la ascensión, él no está explicando de ir exactamente "arriba". Él está hablando de algo en términos técnicos. Él está pensando en términos del Salmo de Ascenso que celebra la unción de un rey (Pss. 120-34). Cuando Jesús dice que nadie ascienda a los cielos, es cierto que nadie asciende o va al cielo en la misma manera o por el mismo propósito en que él fue. Él fue subido en nubes de gloria con el fin de ir con su Padre, por el propósito de su coronación como nuestro Rey; como el Rey de los reyes y el Señor de los señores. Él ascendió en el cielo para cumplir su papel de nuestro Gran Padre, diario interceptor de su gente. El mejoró nuestra condición dramáticamente. No sólo por esto, sino antes de que Pentecostés pudo venir y el Espíritu Santo pudo ser derramado sobre la iglesia, fortaleciendo la iglesia como empresa misionera del mundo entero, fue necesario para Cristo ascender para que junto con el Padre, Él pudiera enviar del cielo al espíritu Santo con todo su poder.

Tan difícil como es imaginarlo, la condición de la que disfrutamos ahora mismo en este lado de expiación, en este lado de la resurrección, este lado de la ascensión, y en este lado del Pentecostés es, hablando en forma de redención, una situación mejor que aquella donde los discípulos disfrutaron durante sus 3 años de ocupación con la presencia del Señor Jesús. Nosotros celebramos la ascensión porque celebramos a nuestro Rey.

Cur Deus Homo

Por [R.C. Sproul](#) sobre [La Muerte de Cristo](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

En el siglo XI, uno de los pensadores más brillantes de la Iglesia, Anselmo, arzobispo de Canterbury, escribió tres obras importantes que han influido en la Iglesia desde entonces. En el campo de la filosofía cristiana, nos ofreció su *Monologium* y su *Proslogium*; en el campo de la teología sistemática, escribió el gran clásico cristiano *Cur Deus Homo*, cuya traducción significa “¿Por qué Dios se hizo hombre?” En esta obra, Anselmo establece los fundamentos filosóficos y teológicos para un aspecto importante en el entendimiento de la Iglesia acerca de la expiación de Cristo, concretamente el punto de vista de la satisfacción de la expiación. Aquí Anselmo sostiene que la expiación resulta *necesaria* para satisfacer la justicia de Dios. Esta opinión se convirtió en el eje de la ortodoxia cristiana clásica de la Edad Media en cuanto al entendimiento de la Iglesia sobre la obra de Cristo en Su expiación. Desde entonces, sin embargo, el punto de vista de la satisfacción de la expiación ha tenido sus críticas.

En la Edad Media, surgieron preguntas sobre la conveniencia de creer que la expiación de Jesús se hizo necesaria por alguna ley abstracta del universo que requería que la justicia de Dios sea satisfecha. Esto dio lugar al famoso debate *Ex Lex*. En este debate de *Ex Lex*, surgió la pregunta de si la voluntad de Dios funcionaba *aparte* o *fuera* de cualquier ley (*ex lex*), o si Su voluntad estaba sujeta a alguna norma de justicia o ley cósmica que requería que Dios la cumpliera y, por tanto, Su voluntad se ejercía *bajo* la ley (*sub lego*). La pregunta era: ¿Está Dios aparte de la ley o bajo la ley?

La respuesta de la Iglesia a este dilema consistió básicamente en “restringir ambos lados”, y declarar que Dios no se encuentra ni aparte de la ley ni bajo la ley, en esos dos sentidos respectivos. En otras palabras, la Iglesia respondió afirmando que Dios está a la vez aparte de la ley y bajo la ley; Él es libre de cualquier restricción impuesta sobre Él por alguna ley que exista fuera de Él mismo. En ese sentido, se encuentra aparte de la ley y no bajo ella. Pero al mismo tiempo, Dios no es arbitrario o caprichoso sino que actúa de acuerdo a la ley de Su propia naturaleza. La Iglesia constató que Dios es una ley hacia sí mismo. Lo que refleja no un espíritu sin ley dentro de Dios, sino que la norma de Su comportamiento y Su voluntad se basa en lo que los teólogos ortodoxos del siglo XVII llamaban “la ley natural de Dios”.

La ley natural de Dios, como expresión teológica, se puede malinterpretar o confundir fácilmente con un concepto más amplio presente en la teoría política y en la teología de la llamada “ley natural” (*lex naturalis*). En ese sentido, la ley natural hace referencia a aquellas cosas que Dios revela en el mundo de la naturaleza acerca de algunos principios éticos. En contraste con este uso común del término *ley natural*, la Confesión de Westminster del s. XVII veía la ley natural de Dios de la siguiente manera: Dios se rige de acuerdo a la ley de Su propia naturaleza. Lo que quiere decir que, Dios nunca actúa de tal manera que contradiga Su propia santidad, Su propia justicia, Su propia omnipotencia, etc. Él nunca transige la perfección de Su propio ser o carácter en lo que hace.

Cuando la Iglesia confiesa la necesidad de satisfacción de la justicia de Dios, dicha necesidad no es algo que se impone a Dios desde fuera, sino que es una necesidad que es impuesta a Dios por Su propio carácter y naturaleza. Es necesario para Dios ser Dios, nunca transigir Su propia santidad, rectitud o justicia. Es en ese sentido que se considera necesaria una expiación que satisfaga Su justicia. Recientemente los pensadores modernos se han opuesto al punto de vista de la satisfacción de la expiación basándose en que éste ensombrece la gracia gratuita y el amor de Dios. Si Dios es un Dios de amor, ¿por qué no puede simplemente perdonar a las personas gratuitamente por la pura motivación de Su propio amor y gracia sin preocuparse de satisfacer algún tipo de justicia, ya sea que se trate de una ley de Su propia naturaleza o una ley impuesta de fuera? Una vez más, este punto de vista de la expiación no logra entender que Dios nunca negociará Su propia justicia, ni siquiera por Su deseo de salvar pecadores.

En la expiación, vemos que Dios manifiesta tanto Su amor misericordioso hacia nosotros así como un compromiso a Su propia rectitud y justicia. La justicia es servida por la obra de Cristo quien satisface los requerimientos de la rectitud de Dios, y de esa forma mantiene el compromiso de Dios a la rectitud y justicia. Dios satisface los requerimientos de Su justicia al darnos un Sustituto que se ponga en nuestro lugar y que ofrezca esa satisfacción por nosotros. Esto muestra maravillosamente la gracia de Dios en medio de esa satisfacción. La gracia de Dios es manifestada con la satisfacción de Su justicia en que ésta se realiza en nuestro lugar a través de Aquél que ha nombrado. Es la naturaleza de Dios como Juez de todo el mundo hacer lo correcto. Y el Juez que hace lo correcto, nunca, nunca transgrede los cánones de Su propia rectitud.

La Biblia explica la cruz en términos de propiciación y expiación, los dos logros de Cristo en nuestro lugar. La Propiciación hace referencia específicamente a la obra de Cristo de satisfacer la justicia de Dios. Paga el castigo por nosotros que es debido a nuestros pecados. Nosotros somos deudores que no podemos pagar en absoluto la deuda moral a la que hemos incurrido con nuestra ofensa en contra de la justicia de Dios, y la ira de Dios se satisface y propicia con el sacrificio perfecto que Cristo realiza en nuestro lugar. Pero eso es tan sólo un aspecto de esa obra. La segunda es la expiación. En la expiación, nuestros pecados son quitados al transferirse o imputarse a Cristo, quien sufre vicariamente en nuestro lugar. Dios es satisfecho y nuestro pecado removido con la expiación perfecta de Jesús. Esto completa el sentido dual en el que el pecado era expiado en el Día de Expiación del antiguo pacto, a través del sacrificio de un animal y la transferencia simbólica de los pecados de las personas sobre el chivo expiatorio que era luego enviado al desierto, quitando así los pecados de esas personas.

El Rey de Reyes

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Jesucristo](#)
Una parte de la serie **Article**

El evangelio de Lucas termina con una afirmación que llama la atención: “Entonces los condujo fuera de la ciudad, hasta cerca de Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado arriba al cielo. Ellos, después de adorarle, regresaron a Jerusalén con gran gozo, y estaban siempre en el templo alabando a Dios.”(24:50-53).

Lo que llama la atención de este pasaje es que cuando Lucas describe la partida de Jesús al cielo, la respuesta de sus discípulos fue regresar a Jerusalén sintiendo un "gran gozo". Pareciera que la partida de Jesús inculcara en Sus discípulos un sentimiento de gran euforia. Esto se hace aún más desconcertante cuando tomamos en cuenta los sentimientos expresados por los discípulos cuando Jesús les habló sobre Su próxima partida. En ese momento, la idea de que su Señor los dejara les provocó una sensación de profundo desconsuelo. Parecía que nada podía ser más deprimente que anticipar la separación que se daría de la presencia de Jesús. Sin embargo, en un tiempo muy corto, esa depresión se transformó en una felicidad indescriptible. Tenemos que preguntarnos qué es lo que provocó ese cambio tan radical en los sentimientos de los discípulos de Jesús. La respuesta a esta pregunta está clara en el Nuevo Testamento. Entre el tiempo en que Jesús anunciara su partida y el tiempo real de su partida, los discípulos comprendieron dos cosas: Primero, ellos entendieron por qué Jesús se iba. Segundo, comprendieron a cuál lugar Él estaba yendo. Jesús partiría no para dejarlos solos y sin esperanza, sino, para ascender al Cielo. El concepto del Nuevo Testamento en relación a la ascensión significa mucho más que irse a los cielos o incluso a la residencia celestial. En Su ascensión, Jesús iba a un lugar determinado por una razón específica. Él ascendía con el propósito de ser investido y coronado como "El Señor de señores". El título que el Nuevo Testamento utiliza para denominar a Jesús en su condición de rey es "Rey de reyes", como también "El Señor de señores". Esta significativa estructura literaria quiere decir mucho más que el adoptar una posición de autoridad que lo capacitaría para gobernar sobre reyes menos importantes. Esta es una estructura que indica la supremacía de Jesús en Su posición de majestad monárquica. Él es Rey en el más amplio sentido del poder monárquico.

En términos bíblicos es impensable que exista un rey sin tener reino. Al ascender Jesús a Su coronación como rey, esa coronación trae también la designación dada por el Padre del reino sobre el cual Él manda. El reino es toda la creación. En la teología moderna encontramos dos grandes errores en relación al concepto bíblico del reino de Dios. El primero es que el reino ya ha sido totalmente establecido y que no queda nada para ser manifestado en el reino de Cristo. Este punto de vista podría describirse como una escatología (últimos tiempos) sobre-realizada. Con la realización de la plenitud del reino, no habría nada más para anhelar en cuanto al triunfo de Cristo. El otro error es en el que cree una gran mayoría de los cristianos: que el reino de Dios es algo totalmente futurista, o sea, no hay posibilidad de que el reino de Dios ya exista. Este punto de vista toma una posición tan fuerte hacia la dimensión futura del reino de Dios, que incluso en algunos pasajes del Nuevo Testamento, como el de Mateo 5-6 (Bienaventuranzas), no tienen ninguna aplicación en la iglesia hoy en día, ya que pertenecen a una era futura del reino que aún no ha comenzado.

Los dos puntos de vista mencionados son contrarios a la enseñanza clara del Nuevo Testamento, que dice que el reino de Dios, efectivamente, ya ha comenzado. El Rey tiene su posición. Él ya ha recibido toda la potestad sobre los Cielos y la Tierra. Esto significa que nuestro Rey Jesús tiene la autoridad suprema sobre los reinos de la tierra y del universo mismo. No existe nada en este mundo, ningún reino o símbolo de poder que no esté bajo Su mandato y Su poder. En las cartas de Pablo a los Filipenses, capítulo 2, en el famoso himno a la kenosis del Creador, se menciona que se le es dado a Jesús un nombre que está por encima de todos los otros nombres. El nombre que se le ha dado y que supera cualquier otro título que un hombre pueda recibir, es un nombre reservado para Dios. Es el título de Dios: *Adonai*, que significa "El que es

absolutamente soberano”. Otra vez, este título implica la autoridad suprema del que es el Rey de toda la Tierra. La traducción que se hace en el Nuevo Testamento del Viejo Testamento del título *adonai*, es la palabra *señor*. Cuando Pablo dice que en el nombre de Jesús toda rodilla debe doblarse y cada boca debe confesar, la razón para arrodillarse es la reverencia, y la de confesar es declarar con sus labios que Jesús es Señor. Esto quiere decir que Él es amo soberano. Ésta fue la profesión de fe inicial de la primera iglesia.

Luego Roma, en su mal guiada tiranía pagana, trató de forzar un juramento al culto del emperador, en la que se obligaba a toda la gente a recitar la frase: *kaisar kurios* -“Cesar es el señor”. Los cristianos respondían mostrando toda la sumisión civil posible, pagando los impuestos, honrando al rey, siendo ciudadanos ejemplares, pero no podían, en buena consciencia, obedecer al mandato de proclamar a Cesar como su señor. Su respuesta al juramento de lealtad, *Kaisar kurios*, era tan profunda en sus ramificaciones como era simple en su expresión, *Jesús ho kurios*, Jesús es el Señor. El reinado de Jesús no es simplemente una esperanza de los cristianos de que algún día se realizará; es una verdad que ya existe. Es obligación de la iglesia ser testigo de ese reino invisible, o como lo puso Calvino, es la obligación de la iglesia hacer visible el Reino invisible de Cristo. Aunque es invisible, es auténticamente real.

Tres Escuelas

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Santificación & Crecimiento](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

El filósofo francés Blaise Pascal describió al hombre como una criatura de profunda paradoja, puesto que los seres humanos son criaturas capaces de la más alta grandeza y la miseria más baja, a menudo simultáneamente pero no en la misma relación, por supuesto. Parte de nuestra grandeza reside en nuestra capacidad de contemplarnos a nosotros mismos. Si los animales son conscientes de sí mismos en el sentido de que pueden reflexionar sobre sus orígenes y destinos, o meditar sobre su lugar en el gran plan del universo, es un punto debatido. Sin embargo, lo que tiene poco espacio para el debate es que el hombre tiene una capacidad compleja y superior de hacer esto. Este don de la contemplación tiene un inconveniente: el dolor. Nuestra miseria se ve a menudo reforzada por nuestra capacidad para contemplar una vida mejor de la que actualmente disfrutamos. Frecuentemente esta miseria está acompañada por la conciencia de que somos incapaces de obtener o lograr la vida ideal. De este conocimiento es del que se nutren nuestros sueños y pesadillas. Podemos gozar de buena salud, pero no de una salud perfecta. Podemos imaginar la vida sin dolores y molestias, caries dentales y enfermedades que nos incapacitan, pero nadie ha encontrado aún la manera de garantizar tal libertad física. Todos nos enfrentamos a la certeza de la agonía y la muerte.

El hombre pobre puede soñar con riquezas incalculables, pero se siente frustrado cuando la lotería le pasa de largo. Incluso el hombre rico puede contemplar una mayor abundancia de riquezas, pero mientras que la abundancia tiene un límite, nuestro anhelo es ilimitado. Enfermos o sanos, pobres o ricos, con éxito o sin éxito, podemos sentirnos acosados por el problema desconcertante de que la vida nos podría proporcionar un estado mejor del que disfrutamos actualmente. La vía de escape bíblica que nos libra de

la frustración perpetua por el incumplimiento de tales sueños, de dichas aspiraciones no logradas, y de tales esperanzas hechas trizas, es la virtud espiritual de la satisfacción.

Encontramos un modelo de la virtud del contentamiento en la declaración del apóstol Pablo en Filipenses 4:11, "No lo digo porque sufra escasez, pues he aprendido a estar contento cualquiera que sea mi situación." Cuando Pablo utiliza la palabra "contento" usa la palabra griega *autarkes*, lo que significa "auto-suficiente," es decir, "co-independiente de las circunstancias," (véase también 2 Cor. 9:8). La palabra que utiliza Pablo tiene como origen la palabra griega *ataraxia*, que ha sido aplicada a la marca de un tranquilizante moderno. Sócrates habló del concepto cuando se le formuló la pregunta, "¿Quién es el más rico?" Y respondió: "El que se contenta con menos, puesto que la *ataraxia* es la riqueza de la naturaleza."

El Nuevo Testamento menciona dos escuelas de ideas filosóficas que estaban de moda durante los tiempos apostólicos. Estas fueron las escuelas del epicureísmo y el estoicismo, cuyos representantes se encontró Pablo en el Areópago de Atenas. A pesar de que estas escuelas diferían notablemente en relación a la cosmología y la metafísica, compartían un objetivo común práctico de la vida: la búsqueda de la *ataraxia*. Los estoicos entendían esto en términos de lo que ellos llamaban "imperturbabilidad." Ellos construían un tipo de determinismo material por el cual el ser humano no tiene poder alguno sobre sus circunstancias. La vida simplemente "transcurre" a través de causas externas fijas. Nuestras circunstancias son el resultado de lo que nos sucede *a* nosotros. El único ámbito en el que uno tiene un control significativo es en el escenario interno de nuestra actitud personal. El estoicismo indica que lo que sí podemos controlar es cómo nos sentimos acerca de lo que nos sucede. El objetivo del estoicismo era intentar llegar a un estado de imperturbabilidad a fin de que, pasase lo que pasase externamente, la persona mantuviese una paz interna que lo dejase sin preocupaciones. Esta es la actitud de mantenerse impassible; actitud clásica del estoicismo.

Por otra parte, los epicúreos eran más proactivos en su búsqueda de la *ataraxia*, puesto que intentaban maximizar el placer y minimizar el dolor. Eran hedonistas refinados que buscaban un equilibrio adecuado entre el placer y el dolor. Sin embargo, nunca se solucionó la "paradoja hedonista," que decretó que uno fracasa si no llega a obtener el placer que busca pero, por el contrario, uno se aburre si llega a obtener el placer que busca. Así que, en términos que se anticipan a la paradoja de Pascal, uno se quedaba en un estado de frustración o de aburrimiento, ninguno de los cuales captura el concepto de satisfacción de la *ataraxia*. El parecer de Pablo sobre el contentamiento difiere radicalmente del estoicismo o el epicureísmo. Pablo, en 1 Corintios 15, rehuye el credo que reza, "Comamos y bebamos, pues mañana moriremos." Este parecer hedonista que se trató en el libro de Eclesiastés es un parecer de pesimismo supremo que no tenía lugar en la teología de Pablo, sobre todo en lo que respecta a la resurrección. De la misma manera, Pablo rechaza rotundamente la resignación pasiva de la postura del estoicismo. Pablo no cree que nuestras circunstancias estén determinadas por fuerzas ciegas e impersonales. Pablo no dio cuerda al fatalismo o a la determinación mecanicista. Fue un activista que persiguió sus metas y nos animó a trabajar en nuestra salvación con temor y reverencia. No abogó por un quietismo que declaraba: "Ponte en manos de Dios."

El contentamiento del que hablaba Pablo no es el de "quédate tranquilo en Zión", por el cual una complacencia irreligiosa deja al alma moribunda y al espíritu inerte. Pablo

nunca se “contentó” con dormirse en los laureles o con relajar su entusiasmo por el ministerio.

En incontables ocasiones Pablo expresó su descontento y su insatisfacción tanto por los errores, vicios y defectos de la Iglesia como por sus propias deficiencias. Había muchas tareas por terminar y problemas que solucionar en su propia vida y en el ministerio que requerían un fervoroso esfuerzo de su parte. Su contentamiento estaba dirigido hacia su situación personal o hacia el estado de su condición humana. Pablo amplió su definición del contentamiento al escribir, " Sé cómo vivir en la escasez, y sé cómo vivir en la abundancia. En todas partes y en todas las cosas he aprendido tanto a estar lleno como a tener hambre, a vivir en la riqueza y a padecer necesidad" (Filipenses 4:12). Aquí nos damos cuenta que Pablo habla de aprender y conocer. La satisfacción de la que Pablo gozaba era una condición *aprendida*. Él *aprendió* el secreto o el misterio del contentamiento. Este secreto se nos revela en parte en su siguiente declaración, "Todo lo puedo en Él que me fortalece."

El contentamiento de Pablo se basaba en su unión mística con Cristo y en su teología. Para el apóstol, la teología no era una disciplina abstracta al margen de las cuestiones urgentes de la vida cotidiana. En cierto sentido su teología era la vida misma, o la clave para entender la vida misma. El contentamiento o la satisfacción de Pablo con su estado o condición de vida descansaban sobre su conocimiento del carácter de Dios y su conocimiento de la manera en que obra Dios. La suya no era una *ataraxia* basada en la resignación pasiva a las fuerzas impersonales de la naturaleza. La suya era una alegría basada en el conocimiento de que sus pasos y su condición humana estaban determinados por el Señor. Quizás su descubrimiento del contentamiento bíblico fue, más que ninguna otra cosa, su comprensión de la providencia de Dios. Él comprendió que todo don bueno y perfecto viene de Dios, y que todas las cosas funcionan bien para los que aman a Dios y son llamados según Su voluntad. Pablo entendió que si sufría escasez estaba cumpliendo la voluntad de Dios, y si nadaba en la abundancia también estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Para Pablo la clave de su alegría continua era una cuestión de sumisión a la voluntad divina.

En nuestras vidas parcialmente santificadas, se esconde la tentación irreligiosa de suponer que Dios nos debe una condición más favorable de la que actualmente disfrutamos. Tal es la miseria del pecado, cuya mezquindad es derrotada por el triunfo de la gracia salvadora y providencial de Dios. Es precisamente en esta gracia donde se haya la satisfacción cristiana.

Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar? (parte 1)

Por [R.C. Sproul sobre Oración](#)

Capítulo 0 del Libro [Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? \(parte 1\)](#)

¿De qué manera se relaciona la soberanía de Dios con nuestra vida diaria? Sabemos por las Escrituras que Dios es soberano, que Él reina sobre todas las cosas para Su gloria y el bien de Su pueblo. También sabemos, habiendo estudiado la Oración del Señor a lo largo de este libro, que Dios nos invita a venir a Él en oración, trayendo nuestras peticiones delante de Él.

En cuanto colocamos estas dos ideas—la soberanía de Dios y las oraciones de Su pueblo—una al lado de la otra, nos encontramos con un asunto teológico bastante

peleagudo. Se levantan objeciones de todas partes. La gente dice: "Espere un minuto. Si Dios es soberano, es decir, si Él ha dispuesto cada detalle de lo que está ocurriendo en nuestras vidas, no sólo en el presente, sino en el futuro, ¿Por qué deberíamos molestarnos con la oración? Por otra parte, ya que la Biblia nos dice que "todas las cosas ayudan a bien a aquellos que aman a Dios" (Rom. 8:28), ¿No deberíamos estar contentos con que lo que Dios ha dispuesto es lo mejor? ¿No es realmente un ejercicio de futilidad, de arrogancia, incluso, por parte de nosotros, decirle a Dios lo que necesitamos o lo que nos gustaría que pasara? Si Él decreta todas las cosas, y lo que decreta es lo mejor, ¿de qué sirve orar a Él?

Juan Calvino discute brevemente esta pregunta sobre la utilidad de la oración a la luz de la soberanía de Dios en su obra *Institutos de la Religión Cristiana*: Pero algunos dirán, "¿No conoce Él sin un supervisor, cuáles son nuestras dificultades así como lo que es más conveniente para nuestro interés?, de modo que parece, de alguna forma, superfluo solicitarle a través de nuestras oraciones, como si estuviera cabeceando o incluso durmiendo hasta que se levanta por el sonido de nuestra voz." Aquellos que argumentan de esta manera no atienden al fin o al propósito para el cual el Señor nos enseñó a orar. No fue tanto para el bien de Dios, como lo fue para nuestro bien. (Libro III, Cap. 20) Calvino argumenta que la oración nos beneficia a nosotros más de lo que beneficia a Dios. Esto lo podemos ver con bastante facilidad, al menos para algunos de los elementos de la oración. Consideremos, por ejemplo, los elementos de la adoración y la confesión. La existencia de Dios no depende de nuestras alabanzas. Él puede vivir sin ellas. Pero nosotros no. La adoración es necesaria para nuestro crecimiento espiritual. Si hemos de desarrollar una relación íntima con nuestro Padre celestial, es esencial que lleguemos a Él con palabras que expresen reverencia, adoración y amor. Al mismo tiempo, es necesario que mencionemos nuestros pecados delante de Su trono. Él sabe cuáles son. De hecho, los conoce más clara y exhaustivamente que nosotros. El no gana nada por que le demos una recitación de nuestros pecados, pero nosotros necesitamos ese acto de contrición para el bien de nuestras almas.

El intrincado problema de la relación entre la soberanía de Dios y las oraciones humanas no se produce en el punto de la adoración y la confesión, pero en el punto de intercesión y súplica. Cuando veo a alguien en necesidad y comienzo a orar por esa persona, estoy intercediendo por ella. Ofrezco mis peticiones a Dios en nombre de esa persona, rogando a Dios que actúe en Su misericordia, para hacer algo que cambie la situación de esa persona. Además, yo hago lo mismo por mis propias necesidades, como yo las percibo. Sin embargo, el Dios omnisciente ya sabe la situación de todos, ya que Él lo decretó. Por lo tanto, ¿tienen algún valor estas oraciones? Más fundamentalmente, ¿funcionan estas oraciones? ¿Es que en última instancia tienen algún impacto en mi vida y en la vida de los demás?

Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? (parte 2)

Por [R.C. Sproul sobre Oración](#)

Capítulo 0 del Libro [Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? \(parte 2\)](#)

La Eficacia de la Oración

Debemos guardarnos de adoptar una visión fatalista en este tema de la oración. No podemos permitirnos sacar la oración de nuestras vidas simplemente porque parece no

tener un valor pragmático. Ya sea que la oración funcione o no, debemos orar simplemente porque Dios mismo nos manda a hacerlo. Incluso una lectura superficial de la Biblia, particularmente del Nuevo Testamento, revela un énfasis profundo en la oración, la súplica y la intercesión. Es ineludible que la oración es una actividad que se espera que realice el pueblo de Dios. Además, nuestro Señor mismo es el modelo supremo para nosotros en todas las cosas, y Él claramente hizo de la oración una gran prioridad en su vida. No podemos hacer menos que eso. Pero también es verdad que las Escrituras nos enseñan que la oración "funciona" en algún sentido. Permítame recitar tres ejemplos.

Todos sabemos que el apóstol Pedro osadamente declaró que él nunca traicionaría a Jesús, que estaba listo para ir a prisión e incluso hasta la muerte por su Señor. Pero en vez de elogiar a Pedro por su determinación, Jesús le reprendió y le dijo: "En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, Me negarás tres veces." (Mateo 26:34) El relato de Lucas añade un detalle interesante a este cruce de palabras. Jesús dijo: "Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti para que tu fe no falle; y tú, una vez que hayas regresado, fortalece a tus hermanos." (Lucas 22:31-32). Jesús le advirtió a Pedro que un tiempo de "zarandeo" venía en su vida, que Satanás iba a atacarlo. Pero Jesús estaba seguro que Pedro se volvería de sus pecados y regresaría a Jesús. ¿Cómo pudo Jesús estar seguro de eso? Bueno, Él había orado por Pedro, que la fe de Pedro no fuera agitada. Jesús estaba en lo cierto—Pedro, efectivamente, regresó a Jesús e hizo mucho para fortalecer a los hermanos. La oración de Jesús por Pedro fue efectiva.

No solamente vemos la oración de Jesús efectuando un cambio en este mundo, también vemos las oraciones de los santos funcionando. En los comienzos de la iglesia, Pedro fue echado a prisión, pero los creyentes se reunieron para una temporada de intensa oración en su nombre. Ellos derramaron sus corazones delante de Dios, rogándole a Dios que de alguna manera venciera la adversidad de la situación y lograra la liberación de Pedro. Usted ya sabe lo que pasó: Mientras estaban involucrados en su intensa oración, alguien tocaba a la puerta. No querían ser perturbados de su tiempo de oración, así que enviaron una sirvienta a la puerta. Cuando fue a la puerta y preguntó quién estaba tocando, Pedro respondió y la sirvienta reconoció su voz. Rebosante de alegría, dejó la puerta cerrada y corrió a decirle a los demás que Pedro estaba afuera. Los discípulos se negaron a creerlo hasta que abrieron la puerta y vieron a Pedro mismo de pie allí. Dios respondió las oraciones de Su pueblo, librando a Pedro de la prisión con la ayuda de un ángel, pero cuando apareció en la casa donde los creyentes estaban reunidos, estas personas que habían orado tan fervorosamente para su liberación estaban asustados y sorprendidos de que Dios en realidad había contestado su oración. Precisamente, así somos tan a menudo; cuando Dios contesta nuestras oraciones, apenas si podemos creerlo.

Moviéndonos a un pasaje didáctico, Santiago alienta con vehemencia al pueblo de Dios a orar:

¿Sufre alguno entre vosotros? Que haga oración. ¿Está alguno alegre? Que cante alabanzas. ¿Está alguno entre vosotros enfermo? Que llame a los ancianos de la iglesia y que ellos oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor; y la oración de fe restaurará al enfermo, y el Señor lo levantará... y orad unos por otros para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede lograr mucho. (Santiago 5:13-18)

Después de estas inspiradoras palabras, las cuales enfatizan fuertemente la efectividad de la oración, Santiago continúa para hablar del profeta Elías. Él hace hincapié en que Elías era sólo un hombre como lo somos nosotros—no era un súper santo o un mago. Sin embargo, sus oraciones fueron extremadamente poderosas. Él oró que Dios detuviera la lluvia, y no llovió en lo absoluto por tres años y medio. Luego oró que Dios enviara lluvia, y los torrentes cayeron. Dados los pasajes escriturales, y los muchos, muchos más que claramente muestran que la oración logra cosas, no tenemos libertad de decir: "Bueno, Dios está en control. Él es soberano, inmutable y omnisciente, así que lo que será, será. No tiene sentido orar." Universal y absolutamente, las Escrituras niegan esta conclusión. Por el contrario, afirma que la oración efectúa cambios. Dios, en su soberanía, responde a nuestras oraciones.

Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? (parte 3)

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Oración](#)

Capítulo 0 del Libro [Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? \(parte 3\)](#)

Las Leyes "Naturales" de Dios

Otros han cuestionado la eficacia de la oración desde una consideración más naturalista. Ellos plantean la idea de que vivimos en un mundo que opera de acuerdo a leyes naturales fijas. Se ha puesto de moda, en el pasado siglo o dos, pensar en Dios como el mero Arquitecto y Creador del universo, quien puso el universo en movimiento y decretó cómo debía operar, luego se apartó y lo dejó andando sin involucrarse directamente. Esta idea es casi como el punto de vista Deísta que Dios hizo al mundo, así como un relojero hace un reloj, luego le dio cuerda, de manera que ahora trabaja por su propio mecanismo. Él mismo no hace interrupciones, ni interferencia, ni ninguna intrusión en el plano de la historia. Ese no es el Dios de las Escrituras. El Dios soberano es el Señor de la providencia, quien provee diariamente a su pueblo y responde a sus clamores. Las leyes de la naturaleza no son principios fijos, inmutables, abstractos, reguladores de la naturaleza inerte. Lo que llamamos leyes se refieren simplemente a las operaciones normales y ordinarias por las cuales el soberano Dios hace funcionar este planeta. Y ese soberano Dios nunca está a merced de su propia creación. Él es el Dios soberano.

El hecho de que existen mecanismos intrincados trabajando en este mundo no significa que Dios tenga que obrar un milagro inmediato cada vez que oramos por algo. Dios está de pie sobre el mundo, orquestando cada molécula en ese mundo, todas las, así llamadas, causas naturales, normales y reguladoras. Por lo tanto, Dios es capaz de responder a la oración sin interrumpir o perturbar, en ninguna forma, el mecanismo natural del planeta. De hecho, cuando vemos los milagros de la Biblia, vemos que algunos de ellos se efectúan inmediatamente—es decir, sin medios, directamente—mientras que otros milagros se efectúan mediatamente, es decir, en virtud de medios intermediarios. Piense en el escape de los israelitas de Egipto a través del Mar Rojo. ¿Qué tuvo de milagroso la división de las aguas del Mar Rojo? No es milagroso que sople un gran viento; eso ocurre todo el tiempo. Sin duda, es extraordinario, pero no necesariamente milagroso que el viento sople con una intensidad tal que cree una estela

de agua en el mar. Se sabe que ha pasado sin que de ninguna manera ocurriera un milagro. Sí, fue extraordinario, pero no necesariamente milagroso.

Lo que fue milagroso en la división del Mar Rojo fue que pasó como resultado de una orden. Moisés extendió su vara y el viento arreció. El viento sopla cada día, pero no sopla cuando se lo ordeno. Puedo ir a la orilla del mar y ordenar al viento que sople y no pasará nada. De igual forma, puedo ordenar al viento que cese en un día borrascoso, y otra vez mis palabras no tendrán impacto alguno, pero cuando el viento arreció en el Mar de Galilea, Jesús dijo: "Calla, enmudece", y cesó el viento (Marcos 4:39). Eso fue un milagro. Pero en el éxodo tenemos un medio. Tenemos agua y tenemos viento. Tenemos a la naturaleza operando, pero operando bajo el poder de lo sobrenatural, bajo el mandato de Dios en un momento de crisis en la historia personal de seres humanos. Eso es lo que queremos decir cuando hablamos de la intervención providencial especial de Dios para liberar a su pueblo. Ellos oraron y Dios actuó sin romper las leyes de la naturaleza. El puede romperlas si es necesario, pero no tiene que hacerlo para responder a nuestras oraciones.

Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? (parte 4)

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Oración](#)

Capítulo 0 del Libro [Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar ? \(parte 4\)](#)

Las Oraciones como el Medio para los Fines de Dios

Santiago hace una declaración que es vital para nuestro entendimiento práctico de la relación entre la soberanía de Dios y la oración. Es una declaración que me persigue cuando considero este tema. Él dijo, "pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís" (4:2) No debemos entender la realidad como si Dios trabajara solo, como si Dios estuviera en el centro del escenario mientras nosotros somos simples marionetas sin participación activa en el plan de redención. Eso no es Cristianismo o Calvinismo. Eso es una distorsión. Dios hace que sus fines soberanos se lleven a cabo por medios terrenales y humanos. Este es el concepto teológico de la concurrencia, y funciona tanto en el ámbito de la oración como lo hace en las otras áreas que hemos considerado. ¿Que pensaría usted de un agricultor que, cuando llega la primavera, se sienta en su pórtico sobre su mecedora, se cruza de brazos y dice, "Bueno, definitivamente espero tener una gran siega este año; espero que esté en los planes de Dios darnos una abundante cosecha"? No ara el campo. No planta la semilla. No desmaleza los surcos. Se sienta allí y espera que Dios le entregue una cosecha del cielo. Así no trabaja un agricultor. Si un agricultor tratara de "trabajar" de esta forma, creo que está claro lo que pasaría—el beneficio de la mano de Dios sería cero. Estamos llamados a arar nuestros campos. Estamos llamados a plantar y a regar. Y este llamado se aplica a nuestras oraciones.

Se ha citado una y mil veces, que la Biblia dice "Dios ayuda a los que se ayudan." Por supuesto, eso no es de la Biblia. Pero en cierto sentido, la idea es correcta. Dios nos llama a trabajar, a arar, a plantar, a leer, a estudiar, a prepararnos. Nosotros hacemos todas estas cosas, pero Él da el crecimiento. ¿Qué dijo Pablo? "Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios." (1 Cor. 3:6).

Hay un sentido en el que la oración de intercesión, la oración de súplica, es un trabajo. Ciertamente es un placer, pero requiere energía y tiempo. Dios sabe lo que necesitamos antes de que le pidamos, pero él requiere el trabajo. Él sabe que necesitamos pan antes de que se lo pidamos, pero Él nos pide que hagamos el trabajo de producir los materiales por los cuales se nos da el pan. Si carecemos de los beneficios de las manos de Dios en nuestra vida, puede muy bien ser debido a que no hemos pedido; no hemos hecho el trabajo de suplicarle.

Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar? (parte 5)

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Oración](#)

Capítulo 0 del Libro [Si Dios es Soberano, ¿Por Qué Orar? \(parte 5\)](#)

Mantener las Promesas en Contexto

En este punto, necesito dar una advertencia. En nuestros días, muchas personas han redescubierto el poder de la oración. Esto es algo bueno; no hay nada más emocionante en la vida cristiana que orar específicamente, expresar un deseo, hacer una súplica o una petición a Dios y luego verle responder esa súplica específica y claramente. Es agradable recibir lo que pedimos, pero el beneficio añadido es la garantía que obtenemos de que Dios escucha nuestras oraciones y las responde. Sin embargo, algunos llevan esto a un extremo y saltan a la conclusión de que la oración es algo así como una varita mágica, que si oramos con el sonido correcto, de la manera correcta, con las frases correctas, y la postura correcta, Dios está obligado a responder. La idea parece ser que tenemos la capacidad de coaccionar al Dios Todopoderoso para hacer por nosotros lo que sea que queramos que haga por nosotros, pero Dios no es un botón celestial quien está disponible cada vez que presionamos el botón, esperando ahí para servirnos en todo lo que le pidamos.

Usted podría replicar que la Biblia parece decir que Dios está dispuesto a darnos, prácticamente, cualquier cosa que le pidamos. Usted podría notar que Jesús dijo, "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá." (Mateo 7:7). Usted podría recordar que Jesús dijo, "Y todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis." (Mateo 21:22). Quizás note incluso que dijo, "que si dos de vosotros se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan aquí en la tierra, les será hecho por mi Padre que está en los cielos." (Mateo 18:19). Debemos ser muy cuidadosos de cómo manejamos estos versículos, teniendo cuidado de interpretarlos en su contexto. Piense en ello—a mucha gente le gustaría ver una cura para el cáncer. Estoy seguro que podría encontrar al menos a algunas personas que estarían de acuerdo conmigo en esto, así que si dos o tres de nosotros nos reuniéramos y nos pusiéramos de acuerdo en que una cura para el cáncer sería bueno, y luego oráramos por eso, ¿Estaría Dios obligado a responder? Jesús claramente dijo, "si dos de vosotros se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan aquí en la tierra... les será hecho," pero Él hizo esta declaración en el contexto de una gran cantidad de información acerca de la oración auténtica que ya le había dado a sus discípulos. No podemos simplemente venir al texto y seleccionar un versículo sin examinar todas las salvedades que nuestro Señor dio en Su enseñanza completa sobre la oración. Hacerlo sería arriesgarse a terminar con una visión mágica del asunto.

Una de las razones por las cuales nos vemos envueltos en supersticiones y prácticas impías es que somos criaturas de tiempo. Como resultado de ese hecho, somos ansiosos. No sabemos lo que traerá el mañana. Mi primera oración cuando era niño fue: "Ahora me acuesto a dormir. Le pido al Señor mi alma asistir. Si he de morir antes de despertar, ruego al Señor mi alma tomar." Esa última frase siempre me asustaba, la parte de morir antes de despertar. No sabía si iba a morir antes de despertar. En realidad, no ha cambiado mucho desde entonces. Yo no sé lo que esta tarde va a traer a mi vida. No sé lo que mañana, la próxima semana, o el próximo año va a traer a mi vida, y usted tampoco. Vivimos siempre al borde de la eternidad, como criaturas finitas. Y eso pone ansiedad en nuestras almas.

¿No es interesante que uno de los negocios más lucrativos en los Estados Unidos de Norteamérica en el siglo XXI, una época de gran avance educativo, una era de conocimiento explosivo, continúa siendo la práctica de la astrología.? Lo he dicho muchas veces, si les pido a mis estudiantes de seminario que nombren las doce tribus de Israel, estaría muy feliz de que pudieran nombrar ocho o nueve. Pero si les pido que nombren los doce signos del zodiaco, prácticamente cada uno de ellos, dado el tiempo suficiente, podría nombrarlos todos. No creo que eso signifique que estuvieran más en astrología que en historia bíblica, pero sí sugiere que la astrología es un fenómeno que está muy extendido en nuestra cultura. ¿Por qué? Porque queremos conocer el futuro.

Eso no es lo que significa vivir en la fe cristiana. Mi mañana y su mañana están en las manos de Dios. Hacemos nuestras peticiones delante de Él y confiamos nuestro porvenir a su soberanía. Me alegra que mi futuro no está en las manos de las estrellas o adivinos. Por el contrario, mi futuro está en manos de la voluntad del Dios soberano.

La Noche Oscura del Alma

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Sufrimiento](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

La noche oscura del alma. Este fenómeno describe una enfermedad que los más grandes de los cristianos han sufrido de vez en cuando. La enfermedad que provocó que David empapara de lágrimas su cama y que le ganó a Jeremías el apodo de "El Profeta Llorón." Fue la enfermedad que afligió tanto a Martín Lutero que su melancolía amenazaba con destruirle. Éste no es un ataque ordinario de depresión, pero es una depresión que está ligada a una crisis de fe, una crisis que viene cuando se siente la ausencia de Dios o se da lugar a una sensación de ser abandonado por Él. La depresión espiritual es real y puede ser grave. Nos preguntamos cómo una persona de fe puede experimentar tales bajones espirituales, pero lo que sea que los provoca no lo aparta de su realidad. Nuestra fe no es una acción constante. Se mueve. Vacila. Nos movemos de fe en fe y entretanto podríamos tener periodos de duda cuando gritamos: "Señor creo; ayúdame en mi incredulidad."

Podemos pensar también que la noche oscura del alma es algo completamente incompatible con el fruto del Espíritu, no solo el de la fe, sino también el del gozo. Una vez que el Espíritu Santo ha inundado nuestros corazones con un gozo indescriptible, ¿cómo puede haber lugar en el para tal oscuridad? Es importante que distingamos entre el fruto espiritual del gozo y el concepto cultural de la felicidad. Un cristiano puede tener gozo en su corazón mientras tiene depresión espiritual en su cabeza. La alegría

que tenemos nos sostiene durante esas noches oscuras y no se ahoga por una depresión espiritual. El gozo del cristiano es uno que sobrevive a todos los bajones de la vida. En su segunda carta a los Corintios, Pablo encomienda a sus lectores la importancia de predicar y comunicar el Evangelio a la gente. Pero a través de eso, él le recuerda a la iglesia que el tesoro que hemos recibido de Dios es un tesoro que no está contenido en vasos de oro y plata pero en lo que el apóstol llama “vasos de barro.” Por esta razón él dice: “Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios y no de nosotros. Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos; llevando siempre en el cuerpo por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.” (2 Cor. 4:7-10)

Este pasaje indica los límites de la depresión que nosotros experimentamos. La depresión puede ser profunda, pero no es permanente, ni es fatal. Toma en cuenta que el apóstol Pablo describe nuestra condición de varias maneras. Dice que estamos “afligidos, perplejos, perseguidos, y derribados.” Estas son imágenes poderosas que describen el conflicto que los cristianos deben resistir, pero en cada lugar que él describe este fenómeno, él describe al mismo tiempo sus límites. Afligidos en todo, pero no agobiados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos. Así que tenemos esta presión que resistir, pero la presión, aunque es severa, no nos agobia. Podremos estar confundidos y perplejos, pero el punto bajo al que nos lleva la perplejidad no ocasiona una desesperación total y completa. Aún en la persecución, y lo sería que ésta pueda ser, todavía no estamos abandonados, y podremos sentirnos abrumados y derribados como mencionó Jeremías, y todavía tener lugar para el gozo. Pensemos en el profeta Habacuc, quien en su miseria permaneció confiado en que a pesar de las dificultades por las que tuvo que pasar, Dios le daría “pies como los de las ciervas, y por las alturas me hace caminar.” En otro lugar, el apóstol Pablo al escribir a los Filipenses les amonestó de que “por nada estéis afanosos,” diciéndoles que la cura para la ansiedad se encuentra en sus rodillas, que es la paz de Dios que calma nuestro espíritu y disipa la ansiedad. De nuevo, podemos estar ansiosos y nerviosos y preocupados sin estar últimamente sometidos a la desesperación total.

Esta coexistencia entre la fe y depresión espiritual va paralela a otras declaraciones bíblicas de condiciones emotivas. Se nos dice que es perfectamente legítimo para los creyentes que sufran quebranto. Nuestro Señor era un varón de dolores y experimentado en quebranto. Aunque el quebranto pueda llegar a hasta las raíces de nuestras almas, no puede resultar en amargura. La pena es una emoción legítima, y en ocasiones hasta una virtud, pero no debe haber lugar en el alma para la amargura. De igual manera, vemos que es bueno ir a la casa del luto, pero aún en el luto, este sentimiento bajo no debe dar lugar a odio. La presencia de la fe no garantiza de la ausencia de depresión espiritual; pero de todas maneras, la noche oscura del espíritu siempre da lugar al resplandor del mediodía de la presencia de Dios.

Norma Nomata: Una Norma que es Normada

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Verdad](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

La palabra *credo* del Latín significa “yo creo”. Representa la primera palabra del Credo de los Apóstoles. A través de la historia de la Iglesia, ésta ha tenido que adoptar y aceptar afirmaciones de credo para clarificar la fe Cristiana y para distinguir el contenido verdadero del erróneo o de las representaciones falsas de la fe. Tales credos se diferencian de las Escrituras en que éstas son *norma normans* (“la norma que norma”), mientras que los credos son *norma normata* (“una norma que es normada”). Históricamente los credos Cristianos han incluido todo, desde afirmaciones breves a declaraciones completas. El credo cristiano más antiguo está fundamentado en el Nuevo Testamento, el cual declara que “Jesús es el Señor”. El Nuevo Testamento hace una declaración un tanto críptica acerca de esta afirmación, indicando que nadie puede decirla, excepto por obra del Espíritu Santo. ¿Qué debemos entender con esto? Por una parte el Nuevo Testamento nos dice que la gente puede honrar a Dios de palabra, mientras que sus corazones están lejos de Él. Lo cual equivale a decir que la gente puede recitar credos y hacer afirmaciones categóricas de fe sin realmente creer en ellas. Así entonces, ¿por qué dice el Nuevo Testamento que nadie puede confesar esto excepto por obra del Espíritu Santo? Quizá fue por el costo asociado a hacer esta afirmación de credo en el contexto de la antigua Roma.

El juramento de lealtad que debían hacer los ciudadanos romanos para demostrar su afiliación al imperio en general y al emperador en particular consistía en decir públicamente, “*Kaisar Kurios*,” que significa, “César es el señor”. En la Iglesia del siglo primero, los cristianos hacían todo lo posible para obedecer a los magistrados civiles, incluso a las medidas opresoras del César, y aún así, a la hora de afirmar públicamente que César es el señor, no podían hacerlo con una conciencia tranquila. Como sustituto de esta frase, los primeros cristianos hacían la afirmación diciendo “Jesús es el Señor”. Pero al hacer esto se provocaba la ira del gobierno romano, y en muchos casos, les costaba la vida. Por tanto, la gente tendía a no hacer esta afirmación pública a no ser que fueran motivados para ello por el Espíritu Santo. El simple credo “Jesús es el Señor”, o afirmaciones más extensas, tales como el Credo de los Apóstoles, dan una idea general de las enseñanzas básicas esenciales. Los credos resumen el contenido del Nuevo Testamento. Los credos también utilizaron ese resumen de contenido para excluir las herejías del siglo cuarto. En la afirmación del Credo Niceno, la Iglesia declara categóricamente su creencia en la divinidad de Cristo y en la doctrina de la Trinidad. Estas afirmaciones se consideraron verdades esenciales de la fe Cristiana. Eran esenciales porque si tales verdades no se incluían, cualquier afirmación de Cristiandad sería considerada falsa. Durante los tiempos de la Reforma, hubo una proliferación de credos, ya que la comunidad protestante sintió la necesidad, en vista de la acalorada controversia reinante, de hacer afirmaciones contundentes acerca de sus creencias y de cómo su fe difería de la teología de la Iglesia Católica Romana. Roma misma añadió sus propias afirmaciones de fe en el Concilio de Trento a mediados del siglo dieciséis en respuesta al movimiento protestante. Pero cada grupo Protestante, tales como los Luteranos, la Iglesia Suiza Reformada y la Iglesia Escocesa Reformada sintieron la necesidad de clarificar las verdades que ellos declaraban. Esto se convirtió en una necesidad, no sólo por los desacuerdos entre las diferentes iglesias Reformadas, sino también para clarificar la posición protestante frente a las distorsiones frecuentes que presentaban sus antagonistas Católico Romanos. La declaración confesional del siglo

diecisiete, conocida como la Confesión de Fe de Westminster, es una de las afirmaciones de credo más precisas y exhaustivas que se produjeron en la Reforma. Constituye un modelo de precisión y ortodoxia bíblica. Sin embargo, debido a su longitud y dimensión exhaustiva, resulta difícil encontrar a dos defensores de la Confesión de Fe de Westminster que estén de acuerdo en todos y cada uno de sus puntos. Por tanto, Iglesias que utilizan esta u otras confesiones similares, normalmente limitan los requerimientos de adherencia mediante un reconocimiento del “sistema de doctrina incluido”. Estos credos protestantes posteriores, no sólo tenían la intención de afirmar lo que ellos veían como partes esenciales de la Cristiandad, sino además clarificar los detalles de cada comunión religiosa específica que utilizaría tales confesiones de fe extensivas.

En nuestros días una fuerte aversión surge contra confesiones de fe de cualquier tipo o a cualquier nivel. Por una parte, el relativismo tan dominante en la cultura moderna previene cualquier confesión de verdades absolutas. Y no solo esto, sino que también hemos observado una reacción negativa muy fuerte contra la naturaleza racional y proposicional de la verdad. Afirmaciones de credo son un intento de mostrar un entendimiento coherente y unificado del alcance global de las Escrituras. En este respecto, se trata de declaraciones breves de lo que históricamente hemos conocido como “teología sistemática”. La idea de esta teología sistemática es el supuesto de que todo lo que Dios dice es coherente y sin contradicción. Así, a pesar de que estos credos no se crean por pura especulación racional, están escritos de manera que sean inteligibles y comprendidos por la mente. Sin tales confesiones, la anarquía teológica reinaría en la Iglesia y en el mundo.

Traición Cósmica (Mayo de 2008)

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Naturaleza del Pecado](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

“La pecaminosidad del pecado” suena como una redundancia vacía que no añade nueva información al tema de debate. Sin embargo, la necesidad de hablar de la pecaminosidad del pecado se nos impone debido a una cultura e incluso a una iglesia que ha disminuido la importancia del pecado en sí mismo. El pecado se define en nuestros días en términos de cometer errores o hacer malas elecciones. Cuando hago un examen o una prueba de escritura, si cometo una falta, fallo en una palabra en concreto. Una cosa es cometer una falta. Es otra muy distinta es mirar el examen de mi compañero y copiar sus respuestas para obtener una buena nota. En este caso, mi error ha ascendido a la categoría de transgresión moral. Aunque el pecado pueda estar implícito en el error cometido a consecuencia de haber sido perezoso al preparar el examen, la acción de hacer trampa lleva el acto a un nivel mucho más serio. Decir que “hacer malas elecciones” es pecado es verdad, pero también es un eufemismo que puede quitar importancia a la seriedad de la acción. La decisión de pecar es, ciertamente, una mala decisión pero de nuevo, es algo más que un simple error. Es un acto de transgresión moral.

En mi libro *La Verdad de La Cruz* dediqué un capítulo entero a tratar este tema de la pecaminosidad del pecado. Empiezo el capítulo con la anécdota de mi total incredulidad al recibir una edición de las citas *Bartlett's Familiar Quotations*. Aunque me alegré de

recibir este ejemplar gratuito, estaba perplejo pues no comprendía por qué alguien me lo habría querido enviar. Mientras ojeaba las páginas de citas que incluían frases de Immanuel Kant, Aristóteles, Tomás de Aquino y otros, me encontré para gran sorpresa, con una cita mía. Que se incluyera una cita mía en una colección con tantos pensadores importantes me sorprendió mucho. Estaba perplejo preguntándome qué podía haber dicho que mereciera ser incluido en esta antología, y la respuesta se encontraba en una sencilla frase que se me atribuía: “El pecado es traición cósmica.” Lo que quería decir con esa frase era que incluso el pecado más pequeño que una criatura comete contra su Creador, es un acto de violencia hacia la santidad del Creador, Su gloria y Su justicia. Cada pecado, por insignificante que parezca, es un acto de rebelión contra la soberanía de Dios quien reina y gobierna sobre nosotros y, como tal, es un acto de traición hacia el Rey cósmico.

La traición cósmica es una manera de explicar la noción de pecado, pero si examinamos las descripciones del pecado que hacen las Escrituras, vemos que hay tres que destacan sobre las demás. Primero, el pecado es una deuda; segundo, es una expresión de enemistad; tercero, se representa como un crimen. En el primer caso, nosotros, pecadores, somos descritos en las Escrituras como deudores que no pueden pagar sus deudas. En este sentido, no estamos hablando de deudas financieras, sino de una deuda moral. Dios tiene el derecho soberano de imponer obligaciones a Sus criaturas. Cuando no cumplimos dichas obligaciones, somos deudores hacia nuestro Señor. Esta deuda representa un fracaso por nuestra parte a la hora de cumplir con una obligación moral. La segunda manera en que se describe bíblicamente el pecado es como una expresión de enemistad. En este sentido, el pecado no se restringe únicamente a una acción externa que transgrede una ley divina. Más bien, representa un motivo interno, un motivo originado por una hostilidad inherente hacia el Dios del universo. En la iglesia o en el mundo rara vez se habla de que la descripción bíblica de la caída del ser humano incluye una acusación de que somos por naturaleza enemigos de Dios. En nuestra enemistad hacia Él, no queremos ni tenerlo en nuestros pensamientos, y esta actitud, es una muestra de hostilidad hacia el mismo hecho de que Dios nos ordena que obedezcamos Su voluntad. Como consecuencia de este concepto de enemistad, en el Nuevo Testamento se describe muy a menudo nuestra redención en términos de reconciliación. Una de las condiciones necesarias para que exista reconciliación es que previamente haya habido una enemistad entre al menos dos partes. Esta enemistad se da por supuesta con la obra de redención de nuestro Mediador, Jesús Cristo, que supera esta dimensión de enemistad.

La tercera manera en que la Biblia habla del pecado es en términos de transgresión de la ley. El Breve Catecismo de Westminster contesta a la decimocuarta pregunta “¿Qué es el pecado?” con la respuesta: “El pecado es cualquier forma de disconformidad o transgresión de la ley de Dios.” Aquí vemos que el pecado se describe como desobediencia, tanto pasiva como activa. Hablamos de pecados de comisión y de pecados de omisión. Cuando no cumplimos con lo que Dios exige de nosotros, podemos ver esta falta de conformidad con Su voluntad. Pero no somos culpables únicamente de no cumplir con lo que Dios exige de nosotros, sino que además hacemos de manera consciente aquello que Dios prohíbe. Por tanto, el pecado es una transgresión de la ley de Dios.

Cuando la gente viola las leyes de los hombres de un modo grave, hacemos referencia a sus acciones no como simples faltas sino en el análisis definitivo, como crímenes. De la

misma manera, nuestros actos de rebelión y transgresión de la ley de Dios no son vistos por Él como delitos menores; más bien, son delitos graves, son criminales en su impacto. Si consideramos seriamente la realidad del pecado en nuestras vidas, nos daremos cuenta de que cometemos crímenes hacia un Dios sagrado y hacia Su reino. Nuestros crímenes no son virtudes; son vicios, y cualquier transgresión hacia un Dios santo es criminal por definición. Hasta que no entendamos quién es Dios, no llegaremos a comprender realmente la seriedad de nuestro pecado. La seriedad de nuestras transgresiones no nos conmueve porque vivimos en medio de gente pecadora, donde las normas del comportamiento humano están dictadas por la cultura que nos rodea. Por supuesto que estamos a gusto en Sion, pero cuando el carácter de Dios se nos revela claramente y somos capaces de sopesar nuestras acciones, no en términos relativos con respecto de los demás humanos, sino en términos absolutos con respecto a Dios, Su carácter y Su ley, entonces empezamos a ser conscientes del carácter flagrante de nuestra rebelión.

Hasta que no consideremos a Dios seriamente, no podremos tomar en serio el pecado. Pero si reconocemos la justicia del carácter justo de Dios, entonces, como los antiguos santos, nos cubriremos la boca con las manos y nos arrepentiremos en polvo y cenizas ante Él.

El Orden de la Creación

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Creación](#)
Una parte de la serie [Article](#)

En la creación del mundo, Dios creó al hombre a su imagen. El término “hombre” es utilizado con un sentido genérico, ya que podemos ver que el hombre fue creado varón y hembra. En el orden de la Creación, el dominio sobre la tierra fue dado al hombre. En este aspecto, Adán y Eva servían como vice-regentes de Dios. Eva formó parte de este dominio; si consideramos que el dominio que tenía Adán era como una especie de reinado sobre la creación, Eva sería su reina. No obstante, está claro desde el punto de vista de la Creación que Eva ocupaba un puesto subordinado a Adán. Desempeñaba el papel de “ayuda idónea”. El movimiento feminista ha puesto en relieve varios asuntos relacionados a este orden de la Creación. Por ejemplo, los pasajes del Nuevo Testamento que hablan sobre la sumisión de las esposas a sus esposos y que sólo los hombres podían hablar en la iglesia han levantado enérgicas protestas. Se le ha acusado a Pablo de ser un machista del siglo I a la vez que otros han intentado ponerlo en un contexto histórico y relativizar estas reglas con el argumento de que solamente eran costumbres culturales pertinentes al siglo I, pero no al mundo moderno. También se ha sostenido que el principio de la sumisión es una ofensa para las mujeres, robándoles su dignidad y relegándoles a un nivel de individuos inferiores. Respecto a este último punto, la suposición errónea que se hace es que subordinación significa inferioridad o que la subordinación destruye la igualdad en cuanto a dignidad, inteligencia y valor. Lamentablemente, el machismo muchas veces ha sido impulsado por esta idea equivocada, con hombres que suponen que la razón por la cual Dios mandó a las mujeres a someterse a los maridos fue porque las mujeres fueran inferiores.

Desde el punto de vista de nuestro entendimiento de las personas de la Divinidad podemos ver que esta deducción es completamente falsa. Cuando hablamos de la

redención, el Hijo se somete al Padre y el Espíritu Santo se somete al Padre y al Hijo. Esto no significa que el Hijo es inferior al Padre, ni que el Espíritu Santo es inferior al Padre y al Hijo. Nuestro entendimiento de la Trinidad es que las tres personas de la Divinidad son iguales en existencia, valor y gloria. Son co-eternos y co-existentes. De la misma manera, en una jerarquía organizada no pensamos que sólo porque el vicepresidente es subordinado al presidente, el vicepresidente es inferior al presidente como persona. Es obvio que subordinación no se traduce por inferioridad.

La cuestión de que si la sumisión de las esposas a sus esposos en el matrimonio y las mujeres a los hombres en la iglesia es una mera costumbre cultural de los tiempos antiguos es una cuestión ardiente. Si de verdad estos asuntos fueran establecidos como costumbres culturales y no como principios vinculantes sería una injusticia aplicarlos a sociedades donde no pertenecen. Por otro lado, si fueron dados como principios transculturales por un mandato divino y los tratamos como meras convenciones culturales sería ofender al Espíritu Santo y rebelarnos contra Dios mismo. En otras palabras, si los pasajes bíblicos sólo reflejan el machismo del primer siglo rabínico judío, no merecen nuestra aceptación. Sin embargo, si Pablo lo escribió inspirado por el Espíritu Santo, y si el Nuevo Testamento es Palabra de Dios, entonces la acusación de machismo debe ser aplicado no sólo a Pablo sino también al Espíritu Santo mismo – una acusación que no se podría pasar por alto impunemente.

Si estamos convencidos de que la Biblia es Palabra de Dios y sus mandatos son mandatos de Dios, ¿cómo podemos discernir entre costumbres y principios? He escrito sobre este asunto de la cultura y la Biblia en mi libro *Conociendo las Escrituras (Knowing Scripture)*. En él menciono que a menos que lleguemos a la conclusión de que toda la Escritura son principios y por tanto válidos para todas las personas en todos los tiempos y lugares, o que la Escritura es una simple colección de costumbres locales condicionadas por la cultura sin ninguna relevancia o aplicación necesaria más allá de su contexto histórico inmediato, estamos obligados a descubrir algunas pautas para discernir las diferencias entre principio y costumbre. Para ilustrar este problema vamos a ver lo que pasa si mantenemos que todo en la Escritura es principio. Si este fuera el caso tendríamos que hacer cambios radicales en el evangelismo. Jesucristo mandó a sus discípulos “No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias...” (Lucas 10:4a). Si hacemos de este texto un principio transcultural tendríamos que evangelizar descalzos. Está claro que hay cuestiones bíblicas que reflejan una costumbre histórica. No se nos exige llevar el mismo tipo de ropa que llevaron las personas bíblicas, o pagar nuestro diezmo en shekel o denarios. Cosas como ropa o dinero están sujetas a cambios.

Una de las consideraciones más importantes a la hora de determinar la cuestión de principio o costumbre es si el asunto en cuestión incluye una ordenanza de la creación. Las ordenanzas de la creación se pueden distinguir tanto de leyes del antiguo pacto como mandatos del nuevo pacto. La primera consideración está relacionada con las partes de los diferentes pactos. En el Nuevo Testamento, el pacto está hecho para creyentes cristianos. Por ejemplo, los creyentes deben celebrar la Cena del Señor. Sin embargo, este mandato no se extiende a los no creyentes, que por el contrario se les advierte no participar en este sacramento. De la misma manera existen leyes en el Antiguo Testamento que sólo era de aplicación para los judíos.

Pero nos preguntamos, ¿quiénes son las partes del pacto de la Creación? En la Creación, Dios hace un pacto no simplemente con los judíos o con los cristianos, sino con toda la humanidad. Mientras existan seres humanos en la relación pactada con el Creador, las leyes de la Creación permanecen intactas. Están reafirmadas tanto en el antiguo pacto como en el nuevo. Si algo trasciende una costumbre cultural, es una ordenanza de la creación. Por tanto, es algo muy peligroso tratar el asunto de la subordinación en el matrimonio y en la iglesia como meras costumbres locales cuando queda claro que los mandatos del Nuevo Testamento para estas cuestiones se apoyan en el llamado apostólico de la Creación. Estos llamados indican claramente que estos mandatos no pretendían ser considerados como costumbres locales. El hecho de que la iglesia moderna muchas veces trata normas divinas como simples costumbres refleja no tanto el condicionamiento cultural de la Biblia sino el condicionamiento cultural de la iglesia moderna. Este es un caso en que la iglesia cede a la cultura local en vez de obedecer la ley trascendental de Dios. Si uno estudia una cuestión como esta con cuidado y es capaz de discernir si una cuestión es un principio o una costumbre, ¿qué debería hacer esta persona?.

Aquí entra en juego un principio de humildad, un principio establecido en el axioma del Nuevo Testamento de que lo que no viene de la fe es pecado. ¿Se acuerda del antiguo dicho “Si tienes dudas, no lo hagas”? Si somos demasiado escrupulosos y consideramos una costumbre como un principio no somos culpables de pecado – no hay pena si no hay delito. Por el otro lado, si tratamos un principio como si fuera una costumbre que se puede dejar a un lado seríamos culpables de desobediencia hacia Dios. Las ordenanzas de la Creación pueden modificarse, tal como se hizo con las leyes mosaicas respecto al divorcio, pero el principio aquí es que las ordenanzas de la Creación son normativas a menos que o hasta que sean modificadas explícitamente por revelación bíblica posteriormente.

Amor Abundante

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Amor de Dios](#)
Una parte de la serie [Article](#)

Complacencia de Amor

En la monumental biografía de Jonathan Edwards, George Marsden cita un pasaje de la *Narrativa Personal* de Edwards: “Desde que llegué a esta ciudad (Northampton), comúnmente he tenido una dulce complacencia en Dios en vista de sus gloriosas perfecciones, y la excelencia de Jesucristo. Dios me ha parecido, un ser glorioso y amoroso principalmente a consecuencia de su Santidad. La Santidad de Dios siempre me ha parecido el más amoroso de sus atributos” (p. 112).

Si tomamos nota del lenguaje de Edwards, la elección de sus palabras para describir su delicioso embelesamiento en la gloria de Dios, observamos su énfasis en la dulzura, amor y excelencia de Dios. El reporta que disfruta una “dulce complacencia” en Dios. ¿Qué quiere decir? ¿El término *complacencia* no es una palabra que utilicemos para describir un cierto engreimiento, el descansar en los laureles de uno mismo, un tipo de inercia perezosa que presta atención a un tipo de satisfacción superficial? Quizá. Pero aquí vemos un ejemplo vívido de cómo las palabras algunas veces cambian su

significado con el tiempo. Lo que Edwards quiso decir con “dulce complacencia” no tuvo nada que ver con una dosis contemporánea de engreimiento. En su lugar, tuvo que ver con sentido de placer. Este “placer” no debe ser entendido en un sentido tonto hedonista, o sensual, sino una delicia la cual es soberanamente placentera para el alma. Las raíces de este significado de “complacencia” (complacency) son trazadas por el diccionario Oxford de Inglés (vol. 3), donde el significado principal que se da es “el hecho o estado de estar complacido con una cosa o persona”. Se citan referencias para este uso de John Milton, Richard Baxter y J. Mason. Mason se cita, “Dios no puede tomar una verdadera complacencia en cualquiera, sino en aquellos que son como él”. Yo detallo el uso anterior del inglés de la palabra *complacencia* porque es usado en una forma crucial en el lenguaje de la historia y la teología ortodoxa. Cuando se habla del amor de Dios, distinguimos entre tres tipos de ese amor – el amor de la benevolencia, el amor de la beneficencia y el amor de la complacencia. La razón para estas distinciones es para hacer notar las diferentes maneras en la cual Dios ama a toda la gente, en un sentido, y la manera especial que El ama Su gente, los redimidos.

Benevolencia de Amor

La palabra *Benevolencia* se deriva del prefijo en Latín *bene*, el cual significa “bien”, o “bueno”, y es la raíz para la palabra voluntad. Las criaturas que ejercitan la facultad de la voluntad mediante la toma de decisiones son llamadas criaturas con libre albedrío. Aún cuando Dios no es una criatura, El es un ser de libre albedrío en la medida que El también tiene la facultad de la voluntad.

Todos estamos familiarizados con el relato de Lucas sobre el nacimiento de Jesús en el que los ejércitos celestiales alaban a Dios declarando: “Gloria a Dios en las alturas. Y en la tierra paz entre los hombres en quienes El se complace” (Lucas 2:8-14 LBLA). Aún cuando algunos alegan que la bendición es dada a los hombres de buena voluntad, el significado de raíz es el mismo. El amor de la benevolencia es la cualidad de buena voluntad hacia otros. El nuevo testamento está repleto con referencias de la buena voluntad de Dios a toda la humanidad inclusive en nuestras caídas. Aún cuando Satanás es un ser malévolos (uno que abriga la mala voluntad tanto hacia nosotros como hacia Dios), nunca se podrá decir propiamente de Dios, que El es malévolos. El no tiene malicia en Su pureza, no hay malicia en Sus acciones. Dios no se “deleita” en la muerte del malvado – aún cuando El la declara. Sus juicios sobre la maldad están enraizados en Su honradez, no en alguna malicia distorsionada en Su carácter. Así como un juez terrenal lamenta cuando manda al culpable al castigo, Dios se regocija en la justicia de ello pero no obtiene satisfacción del dolor de aquellos castigados justamente. El amor de la benevolencia o buena voluntad, se extiende a toda la gente sin distinción. Dios es amoroso, en este sentido, aún con los condenados.

Beneficencia de Amor

Este tipo de amor, el amor de la beneficencia, está estrechamente vinculado con la benevolencia de amor. La diferencia entre benevolencia y beneficencia es la diferencia entre disposición y acción. Puedo sentirme bien dispuesto hacia alguien, pero mi buena voluntad permanece desconocida hasta que o al menos yo la manifieste mediante alguna acción. Comúnmente asociamos la beneficencia con actos de bondad o caridad. Nos damos cuenta aquí que la misma palabra “caridad” es comúnmente usada como

sinónimo de amor. En el sentido de la beneficencia, los actos de bondad son actos de amor de beneficencia.

Jesús enfatizó este aspecto del amor de Dios en la enseñanza concerniente a aquellos que se benefician de la providencia de Dios: “Habeis oído que se dijo, ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo’. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque El hace salir Su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿que recompensa teneis?” (Mateo 5:43 ff LBLA) En este pasaje, Jesús impone la práctica del amor a nuestros enemigos. Dese cuenta que este amor no está definido en términos de sentimientos tibios, cariñosos o sanguíneos sino en términos de comportamiento. En este contexto, el amor es más un verbo que un sustantivo. Amar a nuestros enemigos es ser amorosos hacia ellos. Implica hacerles el bien. En este aspecto, el amor que debemos mostrar es un reflejo del amor de Dios hacia Sus enemigos. A aquellos que lo odian y lo maldicen a Él, Él les muestra el amor de la beneficencia. La benevolencia de Dios (buena voluntad) se demuestra por Su beneficencia (acciones bondadosas). Su sol y lluvia son dados de igual manera al justo y al injusto. Vemos que el benevolente amor de Dios y Su amor benéfico son universales. Se extienden a toda la humanidad. Pero aquí está la principal diferencia entre estos tipos de amor y el amor de la complacencia de Dios. La complacencia de su amor no es universal, ni es incondicional. Tristemente, en nuestro tiempo, el glorioso carácter de este tipo de amor divino es rutinariamente negado u oscurecido por una manta de universalización del amor de Dios. Para anunciar a la gente indiscriminadamente que Dios los ama “incondicionalmente” (sin distinguir de manera cuidadosa entre los tipos distintivos de amor divino) es promover un peligroso falso sentido de seguridad en los oyentes. El amor de la complacencia de Dios es la delicia y el placer especial que Él toma primero que nada en Su Hijo unigénito. Es Cristo quien es el amado por el Padre, supremamente; Él es el Hijo en cual el Padre está “complacido”.

Por adopción en Cristo, cada creyente participa en este amor divino de la complacencia. Es el amor disfrutado por Jacobo, pero no por Esaú. Este amor está reservado para el redimido en el cual Dios se deleita – no porque haya nada inherentemente amable o delicioso en nosotros – pero estamos tan unidos a Cristo, el Amado del Padre, que el amor que el Padre tiene por su Hijo se derrama sobre nosotros. El amor de Dios es tan complaciente y dulce para Él mismo – y para nosotros – como Jonathan Edwards lo entendió tan bien.

El Nuevo Nacimiento

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Conversión](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

La regeneración precede a la Fe. Esta afirmación que captura el corazón de la teología distintiva del pensamiento histórico Agustiniiano y Reformado, es la afirmación "parte aguas" que distingue esa teología de todas las formas de semi-Pelagianismo. Esto es, la distingue de casi todas las formas de semi-Pelagianismo. Hay una posición histórica de semi-Pelagianismo que aboga por la perspectiva de un beneficio universal que abarca a toda la humanidad como resultado de la expiación de Jesús. Este beneficio universal es la regeneración de todos los hombres - por lo menos al grado que los rescata de la

inhabilidad moral de su pecado original y ahora les da la capacidad de tener la habilidad de ejercer su fe en Cristo. Esta nueva habilidad de creer hace posible la fe, pero de ninguna manera la hace efectiva. Este tipo de regeneración no trae en su despertar la certeza de que aquellos quienes nacieron de nuevo pondrán de hecho su fe en Cristo. Por lo demás, de cualquier modo, la declaración, "La regeneración precede a la fe", es la posición "parte aguas" que causa apoplejía en la mente de los semi-Pelagianistas. Los semi-Pelagianistas argumentarían que a pesar de los estragos de la caída, el hombre aún tiene una isla de justicia que permanece en su alma, por la cual aún puede aceptar o rechazar la oferta de gracia por parte de Dios. Esta perspectiva, tan ampliamente sostenida en los círculos evangélicos, argumenta que uno debe creer en Cristo para poder nacer de nuevo, y de este modo el orden de la salvación se invierte en esta perspectiva al mantener que la fe precede a la regeneración.

Sin embargo, cuando consideramos la enseñanza sobre este asunto como se encuentra en el registro de Juan sobre la discusión de Jesús con Nicodemo, vemos el énfasis que Jesús pone en la regeneración como condición necesaria, un "sine qua non", para creer en Él. Le dice a Nicodemo en Juan 3:3: "En verdad, en verdad te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios". Nuevamente en los versículos 5-7, Jesús dice, "En verdad, en verdad te digo que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te asombres de que te haya dicho: 'Os es necesario nacer de nuevo'". Lo mandatorio de la regeneración de lo cual Jesús habla es necesario aún para ver el reino de Dios, más aún para entrar en él. No podemos ejercer nuestra fe en un reino al que no podemos entrar sino es por el renacimiento. La debilidad de todo el semi-Pelagianismo es que invierte en la carne caída y corrupta del hombre el poder de ejercer fe. Aquí, el hombre caído puede venir a Cristo sin regeneración, es decir, antes de la regeneración. Por otro lado, el axioma de que la regeneración precede a la fe, llega al mismo corazón del asunto histórico entre el Agustinianismo y el semi-Pelagianismo. En la perspectiva del Agustinianismo y el Reformismo, la regeneración se ve primero que nada como un trabajo sobrenatural de Dios. La regeneración es el trabajo divino de Dios el Espíritu Santo sobre las mentes y almas de la gente caída, por el cual el Espíritu aviva a aquellos quienes están espiritualmente muertos y los hace espiritualmente vivos. Este trabajo sobrenatural rescata a esa persona de su esclavitud al pecado y su incapacidad moral de inclinarse por sí mismo hacia las cosas de Dios. La regeneración, por ser un trabajo sobrenatural, es un trabajo que obviamente no puede ser logrado por un hombre natural por sí mismo. Si fuera un trabajo natural, no requeriría la intervención de Dios el Espíritu Santo.

En segundo lugar, la regeneración es un trabajo monergista. "Monergista" significa que es el trabajo de una persona que ejerce su poder. En el caso de la regeneración, es solamente Dios quien tiene la capacidad, y es solamente Dios quien ejecuta el trabajo de regeneración del alma humana. El trabajo de regeneración no es una actividad conjunta entre la persona caída y el divino Espíritu; es solamente el trabajo de Dios.

En tercer lugar, el trabajo monergista del Espíritu Santo es un trabajo inmediato. Es inmediato con respecto al tiempo, y es inmediato en relación al principio de operar sin intermediarios. El Espíritu Santo no usa nada más que Su propio poder para rescatar a una persona de la muerte espiritual a la vida espiritual, y cuando ese trabajo se logra, se logra instantáneamente. Nadie es regenerado parcialmente o casi regenerado. Aquí tenemos una situación clásica de "o es/o no es". Una persona o es nacida de nuevo, o no

es nacida de nuevo. No hay un periodo de nueve meses de gestación en relación a este nacimiento. Cuando el Espíritu cambia la disposición del alma humana, lo hace instantáneamente. Una persona puede no estar consciente de este trabajo interno logrado por Dios por algún tiempo después de que en realidad ha ocurrido. Pero aunque nuestra percepción de él puede ser gradual, la acción es instantánea.

En cuarto lugar, el trabajo de regeneración es efectivo. Esto es, cuando el Espíritu Santo regenera un alma humana, el propósito de esa regeneración es traer a esa persona a la fe salvadora en Jesucristo. Ese propósito se efectúa y es logrado como los propósitos de Dios en la intervención. La regeneración es más que darle a una persona la posibilidad de tener fe, le da la certeza de poseer esa fe salvadora.

El resultado de nuestra regeneración es primero que nada fe, la cual resulta entonces en justificación y adopción en la familia de Dios. Nadie nace en este mundo como hijo de la familia de Dios. Nacemos como hijos de ira. La única forma de entrar en la familia de Dios es la adopción, y la adopción ocurre cuando somos unidos al unigénito Hijo de Dios por la fe. Cuando somos unidos con Cristo por la fe, entonces somos adoptados por la familia en la que Cristo es el primogénito. La regeneración por lo tanto involucra un nuevo génesis, un nuevo comienzo, un nuevo nacimiento. Es por ese nacimiento por el que entramos a la familia de Dios por medio de la adopción. Finalmente, es importante ver que la regeneración es un regalo que Dios otorga soberanamente a todos aquellos a quienes Él determina traer para ser parte de Su familia.

El peso de la gloria: La importancia de C.S. Lewis

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Biografía Cristiana](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

C.S. Lewis salió a la luz como el icono del s. XX en el mundo de la literatura cristiana. Su gran trabajo, que combina el razonamiento intelectual agudo con la imaginación creativa dispar, le hizo famoso no sólo en el mundo cristiano sino también en el laico. Las Crónicas de Narnia y La trilogía del espacio, donde abunda el simbolismo cristiano dramático, las leyeron ávidamente aquellos sin interés alguno en el cristianismo, pero que gozaron de la absoluta fuerza del drama de las propias historias. C.S. Lewis, un experto en literatura inglesa, hizo también las veces de intelectual cristiano. Poseía una pasión que alcanzaba el mundo intelectual de su tiempo en representación del cristianismo. Mediante sus luchas personales con la duda y el dolor, fue capaz de allanar unos cimientos intelectuales sólidos en su propia fe. C.S. Lewis no tenía interés en un salto místico de fe desprovista del examen racional. Detestaba a aquellos que dejaban sus mentes en el lote del aparcamiento al acudir a la iglesia y estaba convencido que el cristianismo se trataba en el fondo de algo racional y defendible con el argumento sólido. Su obra mostraba el enlace del arte y la ciencia, de la razón y de la imaginación creativa dispar. Su don de la escritura creativa se correspondió con pocos de sus contemporáneos del s. XX. Fue realmente un genio literario capaz de expresar la profunda verdad cristiana a través del arte de manera similar a aquella conseguida por Bach con su música y por Rembrandt con su pintura. Incluso hoy día, su obra introductoria a la fe cristiana (*El cristianismo puro*) permanece como un bestseller perenne.

Cabe observar que a pesar de ser un experto literario, C.S. Lewis permanece como un laico en términos teológicos. Efectivamente, se trataba de un laico culto y estudiado, pero que no se benefició de las destrezas de la formación técnica de la teología. Algunas de sus observaciones teológicas indican una cierta falta de entendimiento técnico del que se le puede disculpar ciertamente. Su obra *El cristianismo puro* ha sido el único volumen más importante de la apologética conocida del mundo cristiano del s. XX. De nuevo, Lewis, con su estilo incomparable, fue capaz de llegar al quid del núcleo fundamental de la fe cristiana sin deformarlo en categorías simplistas. Su razonamiento, aunque fuerte, no fue siempre técnicamente sólido. Por ejemplo, en su defensa de la resurrección, utilizó un argumento que ha impresionado a muchos a pesar de su invalidez. Sigue un viejo razonamiento sobre que las reivindicaciones de la verdad de los escritores del Nuevo Testamento acerca de la resurrección de Jesús se verifican con su buena voluntad de morir por las verdades que propugnaron. Y la pregunta que se formula: ¿Qué resulta más fácil de creer: que esos hombres crearon un falso mito y luego murieron por esa falsedad o que Jesús realmente regresó de la sepultura? La respuesta a esta pregunta es sencilla a primera vista. Resulta mucho más fácil creer que los hombres fueron engañados con esta falsedad en la que creían realmente, y estarían dispuestos a dar sus vidas por ello, que creer que alguien regresó de la muerte. Tiene que haber alguna otra razón que apoye la reivindicación de la verdad de la resurrección de aquella de las personas dispuestas a morir por ella. Se podría observar la violencia de Oriente Medio y las 50.000 personas tan persuadidas por las verdades del Islam que eran capaces de sacrificarse con bombas suicidas. La historia está repleta de ejemplos de gente engañada que han muerto por sus falsas creencias, pero no está llena de ejemplos de resurrecciones. Sin embargo, a pesar de la falta de solidez de este argumento en especial, Lewis creó una gran impresión en las personas que se encontraban involucradas en sus exploraciones iniciales de las reivindicaciones de la verdad del cristianismo.

Hasta este día, las personas que no lean la biblia o literatura cristiana, cogerán *El cristianismo puro* y se encontrarán comprometidos con los procesos mentales agudos de C.S. Lewis. La iglesia tiene una gran deuda con este hombre por su falta de voluntad de capitular el irracionalismo que marcó tanto al pensamiento cristiano en el s.XX (un irracionalismo que produjo lo que muchos describen como un “cristianismo mecánico”). El cristianismo de C.S. Lewis se trata de algo consciente donde existe una unión maravillosa entre la cabeza y el corazón. Lewis era un hombre de gran sensibilidad al dolor humano y experimentó el crisol de la santificación a través del dolor y de la angustia personal. Su sensibilidad se desarrolló de tales experiencias y su habilidad para comunicarlo honorablemente. El ser creativo es la señal de profundidad, el ser creativo sin distorsión alguna resulta realmente raro y aún en las historias que C.S. Lewis hiló, los poderes de la creatividad alcanzaron niveles como nunca antes. Aslan, el león de Las Crónicas de Narnia, captura el personaje y la personalidad de Jesús; es simplemente asombroso. Creo que cada generación continuará beneficiándose de las apreciaciones plasmadas en papel por esta personalidad asombrosa.

El Mensajero

Por [R.C. Sproul](#) sobre [La Biblia](#)
Una parte de la serie [Article](#)

El ubicuo logo que aparece en la calcomanía de las ventanas de casi todas las florerías de América, indicando el servicio de E.F.T. (Entrega de Flores por Telegrama),^[1] muestra la imagen de la deidad mitológica a la que los romanos llaman Mercurio y los griegos Hermes. Mercurio (o Hermes) es representado con alas en el casco y alas en los pies. Estas alas eran usadas para alcanzar una velocidad sobrehumana, un atributo imprescindible para la deidad descrita como el “mensajero de los dioses”. El término “hermenéutica” contiene la misma raíz que utiliza el nombre del homólogo griego de Mercurio, Hermes. La raíz significa la entrega de un “mensaje”. Cuando leemos la Biblia, no creemos encontrar la sabiduría Olímpica de Zeus o Júpiter, sino la misma Palabra del Dios Más Alto. La Biblia es la palabra divina o el “mensaje” de Dios. Es el mensaje de Dios porque pertenece a Dios y viene de Dios. El Cristianismo Ortodoxo afirma lo infalible del mensaje divino y la inspiración de los autores humanos que Dios utilizó para entregar ese mensaje. Los profetas y apóstoles no originaron el mensaje; ellos eran simplemente el vehículo del mensaje, o los mensajeros nombrados por Dios. (Es irónico que el apóstol Pablo fue confundido una vez con el mismo Hermes).

El problema al que nos enfrentamos respecto a la interpretación bíblica es que, aunque el mensaje es infalible y los mensajeros están inspirados, los receptores del mensaje no son infalibles ni están inspirados (a menos que creas en la infalibilidad de la iglesia – lo cual sólo mueve el problema un paso más allá). El mensaje nos llega tarde o temprano, y podemos malinterpretar el mensaje y a los mensajeros. Por este motivo contamos con una ciencia llamada hermenéutica – para ayudarnos a obtener *la* interpretación correcta del mensaje bíblico. Nota que he dicho la interpretación correcta, no una interpretación correcta. He utilizado el artículo definido y no el indefinido. Asumo aquí que aunque puede haber 1.000 aplicaciones de un texto concreto, sólo hay un significado correcto. Decimos esto porque no creemos que la Biblia sea una nariz de cera que pueda moldearse dando forma a cualquier figura según el deseo subjetivo del lector. La hermenéutica clásica busca el significado objetivo de las Escrituras antes de que pueda ser debidamente aplicado al sujeto de la lectura. En las últimas décadas, el asunto del significado objetivo se ha convertido en un gran tema de discusión entre los estudiosos de la Biblia. En este momento, se está librando una guerra hermenéutica sobre este mismo punto. Por ejemplo, Rudolf Bultman argumentaba que el descubrimiento del significado objetivo de la Biblia no sólo no es posible, sino que no es deseable. Aquí la influencia de la filosofía subjetiva y existencial ha extraído el cuerpo de las Escrituras, y no sabemos dónde lo ha depositado.

La Reforma trajo consigo el énfasis en la búsqueda del sentido literal de la Biblia. Este principio a menudo se malinterpreta gravemente. Lo que Lutero quería decir con *sensus literalis* (sentido literal) de las Escrituras es que la Biblia debe ser entendida e interpretada como la literatura. Es un mensaje escrito que emplea una amplia variedad de formas y recursos literarios. Contiene narrativa histórica, cartas (epístolas), poesía, etc. Hace uso de la personificación, los símiles, aforismos, proverbios, sermones, hipérboles, y recursos por el estilo. Interpretar la Biblia “literalmente” es tratar la

narrativa como narrativa, la poesía como poesía, la didáctica como didáctica, el proverbio como proverbio, etc. Imponer las normas literarias de la poesía a la narrativa histórica o las normas de la narrativa a la poesía es distorsionar el significado del texto. En este aspecto, la Biblia, aunque no es como cualquier otro libro en cuanto a su inspiración y origen divino, deber ser leída como cualquier otro libro. La inspiración del Espíritu Santo no convierte un sustantivo en verbo ni la voz activa en pasiva, o el subjuntivo en indicativo. Ser responsable en la interpretación de las Escrituras requiere que aprendamos los rudimentos de la gramática y de la interpretación literaria.

Debido a que la Biblia ha sido traducida a una multitud de lenguas, es importante recordar que ninguna traducción se conforma exactamente palabra por palabra a los textos originales en hebreo y griego de la Biblia. Es por esto que muchos, si no la mayoría, de los seminarios requieren un estudio de las lenguas originales de la Biblia. La Biblia también fue escrita dentro de un contexto histórico. Será útil para el estudioso serio de las Escrituras saber algo sobre el contexto histórico en que la Biblia fue escrita. Esto nos ayuda a salvaguardarnos de la tendencia de leer nuestro propio contexto histórico y cultural en el texto de la Biblia. Estamos separados, cultural, histórica, y lingüísticamente por miles de años de los textos originales de la Biblia. Otro problema que encontramos al interpretar la Biblia es un problema lógico. Incluso si dominamos las lenguas antiguas en términos de vocabulario y gramática, y nos convertimos en expertos estudiosos de la historia y la cultura antiguas, no hay garantía de que interpretemos la Biblia con exactitud. Una de las causas más frecuentes de malinterpretación de las Escrituras es hacer deducciones ilegítimas de los textos. Es decir, cometemos errores de lógica, extrayendo conclusiones injustificadas de lo que leemos. Las reglas básicas de la lógica y la deducción lógica del texto son de vital importancia para una interpretación sólida. Por ejemplo, necesitamos saber la diferencia entre una deducción posible y una deducción necesaria. Déjame que lo ilustre. ¿Tenía Jesús, en su cuerpo resucitado, la capacidad de traspasar objetos sólidos como por ejemplo puertas? Tu manera de responder a la pregunta puede depender de cómo entiendes el significado del registro bíblico que describe cómo Jesús apareció antes Sus discípulos en la Sala Superior donde estaban reunidos. El relato nos cuenta que la puerta estaba cerrada “por miedo a los Judíos”. ¿Era el propósito de la inclusión de este detalle sobre la puerta una intención del autor para contarnos algo sobre el estado del cuerpo resucitado de Jesús o era simplemente llamar la atención sobre el estado de los discípulos (miedo) en el momento de la aparición de Jesús? La Biblia no afirma explícitamente que Jesús atravesara la puerta cerrada. Simplemente dice que Él apareció en medio de ellos. El texto puede implicar que Jesús atravesó un objeto sólido pero no lo declara explícitamente. El hecho de que atravesara objetos sólidos es una deducción posible extraída del texto, pero no es una deducción necesaria.

Esto no es más que un ejemplo de una multitud de textos que son utilizados para construir teologías o deducciones que son, ya sea meramente posibles, o en realidad ilegítimas. Estas son algunas de las razones por las que un estudioso prudente de la Biblia será diligente en el uso de buenos comentarios, ya que a menudo nos ayudan a evitar nuestras inclinaciones subjetivas a distorsionar el texto. El intérprete último de la Biblia es la Biblia misma. La norma básica de la hermenéutica bíblica es la “norma de la fe”, de que las Escrituras son sus propios intérpretes. No debemos insultar nunca al Espíritu de Dios interpretando las Escrituras de tal manera que no hagamos justicia con lo que las Escrituras dicen en otros sitios.

1. [↑](#) Nota del traductor: Las flores por telegrama datan de hace más de un siglo. Cuando alguien quería enviar flores a un ser querido de otra ciudad, el florista del pueblo le ayudaba contratando a un florista de su confianza en la ciudad de destino.

¿Qué Diferencia Hace?

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Predestinación y Elección](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

Pocas doctrinas, si es que hay alguna, generan tanto debate y rencor entre los cristianos como la doctrina de la elección. Es una de esas doctrinas que divide a las personas de manera tan drástica que llegan a denominarla como tema de no tener fin, cuando se discute sobre esta. La elección es también una doctrina acerca de la cual pocos se muestran indiferentes. Las pasiones se inflaman de lado y lado de la línea divisoria. Quienes se oponen, la ven como algo que denigra la importancia de la libertad humana y arroja una sombra oscura sobre la bondad de Dios. Los que la adoptan, aman la seguridad y el confort que les provee, así como el triunfo de la gracia divina que revela.

Pero bueno, si es tan divisiva, ¿por qué molestarnos con ella? Siendo alguien que tiene pasión por la doctrina, me preguntan a menudo: "¿Qué diferencia hace?" Estoy seguro de que a Martín Lutero le hicieron la misma pregunta varias veces. Tal vez por eso manifestó que la doctrina de la elección era el "corazón de la iglesia". Es interesante el hecho que el cuerpo de Lutero apenas estaba frío en la tumba cuando sus seguidores alteraron radicalmente y suavizaron su opinión sobre las futuras generaciones de luteranos, creando así contienda en el corazón de su iglesia. La elección importa en primer lugar, porque tiene que ver con el tema de la verdad de Dios. Si la opinión agustiniana de la elección es la opinión bíblica, y si la Biblia es verdad, entonces, esa doctrina de la elección es la verdad de Dios y todos los que son "de la verdad" tienen el deber de adoptarla y proclamarla. Por otro lado, si la opinión agustiniana/reformada no es bíblica y/o no es cierta, distorsiona la verdad de Dios y debe ser repudiada y abandonada.

En segundo lugar, la doctrina de la elección está vinculada a la garantía de nuestra salvación y por ella a nuestra santificación. Cuando Pedro enunció las virtudes que marcan el progreso de nuestra santificación, una lista sorprendentemente similar a la de Pablo sobre el fruto del Espíritu, añadió: "Así que, hermanos, sed tanto más diligentes para hacer firme vuestro llamado y elección de parte de Dios; porque mientras hagáis estas cosas nunca tropezaréis; pues de esta manera os será concedida ampliamente la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por tanto, siempre estaré listo para recordaros estas cosas, aunque vosotros ya las sabéis y habéis sido confirmados en la verdad que está presente en vosotros" (2 Pedro 1:10-12). Este es un fuerte y sobrio llamado apostólico a la debida diligencia. Es diligencia con respecto a la elección. Cuando un cristiano comprende la elección, la acepta y adquiere la seguridad de contarse entre los elegidos, se encuentra firmemente sólido en la verdad de Dios – tan establecido en esta verdad, que es liberado de la propensión a tropezar. La confianza y el crecimiento espiritual en santidad, van de la mano. Pedro refuerza este llamado más adelante, cuando declara que Dios no quiere que ninguno perezca (2 Pedro 3:9). "Ninguno" se refiere a la palabra "nosotros" como su antecedente, y el "nosotros", a su vez, a aquellos a quienes se les habla en las epístolas de Pedro, es decir, los elegidos.

Este versículo, lejos de perturbar o refutar la elección como afirman los enemigos de la elección, en realidad la confirma.

En tercer lugar, la doctrina de la elección reafirma la plena soberanía de Dios y descarta cualquier noción humanística o pagana de que la soberanía de Dios se ve limitada por la libertad humana. Tal opinión blasfema, coloca la Biblia al revés y hace que el hombre sea soberano en lugar de Dios. El punto de vista bíblico es que la libertad humana es real en la medida que se da, pero siempre está limitada por la soberanía de Dios.

En cuarto lugar, la doctrina de la elección vuelve pedazos cualquier fundamento para el orgullo y mérito humano. En esta doctrina, la misericordia de la gracia se manifiesta plenamente mientras la criatura se da cuenta de que no tiene nada de que presumir, porque su salvación es un don de gracia, sin mezcla alguna de mérito humano o acción determinante. Por último, debido a las razones anteriormente mencionadas y otras no exploradas aquí, la excelencia y majestad de Dios son tan exaltadas que la criatura, por medio del Espíritu Santo, despertará a la verdadera adoración. Ahora honramos a Dios como Dios y le declaramos nuestro mayor agradecimiento.

El ocaso de los ídolos

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Verdad](#)

Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

Friedrich Nietzsche, filósofo del siglo XIX, es conocido por su declaración “Dios ha muerto”. Este breve dictamen no da cuenta de la historia completa. Según Nietzsche, la causa del fallecimiento de Dios fue la compasión. Dijo: “Dios está muerto; murió de piedad”. Pero antes de que Dios, que era el Dios del Judeo-Cristianismo, pereciera, Nietzsche dijo que existía una multitud de deidades, tales como las que residían en el Monte Olimpo. Es decir que, en un tiempo, hubo una pluralidad de dioses. Todo los demás dioses desaparecieron cuando, un día, el Dios judío, Yahweh, se puso de pie en la reunión y dijo: “No tendrás otros dioses delante de mí”. Al escuchar esto, siguiendo el resumen satírico de Nietzsche, el resto de los dioses y diosas murieron. Murieron de risa.

En nuestro tiempo, en el que predomina el pluralismo en la cultura, puede hallarse tanta hostilidad hacia la idea de un Dios único como en la sátira de Nietzsche. Sin embargo hoy, la repugnancia hacia el monoteísmo no es un asunto gracioso. En la cultura del pluralismo, la virtud principal es la tolerancia, esto es, la idea de que todas las visiones religiosas deben ser toleradas, todas las perspectivas políticas deben ser toleradas. Lo único que no puede ser tolerado es la afirmación de exclusividad. Existe una antipatía intrínseca, inherente, a todas las aserciones de exclusividad. Decir que existe un solo Dios, es repulsivo para los pluralistas. Decir que un Dios no se ha revelado a sí mismo en una pluralidad de avatares a lo largo de la historia, es también repugnante. Un único Dios con un solo Hijo, es una deidad que genera desde ofensas hasta perjuicios, al proclamar un hijo exclusivo. No puede existir sólo un Mediador entre el hombre y Dios. Según los pluralistas actuales, debería haber varios. Igualmente, entre los pluralistas, también es una perogrullada la idea de que si hay un camino hacia Dios, entonces debe haber muchos caminos hacia Dios, y ciertamente, no puede aceptarse que haya uno solo. Las afirmaciones de exclusividad del cristianismo en términos de Dios, en términos de Cristo, en términos de la salvación, no pueden coexistir pacíficamente con los

pluralistas.

Además de la pregunta acerca de la existencia de Dios y su Hijo, y sobre la particular manera de salvación, también existe un rechazo a cualquier afirmación sobre la posesión de una fuente única de revelación divina. En el tiempo de la Reforma, fueron afirmadas las llamadas *solas* de la Reforma. Se decía que la justificación es por la sola fe (*sola Fide*), que es solo por Cristo (*solus Christus*), que es solo por la gracia (*sola Gratia*), y que es solo por la gloria de Dios (*solus Deo Gloria*). Pero quizás, el precepto de *sola Scriptura*, es el más repugnante para los pluralistas. La idea de *sola Scriptura* se refiere a la existencia una sola fuente escrita de revelación divina, que nunca puede ser ubicada en el mismo nivel que las declaraciones confesionales, los credos, o las tradiciones eclesiásticas. Solo la Escritura tiene la autoridad para limitar la concepción, justamente porque sólo la Escritura es la revelación de Dios todopoderoso. Para el pluralismo, son muchas las implicaciones de *sola Scriptura*. La siguiente, no es la menor de ellas: este principio conlleva una negación fundamental del carácter revelador de todos los libros de cualquier religión. Un partidario de *sola Scriptura* no cree que la palabra de Dios se encuentre en la Biblia y en el Libro de Mormón, en la Biblia y en el Corán, en la Biblia y en los Upanishads, en la Biblia y en el Bhagavad Gita; mas aún, la fe cristiana se basa en la afirmación acerca de la singularidad y exclusividad de que la Biblia, y sólo la Biblia, revela la palabra escrita de Dios.

El lema de los Estados Unidos es *e pluribus unum*. Sin embargo, desde el surgimiento de la ideología del pluralismo, el verdadero Unum de ese lema ha sido arrancado desde sus raíces. Lo que mueve al pluralismo es el antecedente filosófico del relativismo. Toda verdad es relativa; por lo tanto, una idea o fuente únicas, no pueden ser vistas como portadoras de ningún tipo de supremacía. La idea de la igual tolerancia bajo la ley de todas las religiones, ha sido incorporada en nuestro sistema legal. En el pensamiento de la gente, el pasar de igual tolerancia ante la ley a igual validación, no es más que un pequeño paso. El principio de que todas las religiones deberían ser tratadas de la misma manera ante la ley y que deberían gozar de iguales derechos, no implica, necesariamente, la inferencia de que entonces, todas las religiones son válidas. Hasta un examen somero y comparativo de las religiones del mundo, deja ver puntos radicalmente contradictorios entre ellas, y a menos que uno esté preparado para afirmar la verdad equivalente de las contradicciones, uno debe ser capaz de rechazar esta aseveración errónea. Lamentablemente, con una filosofía del relativismo y una filosofía del pluralismo, la ciencia de la lógica no interesa. La lógica es acompañada a la puerta y echada enérgicamente fuera de la casa hacia la calle. No hay espacio para la lógica en ningún sistema de pluralismo y relativismo. En efecto, es inapropiado llamar a cualquiera de ellos un sistema, ya que es la idea de una perspectiva consistente y coherente sobre la verdad, lo que es inaceptable para los pluralistas. El hecho de que la gente rechace las afirmaciones sobre una verdad exclusiva no invalida esas aseveraciones. Es el deber del cristiano el mantener firme la singularidad de Dios y Cristo, y no comprometerse con los partidarios del pluralismo.

Que No Seamos Dispersados

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Orgullo](#)

Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

Uno de los versos citados equivocadamente de forma más frecuente en la Biblia es Proverbios 16:18: “Delante de la destrucción va el orgullo, y delante de la caída, la altivez de espíritu”. La cita equivocada minimiza el verso, de forma que sencillamente dice, “El orgullo va delante de la caída”. Aunque esta cita errónea no es textualmente exacta, sí capta la verdad del proverbio. En efecto, el orgullo es el precursor de una caída y el iniciador de la destrucción. Vemos esto ilustrado de forma dramática en la narración bíblica de la Torre de Babel: “Toda la tierra hablaba la misma lengua y las mismas palabras. Y aconteció que según iban hacia el oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, fabriquemos ladrillos y cozámoslos bien. Y usaron ladrillo en lugar de piedra, y asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta los cielos, y hagámonos un nombre famoso, para que no seamos dispersados sobre la faz de toda la tierra. Y el SEÑOR descendió para ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres. Y dijo el SEÑOR: He aquí, son un solo pueblo y todos ellos tienen la misma lengua. Y esto es lo que han comenzado a hacer, y ahora nada de lo que se propongan hacer les será imposible. Vamos, bajemos y allí confundamos su lengua, para que nadie entienda el lenguaje del otro”. (Gen. 11:1–7).

La Torre de Babel fue el primer rascacielos del mundo, probablemente una escalera alta o ziggurat que llevaba connotaciones religiosas. Como Martín Lutero notó en sus *Sermones sobre Génesis*, en la Edad Media se desarrollaron todo tipo de mitos y leyendas extravagantes relacionados con esa estructura. Algunos argumentaban que fue construida como un refugio para que las personas pudieran escapar de otra inundación, ignorando la promesa de Dios de que nunca más volvería a destruir el mundo con un diluvio. Otros sostenían que la estructura alcanzaba una altura de 15 kilómetros, tan alta que desde ella se podían oír las voces de los ángeles cantando en el cielo. Pero estos cuentos especulativos pierden de vista lo fundamental y ofrecen una visión poco acertada sobre el tema. Como quiera que sea, la narración desarrolla el punto de vista de que la Torre de Babel en realidad no fue construida para honrar la gloria de Dios. Era un monumento que representaba el orgullo humano. Lutero observó: “Creo que sus motivos están expresados en las palabras, ‘Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre’. Estas palabras ponen en evidencia unos corazones petulantes y engreídos, que ponen su confianza en las cosas de este mundo sin confiar en Dios, y desprecian a la Iglesia porque carece de todo el poder y la pompa”. Más tarde añadió: “¿No fue éste un orgullo colosal y un gran desprecio por Dios, de manera que sin pedir consejo a Dios se atrevieron a llevar a cabo un proyecto tan inmenso bajo su propia responsabilidad?”

El motivo del orgullo se puede ver incluso más claramente en la arrogante declaración “hagámonos un nombre famoso”. En la Oración del Señor, la primera petición que Jesús nos instruyó que hiciéramos era que el nombre de Dios fuera santificado. Esta petición está claramente relacionada con los ruegos que siguen— “Venga a nosotros Tu reino, hágase Tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”. El reino de Dios está claramente presente en el cielo. Allí siempre se hace Su voluntad y allí Su nombre es santificado. Pero Su reino no está presente y Su voluntad no se hace donde Su nombre no es

santificado. En Sinar, los hombres buscaban santificar y exaltar sus propios nombres. Esto era la vuelta del Edén, donde se repitió la tentación de ser como dioses. La construcción de esta torre hacia el cielo era un intento de la apoteosis de la humanidad, la auto divinización de los hijos de los hombres. Esto muestra cómo piensa realmente la “Nueva Era”. Refleja lo que Pablo declara que es el pecado universal de la humanidad; la negación a honrar a Dios como Dios y de darle gracias (Rom. 1:21). El acto de construir la Torre de Babel fue un acto de apostasía. Estaba bajo el disfraz de la religión, como suele estar la apostasía, pero tal religión es la idolatría pagana que siempre busca adorar a la criatura antes que al Creador. Implica la sustitución de un dios falso por el Dios verdadero. Lutero comenta: “No fue un pecado en sí mismo erigir una torre, pues los santos hicieron lo mismo. . . Éste, sin embargo, es su pecado: atribuyen su propio nombre a la estructura. . .” En este acto, la verdadera adoración es reemplazada por una adoración centrada en el hombre.

Génesis nos cuenta que en respuesta a este acto humano de arrogancia excesiva, “el SEÑOR descendió para ver la ciudad y la torre que habían edificado los hijos de los hombres”. Esto recuerda a la situación del Edén, cuando Dios fue al jardín, provocando que Adán y Eva escaparan para ponerse a cubierto. No era como si el Dios omnisciente y omnipresente no estuviera al corriente de la situación. Más bien, la narración indica una visita de Dios mediante la cual llegó a estas personas para juzgarlas. El orgullo que antecede a la destrucción y el espíritu altivo que precede a la caída es una actitud de desafío hacia Dios. Es una actitud que asume que Dios no es consciente de lo que está sucediendo o, si lo es, no tiene el poder suficiente como para hacer algo al respecto. El pecado sin castigar evoca una falta de temor en el pecador por la que se vuelve incluso más descarado en su desafío. El pecador confunde la paciencia y el aguante de Dios con impotencia, y descuidadamente amontona ira hacia sí mismo para el día de la ira. Cuanto más se retrase el juicio, peor será éste cuando caiga.

El castigo que Dios asignó a Babel fue la confusión del lenguaje humano y la disgregación de un orden mundial unido. Este juicio golpeó en el corazón de la empresa humana, y apuñaló el núcleo de la actividad humana política y económica. Ahora las personas están agrupadas en órdenes políticos, mientras que una lengua común une a una nación en contra de otras naciones. Esto alimenta la hostilidad internacional, mientras las naciones se levantan contra las naciones. La barrera del lenguaje también representa un obstáculo mayor para el comercio internacional, agravando aún más la hostilidad y demostrando el axioma de que “cuando los bienes y los servicios cruzan las fronteras, los soldados rara vez lo hacen”. La desintegración de la armonía humana por medio de la confusión de las lenguas tiene consecuencias que alcanzan muchos ámbitos y son de larga duración. Lutero consideraba la confusión del lenguaje humano como un juicio más severo que el mismo Diluvio. ¿Cómo es eso? Después de todo, el Diluvio destruyó la población entera del mundo, excepto a Noé y su familia. El razonamiento de Lutero era el siguiente: El Diluvio sólo dañó a los humanos que estaban vivos en ese momento, mientras que la confusión de las lenguas dañó a toda la humanidad hasta el fin de los tiempos. La razón que Dios dio por este castigo en particular fue que nada pecaminoso que los seres humanos se propusieran hacer se lograría fácilmente.

La historia humana es el registro de criaturas que han buscado construir imperios para ellas mismas. Ningún imperio ha perdurado en el tiempo. Esto es verdadero tanto para imperios políticos como económicos. El único final posible para el orgullo es la

destrucción. Los orgullosos pueden aguantar una estación, pero antes o después caerán. Hoy nos movemos inexorablemente hacia un pueblo global unificado. El computador nos ofrece un lenguaje nuevo y universal. ¿Pero qué ocurre si el lenguaje de los computadores falla? ¿Qué ocurre si la economía global falla? ¿Dónde estará nuestro orgullo entonces?

¿Por mi bien?

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Sufrimiento](#)
Una parte de la serie [Tabletalk](#)

En 1993, mi esposa y yo sufrimos un accidente de tren muy fuerte que pasó a la historia. El choque entre el Sunset Limited contra la ensenada de la Bahía Mobile, mató más pasajeros que cualquier accidente de Amtrak en la historia. Sobrevivimos aquel espeluznante accidente pero sufrimos muchos traumas. Este desastroso accidente dejó a mi esposa con una ansiedad continua que no le permitía poder dormir en un tren por la noche. Este desastroso accidente me dejó con una lesión en la espalda que tomó quince años de tratamiento y terapia para recuperarme. Sin embargo, con las cicatrices de este trauma ambos aprendimos una lección importante sobre la disposición de Dios. Claramente, La disposición de Dios en este caso, para nosotros, fue una expresión de sus benevolencias bondadosas. También se ilustró un sentido inolvidable de la dulce misericordia de Dios. Tanto como estamos convencidos que las providencias de Dios son una expresión de su absoluta soberanía sobre todas las cosas, yo pensaría que una conclusión lógica de dicha convicción sería el final de toda ansiedad.

Sin embargo, no siempre es así. Por supuesto, nuestro Señor, Él mismo dio la instrucción a sus discípulos de estar ansiosos por nada y así se extendió a la iglesia. Su conciencia de las debilidades humanas expresadas en nuestros miedos se manifestó a través del saludo más común hacia sus amigos: “Sin miedo”. Todavía, somos criaturas quienes a pesar de nuestra fe, tenemos momentos de ansiedad y además de melancolía. Como todo estudiante nuevo y Cristiano nuevo, luché contra la melancolía y busqué el consejo de uno de mis mentores. Mientras relataba mis luchas, el dijo, “Ahora mismo, tú estás experimentando la mano pesada del Señor sobre tu espalda.” Nunca he considerado la mano de Dios como aquella que presiona hacia abajo sobre mi espalda o aquella que hace que yo luche. Me dijeron que rezara para que el Señor quitara su mano pesada de mi espalda. Con el tiempo, Él lo hizo, y me quitó la melancolía y gran cantidad de la ansiedad.

En otra ocasión, estaba discutiendo con un amigo, y le comenté sobre algunos de los miedos que me estaban plagando. Él dijo, “Pensé que creías en la soberanía de Dios.” “Yo creo,” le dije, “y ése es mi problema.” Le asombró la respuesta; y expliqué que sé suficiente sobre lo que explica la Biblia de las providencias de Dios y de su soberanía; sé que algunas veces, la disposición de la soberanía de Dios involucra sufrimiento y aflicción de las personas. Que estamos bajo el cuidado de una soberanía de Dios cuya disposición es benevolente. Esta no excluye la posibilidad de que él nos envíe a períodos de pruebas y tribulaciones que pueden ser terriblemente dolorosos. Aunque, creo en la palabra de Dios, que en medio de tal experiencia Él me dará la tranquilidad de su presencia y la certeza de mi liberación en la gloria. Mientras tanto, sé que la manera de aflicción y dolor puede ser difícil de soportar. La tranquilidad que disfruto al conocer las providencias de Dios, se mezcla a veces con

el conocimiento de que su disposición puede traer dolor. No busco anticipadamente la experiencia del dolor, más bien, hay momentos dónde es necesario para mí y para otros apretar los dientes y soportar la carga del día. Otra vez, no cuestiono el resultado de dicha aflicción, y al mismo momento, sé que hay aflicciones que pondrán a prueba los límites de mi fe y fortaleza. Ese tipo de experiencia y conocimiento hace que sea fácil de entender la tensión entre la confianza de la providencia de la soberanía de Dios y nuestra lucha con la ansiedad. Romanos 8:28, el cual es el favorito para muchos de nosotros, y el cual dice “Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito.” (LBLA). No hay ningún otro texto que demuestre claramente y magníficamente la belleza de la providencia de la soberanía de Dios que este texto. El texto no nos dice, que todas las cosas que nos pasan, son cada una de ellas buenas; más bien, dice que todas las cosas que pasan están trabajando juntas por nuestro bien. Ése es el plan maestro de la providencia de la salvación de Dios. Él trae cosas buenas de lo maligno. Él trae gloria del sufrimiento. Él trae alegría de la aflicción. Esta es una de las verdades de las sagradas escrituras para nosotros, más difíciles de creer. He tenido incontables momentos donde es fácil creer en Dios que momentos donde es difícil creer en Dios. La fe involucra vivir una vida creyendo en la palabra de Dios.

A medida que vivo la tribulación que sigue la vida en este lado de la Gloria, difícilmente pasa un día donde no soy forzado a leer el texto Romano 8:28 y recordarme a mí mismo que lo que estoy experimentando ahora mismo que me hace sentir mal, me da un sabor amargo, que es malo; sin embargo, el Señor está haciendo esto por mi bien. Si Dios no tuviera soberanía, nunca podría llegar a esa conclusión que me causa tranquilidad. Estaría siempre sujeto al miedo y a la ansiedad sin ningún alivio significativo. La promesa de Dios de que todas las cosas trabajan juntas por algo bueno, para aquellos que aman a Dios, es algo que debe entrar no solo en nuestras mentes, sino también debe entrar en nuestro sistema sanguíneo, de tal manera que sea un principio sólido por el cual se pueda vivir la vida. Creo que esta es la base sobre la cual el fruto del espíritu de la alegría se establece. Ésa es la base que hace posible para los Cristianos regocijarse aún cuando se esté en medio del dolor y la ansiedad. No somos estoicos quienes son llamados a que no muestren emoción en momentos difíciles en un concepto de destino nebuloso; más bien somos aquellos que deben alegrarse mucho porque Cristo ha superado al mundo. Esto es la verdad que ciertamente nos da alivio a todas nuestras ansiedades.

La muerte no tiene la última palabra

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Muerte & Morir](#)

Las armas del naturalismo secular, cuando se dirigen hacia la fe cristiana, se asemejan menos a escopetas y más a fusiles cuidadosamente apuntados. El objetivo principal del naturalista es la doctrina bíblica de la creación. Si la doctrina de la creación cae, todo lo concerniente al Judeo Cristianismo cae con ella. Cualquier escéptico comprende eso. De allí el constante ataque a Génesis 1. Pero junto con el ataque contra la creación divina viene el asalto a la enseñanza bíblica de un Adán histórico, que está involucrado en una caída histórica, el resultado de lo cual es la entrada de la muerte en el mundo. Si Adán puede ser confinado al género de la mitología y la caída junto con él, entonces veremos a la muerte como un fenómeno puramente natural sin relación con el pecado. Mucho

está puesto en juego con la enseñanza bíblica de la caída, porque esta doctrina está vinculada a la doctrina de la redención. La función histórica del primer Adán es igualada y superada por la vida histórica del último Adán, Jesucristo.

En el siglo XVIII, cuando Jonathan Edwards escribió su extenso tratado sobre el pecado original, no discutía sólo de enseñanza bíblica. Él sostenía también que si la Biblia misma no decía nada acerca de una caída histórica, la razón natural debería sugerir esa idea basada en la realidad de la presencia universal del pecado. Si el pecado es simplemente el resultado de las malas decisiones que algunas personas toman, podríamos asumir que al menos el 50 por ciento de la gente nacida en este mundo elegiría el camino correcto en vez del pecaminoso, que es tan dañino para nuestra humanidad. El hecho de que el 100 por ciento de la raza humana caiga en pecado, indica que debe haber un defecto moral inherente a la raza. Por supuesto, Edwards señala la caída, un evento histórico, para tenerlo en cuenta en este defecto fatal universal.

En la narración del Génesis, se nos dice que el alma que peque morirá. En Su advertencia a nuestros padres originales con respecto a la desobediencia, Dios declaró que "el día que coman de él seguramente morirán" (Gen. 2:17). Y continúa diciendo que el día que Adán y Eva desobedecieron a su Creador, no experimentaron la plenitud de lo que la traducción griega del Viejo Testamento llama thanatos (muerte física). Por esta razón, algunos han sostenido que la muerte que Dios prometió no era física, sino espiritual. Sin duda, la muerte espiritual llegó el mismo día que Adán y Eva pecaron. Pero el hecho de que ellos no experimentaron la muerte física ese día no fue el resultado de que Dios fuera permisivo con respecto a Sus advertencias y juicios. En cambio, fue el resultado de que Dios templara Su justicia con misericordia, permitiendo la redención de sus criaturas caídas, aun cuando Adán y Eva estaban todavía, en última instancia, destinados a sucumbir a la muerte física.

Desde la caída, cada ser humano nacido en este mundo, como un hijo natural de Adán, llega "M.A.L." Él está "muerto al llegar" en un sentido espiritual, cuando nace. Pero esta muerte espiritual no es lo mismo que la muerte biológica, aunque la muerte biológica es también el inevitable destino de todos los pecadores. Entonces, aunque llegamos muertos en un sentido espiritual, llegamos sin embargo biológicamente vivos. Durante nuestros días en este planeta, vagamos esperando la ejecución, viviendo bajo la carga de la sentencia de muerte que nos ha sido impuesta por el pecado. En Romanos 5, Pablo vincula la entrada de la muerte al mundo con el pecado. En versículos 12-14 él escribe:

Por lo tanto, así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron. En efecto, el pecado ya estaba en el mundo, antes de la Ley, pero cuando no hay Ley, el pecado no se tiene en cuenta. Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso en aquellos que no habían pecado cometiendo una transgresión semejante a la de Adán, que es figura del que debía venir.

Más adelante, en el versículo 17, Pablo continúa: "En efecto, si por la falta de uno solo reinó la muerte, con mucha más razón, vivirán y reinarán por medio de un solo hombre, Jesucristo, aquellos que han recibido abundantemente la gracia y el don de la justicia." Aquí Pablo está diciendo que aunque la ley Mosaica aún no había aparecido en las

tablas de piedra del Monte Sinaí, Dios había escrito Su ley tan indeleblemente en cada corazón humano, que esta ley estaba presente aún antes de Los Diez Mandamientos. La razón que Pablo sostiene para esa realidad, es que la muerte reinó de Adán a Moisés. Si la muerte es la pena por el pecado, y el pecado está definido en términos de transgresión a la ley, la conclusión que el apóstol enfatiza es que la muerte vino al mundo por la violación de la ley de Dios. Cuando el contraste entre el primer Adán y el último Adán, Jesucristo, es desarrollado en el Nuevo Testamento, vemos en la labor de Cristo la conquista sobre el último enemigo: la muerte. El puritano John Owen escribió un libro clásico titulado "*La Muerte de la Muerte en la Muerte de Cristo*". Owen decía que, en la muerte de Cristo, Él tomó sobre Sí la maldición que estaba inseparablemente ligada a la medida punitiva de la muerte. Para aquellos que ponen su fe en Cristo, esa maldición es removida, así que ahora, para todos los que están en Cristo, la muerte ya no es una maldición. Su aguijón ha sido removido. La burla de la tumba ha sido silenciada y ahora la muerte es meramente una transición desde esta vida a la siguiente. El contraste que es dado en el Nuevo Testamento no es que esta vida es mala y la siguiente es buena. Al contrario, el apóstol Pablo dice que esta vida es buena, pero morir y estar con Cristo es mejor. Entonces la muerte representa para el creyente una ganancia, un extraordinario logro.

Cuando cerramos nuestros ojos en la muerte, no cesamos de estar vivos; en vez de eso, experimentamos una continuación de la conciencia personal. Ninguna persona está más consciente, alerta y despierta que cuando pasa a través del velo entre este mundo y el próximo. Lejos de caer dormidos, somos despertados a la gloria en todo su significado. Para el creyente, la muerte no tiene la última palabra. La muerte se ha rendido al poder conquistador de Aquél que fue resucitado como el primogénito de muchos hermanos.

De la humillación a la exaltación

Por [R.C. Sproul](#) sobre [La Muerte de Cristo](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

Simplemente está allí. Se presenta como si sólo fuera una idea tardía al segundo capítulo del Génesis. Sin embargo, sabemos que no hay ideas tardías en el pensamiento e inspiración del Espíritu Santo. Por eso, revisamos este pasaje para que nos brinde una pista acerca de nuestra condición previa al sufrimiento del pecado. El versículo 25 del capítulo 2 dice: "Y estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, y no se avergonzaban" (LBLA). Esto nos dice que antes de que el pecado entrara en la tierra, no existía la vergüenza. No había turbación. La experiencia de la humillación era totalmente ajena y desconocida para la raza humana. No obstante, junto con la primera experiencia del pecado vino la terrible carga de la vergüenza y la turbación personal. La vergüenza y la turbación son sentimientos y experiencias que tienen lugar en nuestras vidas en distintos grados. El peor tipo de vergüenza, la forma más espantosa de turbación, es aquella que provoca una absoluta y completa humillación. La humillación trae consigo no solo el enrojecimiento del rostro avergonzado, sino también una

sensación de desesperación a medida que perdemos nuestra dignidad y que nuestra reputación es echada a la ruina.

Sin embargo, fue justamente en este ámbito de vergüenza y humillación donde ingresó voluntariamente nuestro Salvador en la encarnación. El cántico popular "Ivory Palaces" (Palacios de Marfil) describe este descenso desde la gloria, la partida voluntaria del Hijo del Hombre del palacio de marfil que es Su eterna morada. Él eligió, por voluntad propia, no hacerse de ninguna reputación, convertirse en un hombre y un servidor, obediente incluso hasta la muerte. Es esta humillación la que Jesucristo aceptó voluntariamente para sí mismo, la que está al comienzo de la progresión que Él experimenta en Su camino a la gloria y a Su exaltación final. La progresión, tal como la traza el Nuevo Testamento, parte de la humillación en el nacimiento de Jesús hacia Su exaltación en Su resurrección, ascenso y regreso. La cualidad de la exaltación es exactamente lo contrario, la fuerte antítesis, de la cualidad de humillación. En la exaltación, la dignidad no solo es restablecida sino que es coronada con la gloria que solo Dios puede otorgar. Y así, al considerar el asunto bíblico de la exaltación de Jesús, advertimos la manera en que el Padre recompensa a Su Hijo y declara Su gloria a toda la creación.

Se nos dice que nadie asciende al cielo excepto aquel que desciende del cielo, y se nos dice también, que en el bautismo se nos da la marca y la señal de nuestra participación con Jesús tanto en Su humillación como en Su exaltación. La promesa de participar en la exaltación de Cristo es concedida a cada creyente -pero hay un detalle. Hay una advertencia, y esa advertencia es clara: si no estamos dispuestos a participar de la humillación de Jesús, no tendremos ninguna razón para esperar participar en Su exaltación. Pero esa es la corona dispuesta ante nosotros, que nosotros, quienes no tenemos ningún derecho a la gloria y el honor eternos, los recibiremos, no obstante, por lo que ha sido alcanzado en nuestro lugar por nuestro perfecto Redentor.

En 1990, escribí un libro titulado *La Gloria de Cristo*. El escribir ese libro fue una de las experiencias más emocionantes que jamás haya tenido al escribir. En esa ocasión, mi objetivo era demostrar que aunque existe una progresión general desde la humillación a la exaltación en la vida y sacerdocio de Jesús, esta progresión no se desarrolla en una línea continua e ininterrumpida. Más bien, el libro explica que incluso en la progresión general de Jesús desde la humillación a la exaltación, en sus peores momentos de humillación, hay interposiciones de la gracia de Dios, en las que también se manifiesta la gloria del Hijo. Por ejemplo, al considerar el nacimiento de Jesús es fácil centrar nuestra atención en el puro empobrecimiento que sobrevino por el hecho de haber nacido en un establo y en un lugar donde no era bienvenido en la hostería y taberna local. Hubo una abrumadora sensación de degradación en la humildad de Su nacimiento. Pero, en el mismo instante que nuestro Señor ingresó en la humanidad en esas modestas circunstancias, a poca distancia, los cielos estallaron con la gloria de Dios brillando ante los ojos de los pastores con el anuncio de Su nacimiento como el Rey.

Incluso cuando va a la cruz, en los peores momentos de Su humillación, aún queda un indicio de Su triunfo sobre el mal, ya que Su cuerpo no es arrojado al basurero en las afueras de Jerusalem, sino que, de acuerdo con la profética predicción de Isaías, capítulo 53, el cuerpo de Jesús fue puesto a descansar, con ternura, en la tumba de un hombre adinerado. Su muerte fue ignómita, pero Su entierro fue uno de gran honor para la antigüedad. Su cuerpo fue adornado con las especias más dulces y los perfumes más

caros, y se le brindó un sepelio de honor. Por lo tanto, Dios, en medio del sufrimiento de Su obediente servidor, no permite que su Santidad vea la corrupción. Y por todas partes en las páginas de las Escrituras, vemos estos destellos aquí y allá, abriéndose paso entre el velo y la capa de humanidad de Jesús, atravesando la armadura de la humillación y la degradación que fue Su destino durante su estadía terrenal. Estos momentos o destellos de gloria deberían ser para los cristianos un anticipo de lo que les depara el futuro, no solo por la exaltación final de Jesús en la consumación de Su reino, sino también como una muestra para nosotros del cielo mismo, conforme nos convertimos en los herederos y coherederos de Jesús. La suerte final de Jesús, Su destino, Su legado, prometido y garantizado por el Padre, es la gloria, y esa gloria la comparte con todos aquellos que ponen su confianza en Él.

En palabras sencillas, los términos exaltación y humillación se presentan como polos opuestos. La gloria más esplendorosa de la verdad revelada por Dios y la ironía más conmovedora, es que en la cruz de Cristo estos dos polos opuestos se fusionan y se reconcilian. En Su humillación encontramos nuestra exaltación. Nuestra vergüenza es reemplazada por Su gloria. El compositor lo entendió correctamente y escribió: "Mi lado pecaminoso, mi única vergüenza, mi gloria, todo en la cruz". Por ejemplo, al considerar el nacimiento de Jesús es fácil centrar nuestra atención en el puro empobrecimiento que sobrevino por el hecho de haber nacido en un establo y en un lugar donde no era bienvenido en la hostería y taberna local. Hubo una abrumadora sensación de degradación en la humildad de Su nacimiento. Pero, en el mismo instante que nuestro Señor ingresó en la humanidad en esas modestas circunstancias, a poca distancia, los cielos estallaron con la gloria de Dios brillando ante los ojos de los pastores con el anuncio de Su nacimiento como el Rey.

Incluso cuando va a la cruz, en los peores momentos de Su humillación, aún queda un indicio de Su triunfo sobre el mal, ya que Su cuerpo no es arrojado al basurero en las afueras de Jerusalem, sino que, de acuerdo con la profética predicción de Isaías, capítulo 53, el cuerpo de Jesús fue puesto a descansar, con ternura, en la tumba de un hombre adinerado. Su muerte fue ignómita, pero Su entierro fue uno de gran honor para la antigüedad. Su cuerpo fue adornado con las especias más dulces y los perfumes más caros, y se le brindó un sepelio de honor. Por lo tanto, Dios, en medio del sufrimiento de Su obediente servidor, no permite que su Santidad vea la corrupción. Y por todas partes en las páginas de las Escrituras, vemos estos destellos aquí y allá, abriéndose paso entre el velo y la capa de humanidad de Jesús, atravesando la armadura de la humillación y la degradación que fue Su destino durante su estadía terrenal. Estos momentos o destellos de gloria deberían ser para los cristianos un anticipo de lo que les depara el futuro, no solo por la exaltación final de Jesús en la consumación de Su reino, sino también como una muestra para nosotros del cielo mismo, conforme nos convertimos en los herederos y coherederos de Jesús. La suerte final de Jesús, Su destino, Su legado, prometido y garantizado por el Padre, es la gloria, y esa gloria la comparte con todos aquellos que ponen su confianza en Él.

En palabras sencillas, los términos *exaltación* y *humillación* se presentan como polos opuestos. La gloria más esplendorosa de la verdad revelada por Dios y la ironía más conmovedora, es que en la cruz de Cristo estos dos polos opuestos se fusionan y se reconcilian. En Su humillación encontramos nuestra exaltación. Nuestra vergüenza es reemplazada por Su gloria. El compositor lo entendió correctamente cuando escribió: "Mi yo pecaminoso, mi única vergüenza, mi gloria, toda en la cruz".

Para la Gloria y la Belleza

Por [R.C. Sproul sobre Iglesia y Cultura](#)

La semana antes de Navidad, cursando yo tercero de primaria, mi abuela me llevó al centro de Pittsburgh para que comprara regalos para mi familia y, por primera vez en mi vida, para mi novia. Quería comprarle algo romántico, así que elegí un pequeño broche. A mi me parecía como si fuese de oro, pero en realidad no lo era. Sin embargo, pude hacer que le grabasen sus iniciales, y la dependienta me lo envolvió para regalo. Era un bonito regalo, y cuando se lo di a mi novia, ella se emocionó mucho. Eso debió haber sido una buena lección para mí, porque, después de tantos años, aun sigue gustándome regalarle joyas a la que era mi novia y hoy es mi esposa.

Me resulta interesante que gente de todas las edades y de todas las civilizaciones y culturas se sientan fascinadas con las joyas y con los metales preciosos, simplemente por su belleza. Estas cosas son valiosas para nosotros, no porque se puedan comer o puedan ser utilizadas como herramientas, sino porque sirven de adorno. Por su belleza intrínseca, realzan la belleza humana y el trabajo de las manos del hombre. Cuando Dios sacó de Egipto al pueblo de Israel y lo llevó al Sinaí para recibir su ley, ordenó la construcción del tabernáculo, el primer santuario. Las instrucciones para la construcción de esta ornamentada y espaciosa tienda, son asombrosas en su detalle. Dios les dio a los israelitas las medidas precisas para cada parte del tabernáculo, e instrucciones sobre los materiales que debían utilizarse. Pero incluso antes de darles estas instrucciones, Dios les ordenó a los israelitas que realizaran una ofrenda para el santuario. ¿Acaso les ordenó Dios a los israelitas que dieran dinero para comprar materiales de construcción? ¿Les dijo que donaran lona y postes de madera para la tienda? No, les mandó traer materiales muy diferentes. Dios dijo:

Di a los hijos de Israel que tomen una ofrenda para mí; de todo aquel cuyo corazón le mueva a hacerlo, tomaréis mi ofrenda. Y esta es la ofrenda que tomaréis de ellos: oro, plata y bronce; tela azul, púrpura y escarlata, lino fino y pelo de cabra; pieles de carnero teñidas de rojo, pieles de marsopa y madera de acacia; aceite para el alumbrado, especias para el aceite de la unción y para el incienso aromático; piedras de ónice y piedras de engaste para el efod y para el pectoral. Y que hagan un santuario para mí, para que yo habite entre ellos. (Ex. 25:2-8)

Es evidente que la mayoría de estos elementos, si no todos, no eran esenciales para la construcción de una tienda funcional. Obviamente, Dios no quería una tienda que fuese simplemente funcional. Él ordenó a los israelitas que proporcionaran elementos que engalanaran y embellecieran el tabernáculo. Más adelante, Dios les dio instrucciones igualmente detalladas sobre las prendas que usaría Aarón como sumo sacerdote. En estas instrucciones, Dios dijo algo muy interesante al ordenar a Moisés: "Y harás vestiduras sagradas para tu hermano Aarón, para gloria y para hermosura". (Ex. 28:2). Una túnica corriente para Aarón no bastaría; Dios quería que ejerciera su ministerio con prendas hábilmente tejidas y bellamente adornadas. En pocas palabras, el Dios del cielo y de la tierra está profundamente preocupado por la belleza y la valora.

La fe cristiana es como un taburete con tres patas, pero tenemos la tendencia a hacer nuestros taburetes con sólo una o dos patas. Las tres patas que corresponden a la fe

cristiana, los tres elementos de la fe, son el bien, la verdad y la belleza. Es evidente que Dios está preocupado acerca de la bondad, porque Él es la fuente de todo lo que es bueno (Gen. 1:31; Santiago 1:17). Puesto que somos Su pueblo, estamos llamados a reflejar lo que Él es, lo cual quiere decir que estamos llamados a reflejar la bondad. Del mismo modo, Dios está profundamente preocupado por la verdad, porque Él mismo es la esencia de la verdad (Isa. 65:16; Juan 14:6). Por lo tanto, tenemos que ser personas que amen la verdad y que la practiquen. Por último, como hemos visto, Dios está muy preocupado por la belleza. Al leer y estudiar las Escrituras, tenemos que llegar a la conclusión de que hay una fuente última de belleza: la naturaleza de Dios. Del mismo modo que el estándar para la bondad y la verdad es Dios, así el estándar último de la belleza es Dios, y Él está muy interesado en la belleza de su creación.

Sin embargo, con mucha frecuencia dejamos de reflejar este interés especial de Dios. Nos conformamos con lo utilitario y lo funcional en muchos aspectos de la vida de la iglesia, cuando deberíamos intentar alcanzar aquello que es verdaderamente hermoso. Cuando Dios construyó la iglesia, Él quería que fuera hermosa. Esto nos indica que hagamos lo que hagamos en la iglesia, debemos hacerlo con buen gusto. La vida de la iglesia debe estar adornada por la belleza como una expresión visible de nuestro deseo de honrar a Dios.

Las cosas de Dios

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Santificación & Crecimiento](#)

Una cosa es que un estudiante esté en desacuerdo con su profesor, pero otra cosa muy diferente es que un estudiante reprenda a su profesor por su forma de enseñar. Sin embargo, eso es lo que hizo el Apóstol Pedro precisamente. Él tuvo la desfachatez de confrontar la encarnación de la Palabra de Dios, al que encarna toda la verdad, y le reprendió por lo que Él estaba enseñando (Marcos 8:32).

Para empeorar las cosas, la palabra griega traducida como "reprender" se utiliza en la biblia en conexión con la condenación de los demonios. Cuando Jesús hizo callar a los demonios, Él lo hizo al reprenderlos, juzgándolos como dignos de condenación (Mateo 17:18; Marcos 1:25; 9:25; Lucas 4:35; 9:42). Es claro que la protesta de Pedro no fue suave. Él se paró frente a Jesús con gran hostilidad. El Apóstol que había dicho "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" y que había escuchado a Jesús decir "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás" (Mateo 16:16–17a) se atrevió a corregir y a amonestar a su Maestro. ¿Cuál fue la naturaleza de la reprensión de Pedro? Él dijo: "¡No lo permita Dios, Señor! Eso nunca te acontecerá" (Mateo 16:22b). Pedro estaba diciendo que todas las cosas que Jesús había predicho (su traición y ejecución), seguramente, no le pasarían a Él. ¿Por qué? Porque Pedro estaba preparado para evitar que pasaran. O eso creía él.

La respuesta de Jesús fue igual de fuerte. Marcos nos dice: "Mas Él volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro y le dijo*: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!, porque no tienes en mente las cosas de Dios, sino las de los hombres" (Marcos 8:33). Aquí aparece nuevamente la palabra griega que los escritores de los evangelios utilizaron para describir cómo Jesús le hablaba a los demonios. Allí, Marcos la utiliza para describir lo que Jesús le dijo a Pedro y las palabras de Jesús le hicieron entender a

Pedro la gravedad de su corrección, pues el Señor llamó a Su discípulo "Satanás". ¿Por qué equiparó Jesús a Pedro con el Diablo? Yo creo que fue porque Pedro presentó la misma tentación que el Diablo llevó a Jesús en el desierto, a comienzos de Su ministerio. En su registro de la tentación final de Jesús, Mateo escribe:

"Otra vez el diablo le llevó a un monte muy alto, y le mostró* todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrándote me adoras. Entonces Jesús le dijo*: ¡Vete, Satanás! Porque escrito está: "AL SEÑOR TU DIOS ADORARÁS, Y SOLO A ÉL SERVIRÁS." (Mateo 4:8–10).*

Satanás le pidió a Jesús que se postrara ante él. "Nadie lo verá", le sugirió. "Si lo haces, te daré todos los reinos de este mundo. No tendrás que pasar por la Vía Dolorosa. No habrá cruz, no habrá copa de ira, no habrá sufrimiento". La promesa de su tentación era la adquisición de un trono sin la experiencia de dolor y sufrimiento. Nuestro Señor resistió esa tentación tal como Él resistió todas las ofertas de Satanás. Sin embargo, Lucas nos dice que Satanás "se alejó de Él esperando un tiempo oportuno" (Lucas 4:13b). Aquí se deja entrever que Satanás no había terminado de tentarle. ¿Quién habría previsto que el "tiempo oportuno" le seguiría al mismo momento de la mayor confesión de fe entre los discípulos? ¿Quién habría previsto que Satanás hablaría a través del portavoz de los discípulos, el hombre que dijo "Tú eres el Cristo"? Pero Jesús reconoció el trabajo de Satanás de inmediato. Jesús le dijo a Pedro: "No tienes en mente las cosas de Dios, sino las de los hombres" (Marcos 8:33). Pedro no estaba mirando al Mesías desde el punto de vista de Dios, sino que estaba pensando en el Mesías como un líder político que libraría a los judíos de la subyugación de los romanos. Para Pedro, era inconcebible que el Mesías debiera sufrir, aún cuando el Antiguo Testamento decía que Él tenía que hacerlo. Jesús le mostró a Pedro que existen dos maneras de mirar las cosas: la manera de Dios y la manera de los hombres. Esta es la división entre la devoción y la impiedad. La persona devota se preocupa profundamente por las cosas de Dios, pero la persona impía no se preocupa por las cosas de Dios. Por el contrario, se preocupa por este mundo.

Necesitamos evaluarnos a nosotros mismos según este criterio de vez en cuando. Tenemos que preguntarnos: "¿Dónde está mi corazón? ¿Cuál es mi preocupación principal? ¿Me preocupan las cosas de este mundo o mi corazón late por las cosas de Dios? ¿Estoy buscando primero el reino de Dios y Su justicia? ¿O hay alguna otra prioridad, alguna ambición, alguna meta a la que está dedicada toda mi energía? Necesitamos preguntarnos estas preguntas especialmente si descubrimos que las enseñanzas de Jesús nos ofenden y nos motivan a cuestionarlo o, incluso, reprenderlo a Él. Que nunca seamos tan insensatos.

La Paz que Sobrepasa

Por [R.C. Sproul sobre Miedo y Ansiedad](#)

La Biblia es un libro que es más grande por dentro que por fuera. Míralo desde una perspectiva, y es un libro más o menos pequeño. Ocupa menos espacio en una repisa que un diccionario. Algunas versiones incluso se pueden llevar en el bolsillo. Sin embargo, si tenemos en cuenta todo lo que hay dentro de ella, es un libro bastante

grande. Nos prepara para toda buena obra (2 Tim. 3:16). Su riqueza puede y va a ocupar nuestras meditaciones hasta la eternidad.

Muchas, si no todas, las partes de la Biblia tienen la misma calidad. Jesús nos da el más famoso y más importante sermón de mayor alcance en toda la historia, y sin embargo, cubre sólo tres capítulos, Mateo 5-7. En esos capítulos cortos, Jesús nos dice cómo podemos recibir la bendición de Dios. Él habla de cómo su pueblo debe relacionarse con el mundo exterior, llamándonos a ser sal y luz. Él explica cómo el Sermón del Monte se refiere al primer “Sermón del Monte”, la entrega de la ley en Sinaí. Él amplía nuestro entendimiento de la ley de Moisés, diciéndonos cómo amar a los que están dentro del reino, y nos muestra cómo servir a los de afuera. Él nos enseña cómo orar y cómo ayunar, luego nos recuerda que nuestro tesoro está en el cielo. Todo esto encaja muy bien en un sermón tan significativo. Estos son asuntos de primera importancia; temas aptos para esta exposición cósmica. Pero luego, Jesús hace algo más que la mayoría de nosotros no esperaríamos — Él nos dice que dejemos de preocuparnos. ¿Por qué? ¿Por qué aquí? Seguro, el evitar la ansiedad es importante y valioso. ¿Pero no pudo haber esperado a otro sermón, para una ocasión menos auspiciosa? Muy pocos de los recién graduados de seminarios incluirían tal advertencia en su primer sermón. No muchos candidatos pastorales escogerían esta aplicación para cerrar su sermón de candidatura. Pero Jesús lo incluye. ¿Por qué?

Nuestra primera pista es esta — Jesús no sólo nos dice que no nos preocupemos. En cambio, Él nos dice que no deberíamos preocuparnos por esto: “Por eso les digo, no os preocupéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber, ni por vuestro cuerpo, ni qué habéis de vestir” (6:25). Más extraño aún, en este breve sermón, Jesús reitera este punto: “No os preocupéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿Qué beberemos?’ o ‘¿Con qué nos cubriremos?’ Porque los gentiles buscan todas estas cosas.” (vv. 31-32a). Jesús, en el Sermón del Monte, antes de que Él nos diga que busquemos el reino, nos dice cómo se ve la vida dentro del reino. Así es como amas, así es como oras, así es como obedeces. Y esto, nos dice, es lo que no haces — no se inquieten por lo que van a comer, lo que van a beber, lo que van a vestir. Esta mentalidad define a los habitantes del reino; nos separa de los gentiles. Esta es la marca de los cristianos. Les reconocerán, Jesús nos dice, no porque no tienen comida, bebida o ropa. Su Padre celestial sabe que, como los gentiles, ustedes necesitan estas cosas. Lo que te distinguirá del mundo a tu alrededor, lo que te va a separar, es que no te vas a preocupar. Estarás en paz. Vas a tener sólo una prioridad — buscar primeramente el reino de Dios y su justicia.

Debemos ser animados a recordar que Jesús predicó este sermón “al coro”. Es decir, Jesús no está regañando aquí a los escribas y fariseos. Está hablando a los suyos. Lo mismo es cierto con ese primer sermón del monte (Ex. 20). Mientras que todos los hombres en todo lugar no deben adorar dioses falsos o construir ídolos, mientras que todos los hombres deben honrar el nombre de Dios y su día de reposo, mientras que todos los hombres deben respetar a aquellos en autoridad, mantener el pacto, etc., aquí Dios está hablando a su pueblo. Él está diciendo, “Yo te rescaté de Egipto, porque eres mío. Te estoy llevando sobre alas de águila, porque eres mi pueblo. Te voy a establecer en una tierra que fluye con leche y miel, porque eres mi amado. Al llegar allí, asegúrense de no matarse unos a otros. No robes la propiedad de tu prójimo. Mantén el pacto con tu esposa.” De la misma manera, Jesús nos está diciendo que no nos preocupemos no porque nunca somos tentados a hacerlo, pero precisamente porque

somos tentados de esa manera. Él está predicando “al coro” porque no somos “niños del coro”. Nos preocupamos. Tenemos miedo. Seguimos los patrones de los gentiles.

Nuestro llamado, entonces, es doble. En primer lugar, tenemos que aprender a creer que nuestro Padre celestial se preocupa por nosotros. Jesús, en este sermón, hace esto muy claro. Dios provee para los pájaros y para los lirios del campo. Él sabe lo que necesitamos, y Él proveerá. En segundo lugar, sin embargo, debemos arrepentirnos de nuestros temores. Al final, esto es lo que marca al cristiano, no que estamos sin pecado, sino que por su gracia nos arrepentimos cuando caemos. Cuando nos arrepentimos, Él nos ha prometido que “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y de limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Cuando sobrepasa la paz, cuando se escapa de nuestras manos desesperadas, descansamos aquí, y así descansamos en la paz que sobrepasa todo entendimiento.

La santidad de Dios

Por [R.C. Sproul](#) sobre [La Gloria de Dios](#)

Una parte de la serie 2007 *Desiring God Conference for Pastors*

Las presentes notas han sido tomadas durante la sesión.

Isaías 6:1-8 En el año de la muerte del Rey Ozías...

La historia de Ozías se encuentra en el Segundo libro de las crónicas, capítulo 26. Se encontraba entre ese puñado de reyes buenos que había entre los reyes corruptos sobre los que leemos en la historia de Israel. En el campo de batalla, solo David lo superaba en logros. Hacía lo que era correcto, pero en la vejez se volvió orgulloso y concluyó su vida al igual que uno de los héroes trágicos de Shakespeare. En su orgullo, abusó de su papel como sacerdote y en ese mismo instante, Dios lo castigó con la lepra. El año 52 de su reinado terminó en vergüenza y desgracia...

Vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso...

Pero el trono de Israel no estaba vacante, pues el Señor lo ocupaba. La Biblia usa la palabra "Señor" de dos formas. Señor escrito en minúsculas es una especie de sinónimo para *adonai*. Es el título más elevado que se le otorga a Dios en el Antiguo Testamento, representando su soberanía absoluta. SEÑOR, escrito en mayúsculas, es *Yavé*. Pues este es el nombre sagrado e inefable de Dios. Así pues, "Señor" es el título elevado de Dios, y "SEÑOR" no es otra cosa que su nombre. El título, Señor, que se le reserva a Dios en el Antiguo Testamento, se le da a Cristo en el Nuevo Testamento. Por tanto, cuando se dice que Jesús posee el nombre por encima de cualquier otro nombre, no se trata del "Jesús" del que habla Pablo, sino curios, *adonai*. ...

y la orla de su manto llenaba el templo...

La orla del manto de un gobernante sirve como medida de su estatus. A él se le juzga por la tela y la esencia de su vestimenta. El manto de Dios llega hasta el borde de su trono y se desparrama por el santuario, llenando el templo en el que Él se sienta.

Y vi serafines en pie junto a él, cada uno con seis alas...

Las criaturas de Dios son adecuadas para el entorno en el que se desenvuelven. Los pájaros tienen alas y estructuras óseas ligeras porque el aire es su hábitat. Los peces tienen agallas, escamas y colas para vivir bajo el agua. Y los serafines poseen una anatomía que es funcional en su hábitat natural: la presencia de Dios. La de los serafines requería cierta aparatosis anatómica:

...con dos alas se cubrían el rostro...

Moisés le pidió al Señor en una ocasión que le permitiera ver su rostro. Pero Dios le contestó que no comprendía su pregunta. Dios le permitió echar un vistazo momentáneo a su espalda, pero no le permitió ver su rostro. Podría haber encontrado la muerte. Pero el problema no reside en la vista, sino en el alma. En las bienaventuranzas, ¿quién vislumbra a Dios? aquellos que son puros de corazón. Aquellas criaturas que se concibieron para vivir ante Dios, han de estar diseñadas para resistir ante su presencia.

...con dos alas se cubrían los pies...

Los pies son un símbolo de la existencia como criaturas. La voz del arbusto en llamas pide a Moisés que se quite los zapatos, por estar de pie en lugar sagrado. ¿Qué era lo que lo hacía sagrado? No era Moisés, sino la presencia de Dios. Los pies de Moisés representaban que él era de polvo. Incluso los pies de los ángeles representan su condición de criaturas.

...con dos alas se cernían... Y se gritaban uno a otro, diciendo: -« ¡Santo, santo, santo, el Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria! »

El mensaje de los serafines no tiene otro fin que el de proclamar la gloria de Dios, su peso, su esencia, su majestuosidad. Es esta gloria lo que provoca que los ángeles canten santo. ¿Por qué tres veces santo? Al igual que ahora resaltamos en negrita, en cursiva o mediante el subrayado, la repetición era la forma de los hebreos para dar énfasis. Pablo, en Gálatas 1:8-9, escribe dos veces que aquellos que prediquen un evangelio distinto han de quedar malditos. Y Jesús nunca utiliza un lenguaje incoherente, así que resulta significativo que el prefacio de sus palabras sea *amen, amen*; o en verdad, en verdad. En efecto, a lo que él se refiere es «Presta atención. ¡Es de gran importancia!» Así pues, los ángeles no se contentan con «¡Santo!» Y tampoco se contentan con enfatizarlo dos veces: «¡Santo!, ¡Santo!», sino que han de decirlo tres veces: «¡Santo!, ¡Santo! ¡Santo!» Lo elevan al tercer grado, al plano superlativo. Ningún otro atributo de Dios se ensalza como se hace con este. Ni el amor, ni la piedad, la justicia o la soberanía. Solo su santidad.

...Y temblaban los umbrales de las puertas al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo...

Si la santidad de Dios no te ilumina, es que no hay chispa en ti. Incluso las mudas estructuras de madera y piedra muestran sensatez al temblar en presencia de Dios.

Yo dije: « ¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos.»

Isaías fue un hombre de integridad y, sin embargo, una visión sobre la santidad de Dios casi le hace desmoronarse. Siempre y cuando nuestra vista se fije en el plano horizontal de esta tierra, no tendremos problemas. Pero en el momento que alcemos la vista al cielo y contemplemos lo que Dios representa, nos quebraremos. La seguridad y la presunción quedarán aniquiladas. Los santos no pueden si no temblar al vislumbrar a Dios. Cuando Isaías descubre quién es Dios, pronuncia un auspicio de condenación para sí mismo, una maldición. Esta primera vez en la que ve a Dios resulta ser también el momento en el que descubre lo que es él en verdad. Comprende que era un hombre de labios impuros cuya impureza era una epidemia, una pandemia.

...Y voló hacia mí uno de los serafines, con un ascua en la mano, que había cogido del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Mira: esto ha tocado tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado.»

Dios no permitió que su siervo se denigrara. Actuó con misericordia. Una misericordia severa. Le pone un ascua en los labios. Escuchad el siseo de la carne al quemarse, el grito ahogado de Isaías. Su pecado ha desaparecido, ha sido expiado. La bendición de Isaías no fue en absoluto barata. La bendición gratuita trae consigo algo de dolor. No se trataba, sin embargo, de atormentar a Isaías, sino de limpiarlo. Nuestro Señor cauterizó los labios de su siervo. Y perdonó su pecado.

Entonces escuché la voz del Señor, que decía: -«¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?» Contesté: «Aquí estoy, mándame.»

No sé cómo pudo hablar Isaías, pero cuando Dios pregunta a quién enviar, Isaías responde «Aquí estoy, mándame.» Cada uno de nosotros, quienes hemos sido ordenados en el sacerdocio de Cristo, posee esa vocación. Reflexionad sobre cuándo esa bendición os ocurrió a vosotros. Son miles los que reniegan del sacerdocio cuando ven que no hay ningún atractivo en ello. Sin embargo, siguen aludiendo a quién es al que servís. Lo único que nos cualifica para el sacerdocio es el conocimiento de nuestro perdón. Y que sabemos de la dulzura y majestuosidad de Dios, que ha limpiado nuestros labios.

El Sufrimiento y la Gloria de Dios

Una vez visité a una mujer que estaba muriendo de cáncer uterino. Estaba muy angustiada, pero no solamente por su sufrimiento físico. Me explicó que había tenido un aborto cuando joven y estaba convencida de que su enfermedad era una consecuencia directa de eso. En resumen, pensaba que su cáncer era el juicio de Dios sobre ella. La respuesta común de un pastor a una pregunta tan dolorosa por parte de alguien que está al borde de la muerte es decir que su sufrimiento no es el juicio de Dios por su pecado. Pero tenía que ser honesto, así que le respondí que no sabía. Tal vez fue el juicio de Dios, pero quizás no. No puedo entender el consejo secreto de Dios o leer la mano invisible de Su providencia, así que no sabía por qué sufría. Sin embargo, sabía que cualquiera que fuese la razón, había una respuesta para su culpa. Hablamos de la misericordia de Cristo y de la cruz y murió en fe.

La pregunta que hizo esta mujer la hacen todos los días quienes sufren una pena. La menciona uno de los pasajes más difíciles del Nuevo Testamento. En Juan 9, leemos: “Al pasar Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? Jesús respondió: Ni éste pecó, ni sus padres; sino que está ciego para que las obras de Dios se manifiesten en él.” (vv. 1-3).

¿Por qué los discípulos de Jesús pensaron que la raíz de la ceguera de este hombre era su pecado o el de sus padres? Seguro tenían cierta base para suponer eso, ya que las Escrituras, a partir del relato de la caída en adelante, dejan claro que la razón por la cual existen en el mundo el sufrimiento, la enfermedad y la muerte es el pecado. Los discípulos tenían razón al pensar que de alguna manera el pecado tenía que ver con el sufrimiento de este hombre. Además, hay ejemplos en la Biblia en donde Dios causa sufrimiento debido a pecados específicos. En el antiguo Israel, Dios castiga a Miriam, hermana de Moisés, con lepra porque dudó del papel de Moisés como vocero de Dios (Núm. 12:1-10). De igual manera, Dios cobró la vida del hijo de Betsabé por los pecados de David (2 Sam. 12:14-18). El niño fue castigado, no por algo que él hizo, sino por el resultado directo del juicio de Dios sobre David.

Sin embargo, los discípulos cometieron el error de particularizar la relación general entre el pecado y el sufrimiento. Supusieron que había una relación directa entre el pecado del hombre ciego y su sufrimiento. ¿Acaso no leyeron el libro de Job, que trata de un hombre que aunque inocente fue castigado severamente por Dios? Los discípulos se equivocaron al reducir las opciones a dos cuando había otra alternativa. Hicieron la pregunta a Jesús de una manera disyuntiva, cometiendo el error lógico del falso dilema, al suponer que el pecado del hombre o de sus padres era el causante de su ceguera. Los discípulos también parecen suponer que todo el que tiene una pena sufre en proporción directa al pecado cometido. Nuevamente, el libro de Job echa por tierra esa conclusión, ya que el grado de sufrimiento al cual Job fue llamado a llevar fue enorme en comparación al sufrimiento y las penas de otros mucho más culpables que él. Nunca debemos llegar a la conclusión de que una incidencia particular de sufrimiento es una respuesta directa o corresponde directamente a un pecado en particular de una persona. La historia del hombre que nació ciego hace esta observación. Nuestro Señor respondió la pregunta de los discípulos corrigiendo la suposición falsa de que la ceguera del hombre era consecuencia directa de sus pecados o los de sus padres. El Señor les aseguró que el hombre nació ciego no porque Dios lo castigara a él o a sus padres. Había otra razón. Y porque en este caso existía otra razón, siempre debe haber otra razón para las penas que Dios nos llama a soportar.

Jesús le respondió a Sus discípulos diciendo, “Ni éste pecó, ni sus padres; sino que está ciego para que las obras de Dios se manifiesten en él.” (v. 3). ¿Qué quiso decir? En pocas palabras, Jesús dijo que el hombre nació ciego para sanarlo en el momento justo, como testimonio de Su poder y divinidad. Nuestro Señor mostró Su identidad como Salvador e Hijo de Dios en esta sanación. Cuando sufrimos, debemos confiar en que Dios sabe lo que hace, y que trabaja en y a través del dolor y el sufrimiento de Su gente para santificarla y por Su gloria. Es difícil soportar un sufrimiento largo, pero esta dificultad se ve aliviada cuando escuchamos a nuestro Señor explicar el misterio en el caso del hombre que nació ciego, a quien Dios llamó a sufrir por muchos años por la gloria de Jesús.

Jesucristo, El Ungido

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Jesucristo](#)

A lo largo del Nuevo Testamento, encontramos muchos títulos para llamar a Jesús de Nazaret – “Hijo de Dios,” “Hijo del Hombre,” “Señor,” y otros. Sin embargo, el título que más se le da a Jesús en el Nuevo Testamento, es uno que nos es muy familiar, pero que no entendemos muy bien. Es el título de “Cristo.” ¿Por qué digo que no entendemos bien este título? Lo digo porque “Cristo” es utilizado tantas veces junto con “Jesús” que tendemos a pensar que es Su apellido. Sin embargo, “Cristo” no es un nombre secundario para Jesús; a Él se le hubiese conocido como “Jesús bar-José”, que significa “Hijo de José.” Más bien “Cristo” es el título supremo de Jesús. Pero, ¿qué significa?. El significado de Cristo proviene del Viejo Testamento. Dios prometió a los antiguos israelitas que un Mesías vendría a liberarlos de sus pecados. La idea del Mesías pasó al Nuevo Testamento bajo el título de Cristo. La palabra griega *Christos*, de la cual se origina la palabra Cristo en español, es la traducción del término hebreo *Mashiach*, que es la raíz de la palabra Mesías en español. *Mashiach*, a su vez, está relacionada con el verbo hebreo *masach*, que significa “ungir.” Por lo tanto, cuando el Nuevo Testamento habla de Jesucristo, se refiere a “Jesús el Mesías,” que literalmente significa, “Jesús el Ungido.”

En tiempos del Viejo Testamento, la gente era sometida a unguimiento cuando eran llamados a los oficios de profeta, sacerdote y rey. Por ejemplo, cuando Saúl se convirtió en el primer rey de Israel, el profeta Samuel ungió su cabeza con aceite de forma ceremonial (1 Sam. 10:1). Este ritual religioso se hacía para demostrar que el rey de Israel era elegido y dotado por Dios para el reinado. De igual manera, los sacerdotes (Ex. 28:41) y los profetas (1 Reyes 19:16) eran ungidos por orden de Dios. En cierto sentido, en el Viejo Testamento toda persona seleccionada y consagrada para un trabajo de servicio era un mesías, pues era quien recibía una unción. Pero el pueblo de Israel esperaba a ese individuo prometido quien sería no solamente un mesías sino el Mesías, el que sería escogido y consagrado de forma suprema por Dios para ser su Profeta, Sacerdote y Rey. Así que, al momento del nacimiento de Jesús, existía un fuerte sentido de anticipación entre los judíos, quienes habían estado esperando a su Mesías durante siglos.

Asombrosamente, cuando Jesús comenzó Su ministerio público, pocos lo reconocieron por quien era, a pesar de la evidencia abrumadora de que poseía una unción de Dios que superaba a la otorgada a cualquier otro hombre. Sabemos que existía gran confusión sobre Él aun después de haber ministrado por algún tiempo. En una ocasión, Jesús preguntó a Sus discípulos, ¿“Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” (Mat. 16:13b). Estaba sintiendo el pulso de Su cultura, buscando información acerca de los rumores sobre Él. Respondiendo la pregunta de Jesús, los discípulos repasaron algunas visiones: “Unos, Juan el Bautista; y otros, Elías, pero otros Jeremías o uno de los profetas” (v. 14). A Jesús se le identificaba con muchas personas, pero ninguna de estas especulaciones era correcta. Entonces, Jesús preguntó a sus discípulos, “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (v. 15b). Pedro respondió con lo que se conoce como la gran confesión, una declaración de la que creía que era la identidad de Jesús: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (v. 16). Con estas palabras, Pedro declaró que Jesús era el *Christos*, el *Mashiach*, el Ungido.

Luego Jesús dijo algo interesante. Le dijo a Pedro que estaba bendecido por tener este conocimiento de la identidad de Jesús. ¿Por qué dijo eso? Jesús explicó: “Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.” (v. 17). Pedro había recibido un conocimiento divino de que Jesús era el Mesías; no era algo que había percibido por habilidad propia. De nuevo, esto me sorprende porque uno pensaría que todo el que encontraba a Jesús lo reconocía inmediatamente como el Mesías. Después de todo, no falta información en el Viejo Testamento acerca de la venida del Mesías - dónde nacería, cómo se comportaría, y qué poder demostraría – y todos podían ver lo que Jesús había hecho – resucitar a los muertos, curar todo tipo de enfermedades y enseñar con mucha autoridad. Pero, por supuesto, no lo reconocieron. La unción de Jesús no fue evidente de inmediato. Muchas personas hoy en día tienen cosas positivas que decir acerca de Jesús como un modelo de virtud, un gran maestro, entre otras, pero no llegan a decir que Él es el Mesías. Esta es la gran división entre los cristianos y los no creyentes. Sólo quien ha vuelto a nacer puede confesar que Jesús es el Cristo. ¿Ustedes pueden?

Respondiendo a la Maldad

[La Por R.C. Sproul sobre Soberanía de Dios](#)

El Dr. John Gerstner, mi estimado mentor, tuvo ciertamente una forma de obtener mi atención y ayudarme a pensar más claramente. Todavía recuerdo cuando le dije que pensaba que el problema de la maldad es irresoluble. Habiendo notado que los mejores apologistas y teólogos en la historia de la iglesia no han respondido todas las preguntas surgidas por la existencia de la maldad en este mundo, le dije que ninguno resolvería jamás el problema en este lado de la eternidad. Él se volteó y me increpó. “¿Cómo sabes que el problema de la maldad nunca será resuelto. “Quizás tú u otro pensador son los elegidos por Dios para resolver este problema.”

Con todo el debido respeto al Dr. Gerstner, pienso que sobreestimada a sus estudiantes. No he cambiado mi opinión sobre el problema de la maldad desde esa conversación. En los muchos años que he enseñado filosofía, apologética, y teología, y en las muchas conversaciones que tuve con las personas heridas, permanece elusiva una respuesta completa al problema de la maldad. Sobretudo, los eventos recientes hacen que el problema parezca más agudo. Sólo en el año pasado, hemos tratado con terroristas que bombardearon el Maratón de Boston así como también en el tiroteo en la Escuela Primaria Sandy Hook (Sandy Hook Elementary School) en Connecticut. El Huracán Sandy mató a 300 personas en la parte Noreste de los Estados Unidos. Podríamos mencionar también los cientos de miles que murieron en los tsunamis en el 2004 y en el 2011. La lista es casi interminable.

Colocar un rostro humano sobre la maldad puede hacerla más comprensible—no es sorpresa que las personas malas hacen cosas malas. La violencia por naturaleza puede ser más problemática. ¿Cómo tratamos con los desastres naturales que no respetan a las personas sino que en vez de eso reclama indiscriminadamente las vidas de personas de

mayor edad, infantes, y los discapacitados junto con los niños y adultos sanos? “¿Cómo,” muchas personas—incluso los Cristianos—se preguntan, “¿podría un Dios bueno permitir que tales cosas sucedan?” No ha existido ausencia de especulación en el intento de responder estas preguntas. Los individuos de buena voluntad han sugerido incontables teodiceas—intentos en justificar y reivindicar a Dios por la presencia de la maldad en el mundo. En su libro del siglo XVIII titulado *Teodicea*, el filósofo Gottfried Leibniz intentó explicar la maldad sugiriendo que vivimos en el “mejor de todos los mundos posibles.” Otros pensadores han dicho que la maldad es necesaria para hacernos personas virtuosas o para preservar la realidad del libre albedrío. Tales respuestas fracasan en satisfacer las aclaratorias, y generalmente sacrifican la soberanía de Dios en el proceso. No pienso que Dios nos haya revelado una respuesta final y concisa al problema de la maldad y el sufrimiento. Sin embargo, eso no quiere decir que Él haya estado silencioso sobre el problema. La Escritura nos da algunas instrucciones específicas:

Primero, la maldad no es una ilusión—es completamente real. Algunas religiones enseñan que la maldad es irreal, pero la Biblia nunca minimiza la verdad de la miseria y el dolor. Además, los personajes bíblicos nos muestran un desprendimiento estóico de que la maldad no es la respuesta correcta. Ellos desgarran sus ropas, ofrecen sus lamentos a Dios, y lloran lágrimas verdaderas. Nuestro Salvador por Sí Mismo caminó la *Via Dolorosa* como el *Hombre de los Pesares* que sabía de nuestra lástima.

Segundo, Dios no es caprichoso ni arbitrario. Él no actúa de forma irracional, ni Él muestra o permite la violencia en vano. Eso no significa que siempre sepamos por qué una maldad en particular ocurre en un lugar o tiempo dado. Debido a que no sabemos todas las razones detrás de cada maldad en particular, podemos hacer conexiones fáciles entre la culpa y el desastre, entre un pecado de una persona y la maldad que le ocurre. Los textos que incluyen el libro de Job y Juan 9 nos mantienen declarando universalmente que el dolor es un castigo específico por un pecado específico. Eso quiere decir que cuando ocurren los desastres inexplicables, debemos decir con Martin Luther, “Deja a Dios ser Dios.” El clamor de Job de que “El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor” (Job 1:21) no fue una visualización superficial de piedad o una negación de dolor. Job mordió su labio y tomó con fuerza su estómago para que así permaneciera fiel en el medio de la tragedia y el sufrimiento absoluto. Job sabía quién era Dios, y se rehusó a maldecirlo.

Tercero, este no es el mejor de todos los mundos posibles. Este mundo está arruinado. El sufrimiento está aquí solamente porque el pecado se ha deteriorado otra forma de una buena creación. Por supuesto, eso no quiere decir que todo el sufrimiento tiene conexión con un pecado en particular o que podemos bosquejar una correlación uno a uno entre el grado del pecado de una persona y el grado de su sufrimiento. Sin embargo, el sufrimiento pertenece al complejo completo del pecado que las personas visitan sobre este mundo. Mientras la creación sufre de la violencia del hombre, ella devuelve esta violencia. La Biblia nos cuenta que la creación se enfurece con sus maestros y explotadores humanos. En vez de auxiliar a la tierra sabiamente y reabastecerla, nosotros la explotamos y contaminamos. Hasta que Cristo regrese con los nuevos cielos y tierra, trataremos con tempestades, terremotos e inundaciones. Hasta entonces, anhelaremos una creación renovada.

Finalmente, la maldad no es el extremo. La Cristiandad nunca niega el horror de la maldad, pero tampoco nombra que la maldad tiene algún poder por encima o igual a Dios. La palabra final de las Escrituras sobre la maldad es el triunfo. La creación se queja a medida que espera su redención final, pero este gemido no es inútil. Por encima de toda la creación permanece el Cristo resucitado—Cristo Vencedor—quien ha triunfado sobre los poderes de la maldad y hará todas las cosas nuevas.

Basado en la Gracia

Por [R.C. Sproul](#) sobre [Las Doctrinas de Gracia](#)
Una parte de la serie [Right Now Counts Forever](#)

El histórico debate entre el Protestantismo y el Catolicismo romano a menudo se enmarca en los términos de una discusión de la fe frente a las obras y / o el mérito frente a la gracia. Los reformadores magistrales expresaron su opinión sobre la justificación a través de una taquigrafía teológica de lemas en latín, y las frases que utilizaban — *sola fide* y *sola gratia* — se han afianzado profundamente en la historia protestante. *Sola fide*, o “sólo fe,” niega que nuestras obras contribuyan al fundamento de nuestra justificación, mientras que *sola gratia*, o “sólo gracia”, niega que cualquier mérito propio contribuya a nuestra justificación. El problema de los lemas es que, en su función de taquigrafías teológicas, pueden ser fácilmente malinterpretadas o empleadas como licencia para simplificar temas complejos excesivamente. Así, cuando la fe se distingue radicalmente de las obras, algunas distorsiones se cuelan en nuestro entendimiento con facilidad. Cuando los reformadores insistían en que la justificación sólo era por fe, no querían decir que la fe en sí fuera otro tipo de obra más. Al procurar excluir las obras del fundamento de nuestra justificación, no querían sugerir que la fe no contribuyera en nada a la justificación.

EL CORAZÓN DEL PROBLEMA

Se puede decir que el núcleo del debate del siglo XVI sobre la justificación era la cuestión sobre el fundamento de la justificación. La base de la justificación es el fundamento por el que Dios declara justa a una persona. Los reformadores insistían en que según la Biblia el único fundamento posible para nuestra justificación es la justicia de Jesucristo. Esto es una referencia explícita a la justicia con la que vivió Cristo su propia vida; no se trata de la justicia de Jesucristo *en* nosotros sino la justicia de Jesucristo *para* nosotros. Si nos plantamos de lleno ante la cuestión del fundamento de la justificación, vemos que *sola fide* es un lema taquigráfico no sólo para la doctrina de la justificación por la fe, sino también para la idea de que la justificación es sólo mediante Jesucristo. Dios nos declara justos ante Su presencia sólo en, a través, y por la justicia de Jesucristo.

Que la justificación es sólo por fe significa sencillamente que es *por* o a través de la fe de la manera en la que se nos imputa la justicia de Jesucristo a nuestra cuenta. Por tanto, la fe es la causa instrumental, o el medio, por el cual establecemos una relación con Cristo. Roma enseña que la causa instrumental de la justificación es el sacramento del bautismo (en primer lugar) y el sacramento de la penitencia (en segundo lugar). A través del sacramento, la gracia de la justificación, o la justicia de Jesucristo, se infunde (o se vierte) en el alma del destinatario. Por lo tanto, la persona debe consentir y cooperar con

esta gracia infundida hasta tal punto que la verdadera justicia *sea inherente* al creyente, en cuyo caso Dios declara justa a esa persona. Para que Dios justifique a una persona, primero la persona debe *volverse* justa.

Por consiguiente, Roma cree que para que una persona se vuelva justa necesita tres cosas: gracia, fe, y Jesucristo. Roma no enseña que el hombre se pueda salvar a sí mismo por su propio mérito sin gracia, por sus propias obras sin fe, o por sí mismo sin Jesucristo. ¿Así que por qué se armó tanto alboroto? Ni los debates del siglo XVI, ni las más recientes discusiones y declaraciones conjuntas entre Católicos y Protestantes han sido capaces de resolver el tema clave del debate, la cuestión del fundamento de la justificación. ¿Es la justicia *imputada* de Jesucristo o la justicia *infundada* de Jesucristo? En nuestros días, muchos de los que se enfrentan a este conflicto secular simplemente se encogen de hombros y dicen, “¿Y qué?” o “¿Cuál es el problema?” Ya que ambas partes afirman que la justicia de Jesucristo es necesaria para nuestra justificación, y que igualmente necesarias son la gracia y la fe, investigar más a fondo en otras cuestiones técnicas parece una pérdida de tiempo o un ejercicio de pedante arrogancia teológica. Cada vez, más y más personas piensan que este debate es como hacer una montaña de una tempestad en una tetera.

DOS PERSPECTIVAS

Bien, ¿cuál es el problema? Intentaré responder a esta pregunta desde dos perspectivas, una teológica, y otra personal y existencial. El gran problema teológico es la esencia del Evangelio. Los problemas no van mucho más allá. La Buena Nueva es que la justicia que Dios exige a sus criaturas fue lograda *para* ellos por Jesucristo. La obra de Jesucristo *cuenta* para el creyente. El creyente está justificado en base a lo que Jesucristo hizo por él, fuera de él y aparte de él, no por lo que Jesucristo hace en él. Según Roma, una persona no está justificada hasta que o a menos que la justificación sea inherente a ella. La persona obtiene la ayuda de Jesucristo, pero Dios no calcula, transfiere o le imputa la justicia de Cristo a esa persona.

¿Y qué significa esto personal y existencialmente? La visión de Roma infunde desesperación en mi alma. Si tengo que esperar hasta que yo estoy inherentemente justo para que Dios me declare recto, me queda una larga espera. Según Roma, si cometo un pecado mortal perderé toda la gracia que ahora mismo me justifica. Incluso si la recupero por medio del sacramento de la penitencia, todavía tengo que enfrentarme al purgatorio. Si muero con cualquier impureza en mi vida, debo ir al purgatorio para "purgar" todas las impurezas, y esto puede tardar miles y miles de años en llevarse a cabo. Qué diferencia tan radical comparado con el Evangelio bíblico, que me garantiza que la justificación ante Dios es mía en el momento en que pongo mi confianza en Jesucristo. Porque su justicia es perfecta, no puede aumentar ni disminuir. Y si su justicia se imputa en mí, ahora poseo el *fundamento* total y completo de la justificación.

La cuestión de la justicia imputada contra la justicia infundada no puede resolverse sin rechazar una u otra. Son dos opiniones sobre la justificación que se excluyen mutuamente. Si una es verdadera, la otra tiene que ser falsa. Una de estas opiniones expone el Evangelio bíblico verdadero, el otro es un Evangelio falso. Sencillamente, las dos conjuntamente no pueden ser verdad. De nuevo, esta cuestión no puede resolverse con una explicación que quede en término medio. Estas dos posturas incompatibles pueden ser ignoradas o minimizadas (como hacen los diálogos modernos a través de la

revisión histórica), pero no pueden reconciliarse. Tampoco pueden reducirse a un mero malentendido — ambas partes son demasiado inteligentes para que esto haya ocurrido durante los últimos 400 años. La cuestión del mérito y la gracia en la justificación está cubierta de nubes de confusión. Roma dice que hay dos tipos de mérito para los creyentes: congruente y condigno. El mérito congruente se obtiene realizando obras de satisfacción en conexión con el sacramento de la penitencia. Estas obras no son tan meritorias como para imponerle a un juez justo la obligación de recompensarlas, pero son lo suficientemente buenas para que sean "acordes" o "congruentes" y que Dios las recompense. El mérito condigno es una orden superior de mérito lograda por los santos. Pero incluso este mérito, según lo define Roma, está arraigado y basado en la gracia. Es un mérito que no se podría lograr sin la ayuda de la gracia.

Los reformadores rechazaron tanto el mérito congruente como el condigno, argumentando que nuestro estado no sólo está *arraigado* en la gracia, sino que además es gracia en todo momento. El único mérito que cuenta para nuestra justificación es el mérito de Jesucristo. De hecho, somos salvos por obras meritorias — las de Jesucristo. Que seamos salvos gracias a que se nos imputa su mérito es la propia esencia de la gracia de la salvación. Es esta gracia la que nunca debe ser comprometida o negociada por la iglesia. Sin ella, estaremos verdaderamente desesperanzados e indefensos para poder permanecer justos ante un Dios santo.

John Calvin

Por [Ligonier Ministries Staff](#) sobre [Biografía Cristiana](#)

“Me buscaréis y me encontraréis. Cuando me busquéis con todo corazón, me encontraréis, declara el Señor” (Jeremías 29:1) - Jeremías 29:13 - 14 .Nuestro próximo modelo de fe de la historia de la iglesia es el teólogo y reformador francés John Calvin. Quizás no hay otra figura de la historia de la iglesia que haya sido mal interpretada como este hombre, quien es a menudo descrito como severo, rígido, y malvado. Sin embargo, como veremos, nada podría ser más alejado de la verdad. John Calvin nació en 1509 en Noyon, Francia, hijo de un empleado de la catedral. A los catorce años ingresó a la universidad de París para estudiar latín, pero su camino hacia el sacerdocio católico pronto fue dirigido hacia un título en leyes, después de que su padre tuviera problemas con las autoridades de la iglesia. Calvin escribió muy poco sobre sí mismo y es por ello que los detalles exactos de su vida temprana son incompletos. No se sabe, sin embargo, si entre los años 1528-1532 Calvin se convirtió a Cristo y abrazó incondicionalmente las doctrinas que los protestantes promulgaban. De hecho, no fue después de su conversión que Calvin fue forzado a salir de París, cuando las autoridades de la universidad descubrieron que él había ayudado a componer un sermón que predicaba la teología de la Reformación.

Calvin huyó a Suiza en donde pasó dos años estudiando hebreo y asimilando los trabajos de Agustín. El trató de radicarse en la ciudad de Estrasburgo, pero fue convencido por los líderes de Génova de permanecer allí y ayudar a reformar la ciudad, que poseía mala fama en aquellos días, por el escándalo y la vida licenciosa. Calvin permanecería en Ginebra para el resto de su vida, a excepción de un breve exilio de predicación y enseñanza y ayuda en la promulgación de la doctrina bíblica. Calvin fue considerado por la mayoría por su amabilidad y amistad. Él permaneció muy tímido

toda su vida, prefiriendo el papel de un académico a la de un administrador. Sus comentarios sobre casi toda la Biblia siguen siendo un modelo de exégesis profunda y de aplicación teológica práctica que beneficia incluso hoy en día la iglesia. Su obra Instituciones de la Religión Cristiana es quizás la teología sistemática más refinada jamás producida. El pasaje de hoy nos recuerda al lema de Calvin: “Te ofrezco mi corazón Señor, pronta y sinceramente.” Calvin sabía que Dios desea el ofrecimiento de nuestro ser entero a Él, en gratitud por nuestra salvación, y que por lo tanto, él se esforzó por vivir su vida de tal manera. Murió en 1564.

Coram Deo e le ayude, siempre sea sincero en su relación con Él y ofrézcale su corazón hoy.

Para un estudio más profundo

Deuteronomio 6:5

Samuel 1 13:14; 16:7

Efesios 5:18 - 19

Hebreos 10:22

No Ores Como un Pagano

Por RC Sproul

“Y al orar, no uséis repeticiones sin sentido, como los gentiles, porque ellos se imaginan que serán oídos por su palabrería.” (Mateo 6:7)

Jesús estaba diciendo aquí que no debemos considerar la oración como una especie de conjuro mágico, pues así es como los paganos oran. Ellos recitan ciertas frases una y otra vez, sin una comprensión de lo que significan las palabras. En estos contextos, las oraciones son usadas como mantras, con la esperanza de que van a cambiar el ambiente o las condiciones en que vive la persona. El pensamiento de la Nueva Era está lleno de este tipo de cosas. Jesús no alaba tales ejercicios como formas divinas de oración, sino que Él vinculó el uso de vanas repeticiones al paganismo.

Los cristianos pueden caer fácilmente en un patrón de orar de una manera repetitiva, sin la participación de sus mentes. Me molesta a veces, cuando los cristianos se reúnen para una comida y el anfitrión dice a alguien allí, “John, ¿podrías decir la gracia para nosotros?” El anfitrión no pide a alguien que dirija la oración, sino decir la gracia. Ese tipo de lenguaje sugiere una simple enumeración, no una oración que sale del corazón.

Jesús no dio el Padrenuestro con la intención de que se repetiría sin pensar

Incluso podemos tratar a la oración del Señor de esta manera. La Oración del Señor es una parte integral de la adoración de multitudes de cristianos. Los servicios de adoración a menudo incluyen la recitación de la Oración del Señor. El uso de la Oración del Señor tiene una rica historia en la iglesia, y cada vez que la oramos o escuchamos, se nos recuerda de esas prioridades que Jesús pone ante nosotros como objetos para la oración. No me malinterpreten, no estoy opuesto a la recitación de la Oración del Señor. Sin embargo, existe el peligro de que este uso de la oración pueda ser nada *más* que una recitación. La oración de la Oración del Señor puede llegar a ser tan sin sentido y tan vana repetición como los encantamientos mágicos y mantras que los paganos utilizan.

Jesús no dio el Padrenuestro con la intención de que se repetiría sin pensar. Cuando rezamos el Padre Nuestro, tenemos que orar cuidadosamente, prestando atención en nuestras mentes a su contenido. No es un mantra que se repite sin el compromiso de la mente o el corazón. Es un ejemplo de la oración piadosa.

Por supuesto, la repetición tiene un gran valor. A menudo he dicho que uno de mis favoritos liturgias en la vida de la iglesia es la ceremonia del matrimonio tradicional. Ya lo ha escuchado muchas veces: “Queridos hermanos, estamos reunidos hoy aquí, en la presencia de Dios y de estos testigos para unir a este hombre ya esta mujer en los sagrados lazos del matrimonio, que fue instituido por Dios”, y así va. Es un muy breve servicio. Contiene promesas, votos, cargos y oraciones. Para mí, entre más a menudo llevo esta liturgia o la escucho, más bendecido soy por el contenido de la misma. Es decir, cuanto más familiar me vuelvo con el lenguaje, más lo pienso y medito en él, y veo de nuevo lo rica que es la hora de explicar a nosotros la santidad del matrimonio. Así es con el Padre Nuestro. Escuchar una y otra vez nos puede conducir a la repetición sin sentido, pero también puede marcar estas palabras, y los principios subyacentes, en nuestras mentes. La repetición en sí mismo no es una mala cosa. De hecho, es uno de los ingredientes más importantes de aprendizaje, porque es rara la persona que domina un concepto o un principio por el oír una vez.

8 frases de R. C. Sproul:

“Estábamos envolviéndonos en las tinieblas, pero la luz penetró en nuestra vida y repentinamente, pasamos a ver la dulzura de las cosas de Dios y nos deleitamos en aquellas cosas que están ocultas de otras personas que no reconocen la belleza de ellas”.
-R. C. Sproul

“Dios simplemente no lanza un salvavidas a una persona que se ahoga. Él va a lo profundo del mar y saca un cadáver del fondo del mar, lo lleva a la orilla, respira en él el aliento de la vida y lo hace vivir.” – R.C. Sproul

—————/

Ninguna persona en el universo merece la gracia de Dios. Si piensas que la mereces, la mínima idea allí en tu cabeza de que la gracia es algo que Dios está obligado a darte, mejor sácala de tu cerebro porque ya no estarás pensando más en la gracia, ya que la definición de gracia es algo que Dios no está obligado a dar. ¡Ese es el misterio de la elección!

- “¿Por qué Dios no le da a todo el mundo la misma gracia?”

- “¿Por qué no es Dios un redentor de igual oportunidad para todos?”

La pregunta que deberías estar haciéndote es: “Porque a mí? ¿Por qué me sacó de la oscuridad a la luz?”. -R. C. Sproul

—————/

“SI DISTORSIONAMOS EL EVANGELIO, esa distorsión influenciará y afectará todo el resto de lo que creemos en la fe Cristiana.” – R.C. Sproul

Las personas no buscan a Dios. Buscan los beneficios que sólo Dios les puede dar. El pecado del hombre caído es éste: el hombre busca los beneficios de Dios mientras que, al mismo tiempo, huye de Dios mismo. Somos, por naturaleza, fugitivos. – R.C Sproul, Escogido por Dios, p. 52

“Dios nunca está complacido con una adoración ignorante o una adoración que no está fundamentada en el conocimiento de Dios.”
- R.C. Sproul

“Allí donde estás en desacuerdo con la Escritura, ese es el lugar donde tu santificación debe llevarse a cabo.” – R.C. Sproul

Un ‘cristiano’ sensual es aquél que vive por los sentimientos más que por su entendimiento de la Palabra de Dios. ~ Robert C. Sproul

“No es Buda, no es Muhammad, es JESUCRISTO el Único Camino.” — R.C. Sproul

“La doctrina divide... Pero también une los corazones del pueblo de Dios que celebran la verdad de Dios juntos.” – R.C Sproul

“Mi confianza en el futuro descansa en mi confianza en el Dios que controla la historia.” -R.C. Sproul

“Amados, debemos tener cuidado con las palabras de la música que cantamos, que esas palabras comuniquen la verdad.” – R.C. Sproul

“Tu testimonio personal, sin importar cuán significativo sea para ti, no es el evangelio (predique la Palabra).” – R.C. Sproul

“Hay un solo escudo que puede proteger a las personas de la ira venidera, es la cubierta de la justicia de Cristo.” – R.C Sproul

Los pensadores que son más ampliamente considerados como los titanes de la erudición cristiana clásica se hallan claramente en el bando reformado. Este es un hecho de la Historia que no debe ser ignorada. Sin duda es posible que Agustín, Aquino, Lutero, Calvino y Edwards estuviesen todos equivocados en este asunto. Estos hombres ciertamente están en desacuerdo entre sí en otros puntos doctrinales. No son infalibles, ni individual ni colectivamente. Los grandes pensadores del pasado pueden estar equivocados. Pero es importante que veamos que la doctrina reformada de la predestinación no fue inventada por Juan Calvino. -R.C. Sproul

Ninguna persona en el universo merece la gracia de Dios. Si piensas que la mereces, la mínima idea allí en tu cabeza de que la gracia es algo que Dios está obligado a darte, mejor sácala de tu cerebro porque ya no estarás pensando más en la gracia, ya que la definición de gracia es algo que Dios no está obligado a dar. ¡Ese es el misterio de la elección! ”¿Por qué Dios no le da a todo el mundo la misma gracia?” ”¿Por qué no es Dios un redentor de igual oportunidad para todos?” La pregunta que deberías estar haciéndote es: “¿Porque a mí? ¿Por qué me sacó de la oscuridad a la luz?”. -R. C. Sproul

No hay puente del infierno al cielo después de muerto. ≈ R.C. Sproul

No podemos cambiar a Dios. Dios es inmutable. Si los cambios deben hacerse, deben hacerse en nosotros. – R.C. Sproul

¿Puedo estar seguro de que soy salvo?

Por [R.C. Sproul](#)



A nivel práctico, las personas que están luchando con su seguridad de salvación a menudo me acercan y preguntan: “¿Cómo puedo saber que soy salvo?” En respuesta, les hago tres preguntas.

En primer lugar pregunto: “¿Usted ama perfectamente a Jesús?” Cada persona a la que me he hecho esa pregunta ha respondido con franqueza: “No, no lo hago.” Es por eso que no está seguro del estado de sus almas; saben que hay deficiencias en su afecto por Cristo, porque saben que si amaran a Cristo perfectamente, ellos le obedecerían perfectamente. Jesús dijo: “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*” (Juan 14:15). Así que tan pronto como desobedecemos uno de sus mandamientos, eso es una señal para nosotros de que no le amamos perfectamente.

En segundo lugar, cuando una persona reconoce que él no ama a Jesús a la perfección, te pregunto: “¿Le amas tanto como deberías?” La persona por lo general me da un aspecto extraño y dice: “Bueno, no, por supuesto, no lo hago.” Eso es correcto; si la respuesta a la primera pregunta es no, la respuesta a la segunda pregunta tiene que ser que no, porque se supone que debemos amarlo perfectamente, pero nosotros no lo hacemos. Ahí radica la tensión que experimentamos sobre nuestra salvación.

En tercer lugar, pregunto: “Bueno, ¿amas a Jesús en absoluto?” Antes de que la persona responda, yo suelo añadir que estoy preguntando acerca de su amor por el Cristo bíblico, el Cristo que nos encontramos en las páginas de la Sagrada Escritura. ¿Por qué digo eso?”

Hace muchos años, enseñé en el Instituto de Young Life en Colorado Springs, Colorado, e hice un montón de trabajo en esos días con y para Young Life. Cuando estaba entrenando personal en Colorado, le dije: “Déjeme advertirle acerca de un grave peligro de este ministerio. No conozco personalmente de algún ministerio a los jóvenes en el mundo que sea más eficaz que Young Life en acercarse a los niños, de involucrarse en sus asuntos, involucrándose en sus problemas, ministrar a los niños donde están, y saber cómo hacer que respondan. Esa es la mayor fortaleza de esta organización, y es también su mayor debilidad. Debido a Young Life, como ministerio, hace del cristianismo tan atractivo para los niños, que sería fácil que los niños se conviertan en Young Life sin ser convertidos a Cristo.”

De la misma manera, es posible amar a una caricatura de Jesús en lugar de Jesús mismo. Así que cuando le pregunto a la gente “¿Amas a Jesús de verdad?” No estoy preguntando si aman a un Cristo que es un héroe para los niños o un Cristo que es un buen maestro moral. Estoy preguntando si aman al Cristo que aparece en las Escrituras.

Ahora bien, si alguien puede decir “Sí” a la tercera pregunta, que es donde la teología entra. Considere esta pregunta: “¿Es posible que una persona no regenerada tenga algún verdadero afecto por Cristo?” Mi respuesta es no; el afecto por Cristo es el resultado de la obra del Espíritu. Eso es de lo que la regeneración se trata; eso es lo que el Espíritu impulsa. Dios el Espíritu Santo cambia la disposición de nuestras almas y la inclinación de nuestro corazón. Antes de la regeneración, éramos fríos, hostiles o indiferentes (que es el peor tipo de hostilidad) a las cosas de Dios, sin tener afecto sincero por Él, porque estamos en la carne, y la carne no ama las cosas de Dios. El amor a Dios se encendió por el poder regenerador del Espíritu Santo, quien derrama el amor de Dios en nuestros corazones (Rom 5:5).

Así que si una persona puede contestar “Sí” cuando le pregunte si tiene un afecto por Cristo, a pesar de que él no puede amar a Jesús tanto como debiera (es decir, a la perfección), esto me asegura que el Espíritu ha hecho esta obra transformadora en su alma. Esto es así porque no tenemos el poder en nuestra carne para producir algún verdadero afecto por Jesucristo.

ABORTO = HOLOCAUSTO



Hay dos razones reales por las que sospecho que los pastores no predicán sobre el aborto y son estas. En primer lugar, No saben que hacer. Es decir, no es que no saben cómo predicar un sermón, pero no saben cómo animar a los santos para responder al aborto. Es más bien anti-clímax a tronar contra este gran mal y cuando llegas a la aplicación dicen: “Así que escribiré un cheque a su centro de crisis de embarazo local.” Los pastores no saben qué hacer, a pesar de que todas las personas deberían saber que hacer. Lo que tenemos que hacer es arrepentirnos y creer el evangelio. Esa es la solución a todos los problemas. Por supuesto escribir cheques al centro de crisis de embarazo locales, y hablar de arrepentimiento. Vota (en las elecciones) por estadistas totalmente pro-vida, y habla de arrepentimiento. Tome un autobús lleno a la Marcha por la Vida en Washington, no para demostrar poderío político, sino para hablar del arrepentimiento. Vaya a su molino local, predicar y orar arrepentimiento. Lo que nos lleva a la segunda razón, que los pastores no predicán en contra del aborto, debido a su propia culpa. Es posible que hayan adquirido un aborto en algún lugar a lo largo del camino. Pueden haber aconsejado a otros para procurar un aborto en algún lugar a lo largo del camino. O simplemente pueden sentir la culpa de que no han predicado sobre esto antes. ¿La solución? Convertíos y creed en el evangelio.

Satanás no Tiene las Llaves de la Muerte

Por RC Sproul

Tenemos vocaciones diferentes, con respecto a los puestos de trabajo y tareas que Dios nos da en esta vida. Pero todos compartimos la vocación de la muerte. Cada uno de nosotros está llamado a morir. Esa vocación es tanto un llamado de Dios es como un “llamado” al ministerio de Cristo. A veces el llamado viene de repente y sin previo aviso. A veces se trata de un aviso por anticipado. Pero viene a todos nosotros. Y viene de Dios.

Soy consciente de que hay maestros que nos dicen que Dios no tiene nada que ver con la muerte. La muerte es vista estrictamente como el dispositivo diabólico del Diablo. De todo el dolor, el sufrimiento, la enfermedad y la tragedia se culpa al Maligno. Dios es absuelto de cualquier responsabilidad. Esta idea está diseñada para asegurarse de que Dios está libre de culpa por todo lo que va mal en este mundo. “Dios siempre quiere la sanidad,” se nos dice. Si esa sanidad no ocurre, entonces la culpa recae en Satanás –O con nosotros. La muerte, dicen, no está en el plan de Dios. Representa una victoria de Satanás sobre el reino de Dios.

Estas opiniones pueden traer alivio temporal a los afligidos. Pero ellos no son ciertas. No tienen nada que ver con el cristianismo bíblico. Tienen la finalidad de absolver a Dios de cualquier culpa, pero contradicen Su soberanía.

Sí, hay un diablo. Él es nuestro gran enemigo. Él hará cualquier cosa en su poder para traer miseria a nuestras vidas. Pero Satanás no es soberano. Satanás no tiene las llaves de la muerte.

Cuando Jesús apareció en una visión al apóstol Juan en la isla de Patmos, Él se identificó con estas palabras: “No temas, yo soy el primero y el último, y el que vive, y estuve muerto; y he aquí, estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades.” (Ap 1:17-18).

Jesús tiene las llaves de la muerte y Satanás no puede arrebatarse las llaves de Su mano. La mano de Cristo es firme. Él tiene las llaves, porque Él es dueño de las llaves. Toda autoridad en el cielo y en la tierra ha sido dada a El. Eso incluye a toda autoridad sobre la vida y la muerte. El ángel de la muerte está en Su entera disposición.

La historia del mundo ha sido testigo de la aparición de muchas formas de dualismo religioso. El dualismo afirma la existencia de dos fuerzas iguales y opuestas. Estas fuerzas son diversamente llamados bien y el mal, Dios y Satanás, el Yin y el Yang. Las dos fuerzas están enzarzadas en un combate eterno. Ya que ellos son iguales, así como opuestos, el conflicto continúa para siempre, sin que alguno de los equipos gane la partida. El mundo está condenado a servir como campo de batalla eterno entre estas fuerzas hostiles. Somos las víctimas de su lucha, los peones en su juego de ajedrez eterno.

El dualismo está en curso de colisión con el cristianismo. La fe cristiana no tiene ninguna acción en el dualismo. Satanás puede oponerse a Dios, pero de ninguna manera es igual a Dios. Satanás es una criatura; Dios es el Creador. Satanás es potente; Dios es omnipotente. Satanás es experto y astuto; Dios es omnisciente. Satanás se localiza en su presencia; Dios es omnipresente. Satanás es finito; Dios es infinito. La lista podría continuar. Pero es claro en las Escrituras que Satanás no es una fuerza definitiva en ningún sentido.

No estamos condenados a un conflicto final sin esperanza de resolución. El mensaje de la Escritura es un mensaje de victoria –una victoria completa y final. No es nuestra ruina lo que es cierto, sino la de Satanás. Su cabeza ha sido aplastada por el tacón de Cristo, que es el Alfa y la Omega.

Por encima de todo el sufrimiento y la muerte se encuentra el Señor crucificado y resucitado. Él ha derrotado al enemigo supremo de la vida. Él ha vencido el poder de la muerte. Él nos llama a morir, un llamado a la obediencia en la transición final de la vida. Gracias a Cristo, la muerte no es definitiva. Se trata de un pasaje de un mundo a otro.

Dios no siempre quiere la sanidad. Si lo hiciera, Él podría sufrir una frustración sin fin, al ver Su voluntad ser frustrada en varias ocasiones en la muerte de Su pueblo. Él no quiso la sanidad de Esteban de las heridas infligidas por las piedras que fueron lanzadas en su contra. Él no quiso la sanidad de Moisés, de José, de David, de Pablo, de Agustín, de Martín Lutero, Juan Calvino. Todos éstos murieron en fe. La sanidad final viene a través de la muerte y después de la muerte.

Los maestros sostienen que hay sanidad en la expiación de Cristo. De hecho, existe. Jesús cargó con todos nuestros pecados en la cruz. Sin embargo, ninguno de nosotros está libre de pecado en esta vida. Del mismo modo, ninguno de nosotros está libre de la enfermedad en esta vida. La sanidad que está en la cruz es real. Participamos en sus beneficios ahora, en esta vida. Pero la plenitud de la sanidad del pecado y de la enfermedad tiene lugar en el cielo. Todavía tenemos que morir en nuestros tiempos señalados.

Si Es Tu Voluntad

Por RC Sproul

Cuando nos acercamos a Dios, debemos recordar dos hechos simples –quien es Él es y quiénes somos nosotros. Debemos recordar que estamos hablando con el Rey, el Soberano, el Creador, pero nosotros somos sólo criaturas. Si vamos a guardar esos datos en mente, vamos a orar con cortesía. Vamos a decir: “Con Tu permiso,” “Como Tu desees,” “por favor,” y así sucesivamente. Esa es la forma en que vamos ante Dios. Decir que es una manifestación de la falta de fe o una debilidad de la fe decir a Dios “si es Tu voluntad” es difamar al mismo Señor de la Oración del Señor.

Fue Jesús, después de todo, que, en Su momento de mayor pasión, oró con respecto a la voluntad de Dios. En su Evangelio, Lucas nos dice que inmediatamente después de la Última Cena:

Y saliendo, se encaminó, como de costumbre, hacia el monte de los Olivos; y los discípulos también le siguieron. Cuando llegó al lugar, les dijo: Orad para que no entréis en tentación. Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra, y poniéndose de rodillas, oraba, diciendo: Padre, si es tu voluntad, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Entonces se le apareció un ángel del cielo, fortaleciéndole. Y estando en agonía, oraba con mucho fervor; y su sudor se volvió como gruesas gotas de sangre, que caían sobre la tierra. (Lucas 22:39-44)

Es importante ver lo que Jesús ora aquí. Él dice: “No se haga mi voluntad, sino la tuya.” Jesús no estaba diciendo: “Yo no quiero ser obediente” o “me rehúso a someterme” Jesús estaba diciendo: “Padre, si hay alguna otra manera, y todas las cosas siguen e condiciones iguales, preferiría no tener que hacerlo de esta manera. Lo que Tú has puesto delante de mí es más espantoso de lo que puedo imaginar. Estoy entrando en mi gran pasión y estoy aterrizado, pero si esto es lo Tú quieres, esto es lo que haré. No mi voluntad, sino Tu voluntad, será hecha, porque Mi voluntad es hacer Tu voluntad.”

También quiero que se tome en cuenta lo que sucedió después de que Jesús oró. Lucas nos dice que un ángel vino a él y lo fortaleció. El ángel era un mensajero de Dios. Él vino del cielo con la respuesta del Padre a la oración de Jesús. Esa respuesta fue: “Tú debes beber la copa.”

Esto es lo que significa orar que la voluntad de Dios sea hecha. Es la más alta expresión de fe a someterse a la soberanía de Dios. La verdadera oración de fe es la oración que confía en Dios, no importa si la respuesta es sí o no. No se necesita fe para “reclamar,” como un ladrón, algo que no es nuestro para reclamar. Debemos acercarnos a Dios y decirle lo que queremos, pero tenemos que confiar en El para dar la respuesta que es mejor para nosotros. Eso es lo que hizo Jesús.

Debido a que Lucas nos dice que el Padre envió un ángel para fortalecer su Hijo, yo esperaría que la agonía del alma de Jesús se hubiese aliviado. Parece, sin embargo, que con la llegada de la fuerza del ángel vino un aumento de la agonía de Cristo, un aumento tan profundo que empezó a sudar profusamente que eran “como grandes gotas de sangre.” En un sermón sobre Lucas 22:44, Jonathan Edwards, dijo que este aumento de agonía de Jesús se debió a la plena realización de la voluntad de Dios para El en Su pasión. Había venido al jardín con el temor de que Él tendría que beber la copa. Una vez que Él sabía que era de hecho la voluntad de Dios que la bebería, tuvo un nuevo temor – que El no sería capaz de hacerlo. En otras palabras, Jesús ahora estaba en agonía de que Él no viniese en completa y perfecta obediencia a la voluntad de Dios.

Pero lo hizo. El bebió la copa hasta la última gota. Y en ese momento, Jesús no nos dio palabras para enseñarnos a orar, Él nos dio Su vida como un ejemplo de orar para que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo.

El Mundo es un Seductor

por [RC Sproul](#)

El mundo es un seductor. Busca atraer nuestra atención y nuestra devoción. Permanece cerca, visible y atractivo. Eclipsa nuestra visión del cielo. Lo que se ve compite por nuestra atención. Atrae a nuestros ojos, lo cual nos impide ver que una ciudad mejor, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Agrada a nosotros —la mayor parte del tiempo de todos modos— y, por desgracia, a menudo vivimos nuestras vidas para agradarle. Ahí es donde se produce el conflicto, agradecer al mundo rara vez se superpone con agradecer a Dios.

El llamado divino es la siguiente: “No os conforméis a este siglo” (Rom. 12:2). Pero el mundo quiere que seamos socios con él. Se nos insta a participar en la plenitud del mismo. Se ejerce presión sobre nosotros con la presión de grupo.

¿Recuerda la ansiedad que todos experimentamos en la adolescencia? Nuestra valía, nuestra estima, se midió mediante una palabra mágica, una norma única que lo abarca todo: popularidad.

Ser “conformado” a este mundo es estar con (del latín con) las formas o estructuras de este mundo. Significa hacer lo popular. El conflicto es el siguiente: lo que es popular entre la gente no siempre es popular con Dios. Agradar a Dios no siempre es agradar a la gente. A veces tenemos que elegir a quién vamos a complacer. Esta es una lucha

diaria en la vida cristiana.

En cada generación, en todas las culturas, hay un espíritu que prevalece. Los alemanes acuñaron una palabra para ello, espíritu de la época, un término que une dos ideas comunes. Zeit es la palabra alemana para “tiempo,” y geist es la palabra alemana para “espíritu.” Así que zeitgeist significa “espíritu del tiempo” o “espíritu de la época.”

El espíritu de la época contemporánea en la que vive el cristiano es de secularismo. El énfasis está en este mundo, en este momento. Se presta poca atención a las cosas que están por encima y más allá de este mundo. La eternidad es raramente considerada, salvo por breves momentos en una tumba. Lo que cuenta es el aquí y ahora. Vivir por el momento, para el gusto del presente, es el objetivo en este día y época.

El espíritu secular de este mundo tiene sus propias tendencias y énfasis, pero en su esencia, no es nueva. Cada generación tiene su propia forma de secularismo. Somos criaturas terrestres. Nuestra atención está en este mundo.

Lo mismo ocurrió en los días de Jesús. En repetidas ocasiones llamó a sus discípulos a mirar más allá del presente. Levantó la mirada hacia lo eterno: “haced tesoros en el cielo,” dijo (Mateo 6:20). Él los llamó a pesar las cuestiones en la balanza de la eternidad: “¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?” (Mateo 16:26).

¿El mundo, o el alma? ¿Agradar al mundo o agradar a Dios? Este es el problema para todas las generaciones. Ser conformado a este mundo, es arriesgarse a la pérdida de la de un alma eterna. El mundo pone poco valor en el alma. Un cuerpo en la mano vale dos almas en el arbusto, de acuerdo con el espíritu de la época de nuestra generación. El espíritu del mundo nos invita a jugar ahora y pagar después. Esta es la forma popular para vivir.

Ser conformado a este mundo, es arriesgarse a la pérdida del alma eterna de uno.
— RC Sproul

Para el cristiano, resistir la seducción de este mundo, es arriesgarse a ir contra la corriente. Debe estar dispuesto a arriesgar la pérdida de la aprobación humana para ganar la aprobación de Dios. Por lo tanto, Jesús dijo: “Bienaventurados seréis cuando os insulten y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos” (Mateo 5:11-12).

Las palabras claves en esta bienaventuranza son “por causa de mí.” La inconformidad a la que somos llamados no es simplemente la inconformidad por el bien de la no conformidad. Cualquier persona puede llamar la atención sobre sí mismo por ser un rebelde. Es el “por Mi causa” que separa la inconformidad barata del artículo genuino. No hay virtud en ser “fuera de sí” de manera indiscriminada. Nuestra inconformidad debe ser selectiva. Debe ser en los puntos que importan.

Es fácil trivializar la no conformidad. Podemos reducirlo a los simplistas externos como lo hacían los fariseos. Pero la auténtica inconformidad se basa en la transformación. El apóstol Pablo añade un mandato positivo a la prohibición negativa. Él dijo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente” (Romanos 12:2).

Es el prefijo que debe ser cambiado. El con prefijo con (“con”) debe ceder ante el prefijo trans, que significa “al otro lado,” “más allá,” o “por encima.” No es suficiente que los cristianos abandonan la sociedad. El llamado a la transformación no significa retirarse del mundo. No necesitamos más monasterios. Debemos ir más allá de las formas de este mundo. Estamos para efectuar cambios en el mundo. La perspectiva de

Jesús es más allá de las formas de este mundo. Nosotros no nos rendimos al mundo ni huimos del mundo. Hemos de penetrar en el mundo con un espíritu nuevo y diferente. Hay un dicho cristiano desgastado por el tiempo que se ha convertido en un cliché a través de su uso: “Hemos de estar en el mundo pero no ser del mundo” Ser del mundo es ser mundano. Es conformarse a este mundo. Abandonar el mundo es ser un inconformista que no sufre ninguna transformación.

El teatro de la redención de Dios es este mundo. Es a este mundo que Dios vino en Cristo. Cristo se negó a permitir a sus discípulos que se escondiesen en una habitación superior con las puertas cerradas por miedo. Ningún tabernáculo se permitió en el Monte de la Transfiguración. Estamos llamados a ser testigos de Cristo en Jerusalén, Judea, Samaria, y hasta lo último de la tierra (Hechos 1:8). Jerusalén está en este mundo. Judea está en este mundo. Samaria es en este mundo. Los confines de la tierra siguen siendo en esta tierra. Así que no debemos huir de este mundo. Pero, oh, cuantos muchos cristianos tratan de hacerlo. Y al hacerlo, en realidad pueden ser agradables al Dios que quiere que el mundo sea redimido, no huir de él.